

El disparatado caso del conde que no se esconde

Kepa Luzarraga



Image not found.

Capítulo 1

EL DISPARATADO CASO

DEL CONDE QUE NO SE ESCONDE

Kepa Luzarraga, 2016

2016 por Kepa Luzarraga.

El disparatado caso del conde que no se esconde.

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>.

Estás ante la primera edición de "El disparatado caso del conde que no se esconde".

Probablemente también la última.

Este libro trata temas como la venganza, la avaricia, la duda, la envidia, el amor y el odio. También tomará unas cuantas disyuntivas que lo encaminarán por los pantanosos pero apasionantes mundos de la historia, la filosofía, la psicología y la política.

Como toda obra de arte, su misión principal consiste en alimentar el estómago de su creador.

Sin embargo, tiene objetivos adicionales.

Principalmente, trata de demostrar al universo la necesidad de crear una nueva cultura: la cultura de la creación, en contraposición con la actual

cultura del consumo.

En esta misma línea, además, hace sumamente evidente la accesibilidad de las artes; de ahí que sea, deliberadamente, un producto literario tan humilde como el que más.

Así, pretende hacernos recordar aquella frase de "si esperas a ser lo suficientemente bueno, serás demasiado viejo."

Esta obra pretende acercar la creatividad a las personas. Pretende hacer ver que cualquier hijo de cura puede trascenderse a sí mismo a través del arte, llámese este literatura, música, baile, o carpintería.

Busca así democratizar la cultura, y volver a acercarla al pueblo, que es de donde nunca debió haberse alejado.

De hecho, este ejemplar que tienes entre las manos surge del malestar generado por la carencia absoluta de impulso creativo en un mundo donde por cada ser vivo hay un genio con enormes potencialidades.

Para terminar, hace falta recalcar que este libro es mucho más que su propio ser; aquí se encuentra resumida, inconscientemente, no solo la mente del autor, si no también el reflejo de todo lo que ha vivido, entre lo que se encuentra una época económica y socialmente convulsa, en una sociedad mayoritariamente autocomplaciente en su miseria.

Es por esto que el autor pretende dejar su grano de arena en forma de reflexión, para hacernos recordar aquella filosofía africana que hace visible que el mundo en el que uno vive da forma a uno, pero también viceversa; es decir, "soy porque somos, somos porque soy".

De este modo, la autocomplacencia deja de ser una posibilidad, y el compromiso se convierte en irrenunciable.

Y prosiguiendo con este cierre, un último apunte:

Este libro ha sido creado con la intención de ser leído, pero siempre que tu subjetividad decida que ese no es su cometido, cuentas con todo el apoyo del autor para utilizarlo como te plazca. Es por esto que el autor se ha encargado personalmente de que el libro sea de tal forma que ofrezca buenas prestaciones como pisapapeles, calzador, o papel de liar.

“Ponme un par de ajos y una barra de pan para llevar, por favor”

-Mahatma Ghandi

Aviso legal: El autor no se hace responsable de los daños derivados de la utilización de esta obra, ni de cualquier actuación efectuada sobre la base que en ella se expone.

De este modo, se exime de cualquier radicalización de ideología

política, intoxicación o conciencia social provocada por esta obra.

“Parkatu gure zorrak, guk zuriek sufritzen doguz eta”

EL DISPARATADO CASO

DEL CONDE QUE NO SE ESCONDE

Kepa Luzarraga

Capítulo I

Lunes, una cafetería en el centro de Calunia, las seis de la tarde. Un hombre vestido con un traje que valía más que él, vivía un día más dentro de su rutina rutinaria.

La cafetería estaba abarrotada, aunque toda la muchedumbre que allí se encontraba se sintiese sola, pero ese es un asunto que no se tratará en este tomo. Si pretendes investigar sobre ese tema tan apasionante, deja de leer este libro.

Volviendo a lo que no nos incumbe: Rochester-Sorensen hijo, el hombre que vestía ese traje tan caro, estaba tomando un café, esperando a un posible compañero de negocios.

Sujetaba su taza con delicadeza. Tanta, que parecía que era él el que era de porcelana. Estaba tan absorto en sus asuntos que no se dio cuenta de la larga sombra a la que se acercaba, y sin darse cuenta, chocaron.

—¡Caramba!

—¡Córcholis!

Lo lamento mucho, en serio, no era mi intención.

—A buenas horas mangas verdes.

—Cierto.

¿Cómo se llama?

—Nunca revelo mi nombre a un desconocido, y menos a alguien que acostumbra a tirar cafés ajenos como si fuera un ariete.

—Lo siento.

—De momento puede llamarme Doctor Freiton.

—¿Es médico?

—El mejor de Calunia precisamente, aunque más bien detective privado.

Rochester-Sorensen hijo estaba realmente impresionado. No entendía a ese hombre, pero tenía una especie de magnetismo hacia él.

No supo verlo, pero lo admiraría para siempre a partir de ese momento, aunque fuera a traerle miles de problemas.

Que caprichosa es la providencia, porque precisamente era lo que estaba buscando, un detective...

—¿Y en qué tipo de casos trabaja?

—Muertes, defunciones, fallecimientos... un poco de todo, y de todo un poco.

—Podría estar interesado si realmente es tan bueno como dice.

—Tan bueno como la bondad misma, y tan avisado como una avispa.

—Interesante.

—Tanto como...

Empezaba a inflar su ego un poco más, hasta que...

—Suficiente, estoy interesado en contratarle.

—No se atreva a volver a cortarme mientras hablo, que sea la última vez.

Su ego se desinfló como un globo al ser, efectivamente, desinflado.

—Así será, se lo aseguro, perdón —Rochester-Sorensen se sintió avergonzado, no acostumbraba a cortar a la gente mientras hablaba, era un hombre muy respetuoso—.

—Veo que también es un ariete a la hora de hablar.

¿En qué consiste su caso, ha derribado algún muro sin querer?, ¿ha destruido algún castillo y ahora le persigue un ejército de caballeros armados hasta los dientes?

—Es más complicado que todo eso, ¿qué le parece si quedamos mañana a las ocho y media en este mismo café y lo comentamos?

—De acuerdo, aquí estaré, aunque traeré paraguas por si acaso.

—Muy bien, sin ningún problema, siempre hay que llevar un paraguas...

—Llámeme exquisito, pero el café me gusta en la boca, no en los pantalones.

—Lo siento, de verdad. Se lo compensaré, y además, creo que nos

entenderemos bien.

—Bueno, por si eso no se cumple, traeré a mi ayudante, Donato. Todo gran hombre tiene alguien al lado que le hace parecer aún mejor.

—Puede que sí.

—Puede que sí no, es así sin duda. Tú no lo sabes porque probablemente seas el ayudante, y no el líder.

—Bueno, podremos discutirlo mañana también.

—No hay nada que discutir.

—Bueno, pues entonces...

—Hasta mañana.

Y así es, este fue el primer encuentro entre Rochester-Sorensen hijo y Freiton, el inicio de una larga pero no por ello fructífera amistad.

Martes. Un hombre se había despertado hambriento. No solo hambriento, si no que también furioso. Una combinación explosiva. Más si se trata de una persona que también lo es.

Este extraño ser de la naturaleza solo sentía una emoción, el odio. Era un auténtico simio, vestido con un chaleco que olía a perro mojado. En esto no difería mucho de sus congéneres.

Este hombre, Donato, tras comprar el pan, fue a desayunar junto con Freiton, al Bar Niz, pero esta vez, Freiton llegaba tarde.

—Bárbara, ponme lo de siempre, bocadillo de aceitunas.

—Sí, y buenos días.

—De nada, y rapidito, que a calamar que se duerme, la corriente le lleva.

Donato era un fan absoluto de los refranes, pero sobre todo, del bocadillo de aceitunas, y no precisamente por su sabor.

Lo que le gustaba era que solo tenía que pagar por el pan, ya que las aceitunas eran gratis en el Bar Niz.

En realidad, el Bar Niz era el último reducto donde las aceitunas seguían siendo gratis. Todo por Donato. El hombre había rapiñado tantas, que provocó la bancarrota de no pocos locales. Uno a uno, decidieron empezar a cobrar las aceitunas, excepto el Bar Niz.

El co-dueño junto a Bárbara, Aniceto, tenía sus motivos.

Donato se fue a la terraza, para poder observar a la gente que por allí pasaba.

Le gustaba criticar mentalmente a la gente.

Empezaba poco a poco, pero su indignación iba aumentando, hasta que se ponía a gritar como un loco.

No era muy diferente a un perro en ese sentido. De hecho, ha de resaltarse que llegó incluso a comunicarse con los canes.

Había estado insultando a un mozo de cuadra que pasaba por allí, empezaron a discutir, e hicieron el ridículo ante una pequeña multitud que

se creó a su alrededor. El perro que los había observado toda la conversación, que de conversación tenía poco y mucho de monoversación, parecía regocijarse en su desgracia.

—Maldito hijo de perra... —dijo Donato, cuando el mozo de cuadra se marchó—.

—Guau —dijo el perro—.

—Efectivamente —Donato rió, pero cuando estuvo a punto de marcharse, ocurrió algo realmente asombroso—.

—Te parecerá bonito.

—¿Un perro que habla?!

—¿Un humano que ladra?!

—Déjame en paz, maldito.

—Sois la especie más egocéntrica del planeta, por encima de los ñúes.

Extrañamente, Donato no se extrañó hasta una vez terminada la extravagante conversación.

—¿Acaso no es lo normal?, ies evidente que somos la especie superior!

—¿Por qué?

—Estamos en la cima de la pirámide.

—Bueno, pero también sois tan cortos de miras como para cargaros el

lugar del que vivís.

—Eso son solo falacias de los ecologistas. Qué dices, ¿que acaso los perros sois superiores a nosotros?

—No. Ni inferiores ni superiores. Como todos los demás animales.

La conversación se iba calentando poco a poco.

—¿Ah, sí?, ¿Entonces por qué os arrastráis por un pedazo de carne?

—¿No hacéis vosotros lo mismo al buscar trabajo?

—¡No!, Y... ¿qué me dices de vuestra dependencia absoluta hacia vuestro amo?

—Se aplica la misma respuesta.

Pero además, te aseguro que viviría mejor un perro solitario que un humano solitario.

—Bueno, pero... ¿qué me dices de vuestra ignorancia?, ¡mira todo lo que sabemos nosotros en comparación!

—¿Y para qué os sirve?, Nosotros aplicamos lo poco que sabemos, vosotros en cambio sabéis tanto que no aplicáis nada de lo aprendido.

—Bueno, y entonces, ¿qué me dices de que es el hombre el escalón más alto de la pirámide alimenticia, el que ha dominado al resto de especies, el que decide el futuro del mundo?

—Que tiene un gran poder, pero ninguna responsabilidad. Estáis utilizando vuestro poder para saquear el mundo. Algún día tendréis que decidir si paráis con este saqueo. Bueno, o alguien más lo decidirá por vosotros.

—¿Pero qué dices?, ¡¿quién decide por encima del ser humano?!

—La tierra se agotará, los ríos se envenenarán, la lluvia arderá... y todo a cambio de llenar vuestros bolsillos con vuestro nuevo rey, el dinero. El día que os deis cuenta de que el dinero no se puede comer, será demasiado tarde, me temo. Espero equivocarme.

Tuvo suerte aquel perro de correr más que Donato, y pudo salvar su vida.

Volviendo al día de los acontecimientos, teníamos a nuestro querido Australopithecus comiendo su bocadillo de aceitunas.

Mientras cavilaba sobre la desaparición del ornitorrinco en el sur de Australia, llegó Freiton, su gran socio y amigo.

—Buenos días Donato, te traigo noticias frescas, ¡frescas como el pescado!

—¿Qué toca?, ¿atún o trucha?

—Marinero, ¡hoy hemos pescado a Moby Dick!

—¿Y qué significa exactamente eso?

El flow cayó por su propio peso.

—Tenemos un nuevo posible cliente, es solo cuestión de tiempo convencerlo.

—¿De quién se trata?

—No lo sé. Lo único que sé es que no aprecia mucho el café.

—¿Colombiano?

—No, parece Europeo por sus facciones. Mis dotes detectivescas me hacen deducir que suele acudir a un café en el centro. Solo debemos volver a encontrarnos con él.

—Entonces vayamos, puede que nos esté esperando.

—Nos espera la historia, Donato, la historia. Y acudiremos a nuestra cita con ella. Ya sabes, hay trenes que solo pasan una vez en la vida.

Tras terminar el bocata de aceitunas, marcharon hacia el centro. Allí iban los dos amigos, uno alto —Freiton— y el otro bajo y ancho.

Eran perfectos antónimos, o eso es lo que creía Freiton. En su mente, él era el listo, guapo y elegante, mientras que Donato era el tonto, feo y vulgar.

En realidad, para él, no era mucho más que un perro.

Aun así, apreciaba su fidelidad.

A medida que se acercaban a la cafetería, les invadía ese olor a café que tanto gustaba a Freiton y tan poco a Donato.

Le recordaba a aquel edificio en el que había trabajado de portero. Siempre estuvo haciendo de recadista de uno u otro, hasta que decidió, que su única misión como portero era abrir y cerrar la puerta. A partir de ese día empezó a ser boicoteado por su superior, hasta que un día este se atrevió a pedirle un café.

La anécdota terminó con el café en la entrepierna del superior, y Donato en la calle, una vez más.

Fue entonces cuando conoció a Freiton.

Ya estaban en la cafetería, y allí estaba Rochester-Sorensen hijo, que al verlos, no pudo evitar alegrarse. Este pobre ingenuo no sabía donde se metía.

—Buenos días caballero.

—Buenas tardes, este debe ser su ayudante.

—Sí, se llama Donato.

—A su servicio, siempre que pague bien.

—No dude de ello.

—Entonces cuéntenos en qué consiste su caso, Donato aceptará cualquier oferta siempre que lo bañe de oro. Yo, en cambio, soy un profeta de la verdad.

—De acuerdo. Todo empezó el otoño del año pasado...

—Al grano, Montalbano.

—iiiiBIEN DICHO DOCTOR!!!!

Toda la cafetería les estaba mirando. Donato había alzado la voz por encima de los seis coma dieciséis metros, superando la marca histórica conseguida por Renaud Lavillenie en salto de pértiga en febrero de 2014.

—Prosigamos. Resulta que mi padre, el Conde Rochester-Sorensen, contrató a un sicario para matar a mi jilguero. Pero él no sabía que ese sicario, Borislav, es un gran amigo mío. Borislav simplemente soltó a mi jilguero, Akiliano, y ahora no sé donde está.

—El jilguero está hecho un pájaro, por lo visto.

Si hubiera sido en una batalla de gallos, el estruendo habría sido apabullante, porque encima, como pájaros que son, se habrían sentido aludidos.

—Así es, pero yo echo mucho de menos a Akiliano. Estoy dispuesto a pagar hasta diez mil euros.

—Perfecto, soy su hombre.

—¿y Donato?

—Bueno, cobrará un porcentaje, y pegará un par de tiros.

—Muy bien, la única pista que tengo es que soltó a Akiliano por la zona sur de Calunia.

—De acuerdo, mañana mismo iremos allí y empezaremos a investigar. No se preocupe, recuperaremos a Akiliano, y lo haremos con tanta discreción que ni siquiera él se dará cuenta.

—Oh, os lo agradezco de corazón.

—Menos agradecimientos y más dineros —Donato utilizó diplomacia de la buena—.

—Bueno, ¿os bastaría con veinte mil? Diez mil para cada uno.

—Mucho mejor. Empiezas a caerme bien. Un placer.

Así es como cerraron el trato.

Para cuando Rochester-Sorensen hijo estiró el brazo con la intención de sellar el pacto, Freiton y Donato ya le estaban dando la espalda.

Donato estaba tan feliz que incluso cedió su asiento en el tren a una anciana.

Aunque sería justo decir que lo hizo cuando llegaron a su destino.

Capítulo II

Mientras Donato saqueaba las últimas aceitunas en el Bar Niz, Freiton sacaba un libreta para planear la búsqueda de Akiliano.

—Bueno, Donato, vamos allá.

—Grunfskroft.

—Traga antes de hablar por favor, que ya sé que te gustan las aceitunas.

—Siempre que sean gratis o robadas.

Realmente, esperar más que esto de Donato, era como esperar que todo nos vaya bien. Un gran error que todo el mundo cometía al generarse unas expectativas tan frágiles.

Además, no había excusa, cometían tamaño error cuando ya desde los antiguos Griegos y Romanos estaban avisados... si Séneca levantase la cabeza... se daría un golpe contra su tumba.

—Veamos, Rochester-Sorensen hijo nos dijo que Borislav había soltado a Akiliano por el sur de Calunia. Podemos plantearlo de dos formas diferentes: ir a donde Borislav, o ir a donde Rutherford.

—¿Y si cada uno hace una cosa?, Ahorraríamos tiempo y dinero.

—Buena idea Donato, cada vez que piensas, tienes buenas ideas. Lástima que lo hagas tan poco.

—Tú eres el cerebro, y yo el motor.

Qué ingenuo le parecía Donato a Freiton. Cada vez que decía esa frase, le salía su sonrisa de superioridad.

Esa sonrisa tan despreciable que si la hubieras visto, te habría dado ganas de arrancársela mediante un sartén. No sabes lo afortunado que eres.

—Bien, Donato. Iré a contactar con Rutherford, ya sabes que siempre sabe algo.

—Sí, es como un camaleón, siempre mirando de reojo.

—Muy cierto, sí señor. Tú no solo preguntes a Borislav, averigua qué sabe el populacho.

—Buena idea, preguntaré en techos y azoteas.

—Ya sabes, sin miedo ni vergüenza, pregunta a guapas y a feas.

—A diestra y siniestra.

—Sí, pesca respuestas a cacea.

—Eso es, si encontramos la respuesta será la panacea.

—Efectivamente. Ahora dejemos esta verborrea que nos espera nuestra Odisea.

Y es que cuando les entraba la inspiración bertsolari, empezaban a hacer rimas y soltar refranes como el más sabio de los diablos.

A pesar de ser tan despreciables, tenían cierto flow.

El flow de los desposeídos.

Freiton caminaba con calma. Era uno de esos días en los que el tiempo

pasa densamente, como una buena clase de álgebra.

El sol brillaba con gran ímpetu, y se veía mucha gente por la calle. Freiton decidió buscar a Rutherford, y lo encontró antes de lo que esperaba.

—Rutherford, ¿has visto algún jilguero volando libre estos días?

—Ningún jilguero es libre estos días.

—Excepto los que huyen de sus jaulas.

—Esos son esclavos del precio de su libertad.

—A menos que sea gratuita.

—Incluso lo gratuito tiene un precio, amigo mío.

Qué duro era hablar con Rutherford.

Era un hombre duro, espeso, infranqueable, astuto, duro y sabio. También armonioso, pluscuamperfecto, y zurumbático.

Era más gallego que Siniestro Total, por lo que siempre respondía con preguntas. En realidad, no era más que un discípulo de Sócrates.

Pero claro, como habían pasado tantos años desde que su maestro lo dejó, sus enseñanzas se le habían difuminado. Ahora solo quedaba un cerebro con bigote.

—¿Y cuál es el coste de tus respuestas?

—Son gratuitas, pero tienen su precio.

—Entonces dime hacia donde partió el jilguero y te recompensaré.

—A los jilgueros les gusta volar, y volar solo se puede hacer en una dirección.

—Gracias, lo tomaré en cuenta.

Aunque la personalidad era lo más característico de Rutherford, en realidad no lo era.

Nadie le recordaba joven o sin bigote. Parecía que había nacido con sus cincuenta y cinco años.

Como un dios griego, o como Jordi Hurtado.

Donato se dirigió a la guarida de Borislav.

Ese tipejo siempre estaba borracho, pero era un buen hombre.

Ahora que lo pensaba, quizás por eso lo era.

Puede que quizás también por ese motivo, Donato no sentía mucho aprecio por él, aunque en realidad, no lo sentía por casi nadie.

Cuando lo vio, comprobó que, efectivamente, estaba bebiendo Centrilion, el Vodka con sabor a chorizo que tanto le gustaba.

—Deja de beber esa porquería, por dios.

—Si dios existiese, nunca habría permitido que esta porquería se creara.

—¿Me estás diciendo que el Vodka con sabor a chorizo es la prueba de que dios no existe?

—Una de ellas, podría hacerte una lista.

—Ruso y ateo, lo que te faltaba.

Cada vez que Donato y Borislav se veían, discutían a muerte. Pero hay que decir, que en realidad, sentían un desprecio absoluto el uno hacia el otro.

Y es que, Donato, a parte de despreciable, era racista, lo que ahondaba aún más en esa condición.

Era uno de esos que en una economía global, no quería inmigración. Era como decir que “nosotros podemos entrar a robarles, pero ellos no pueden entrar a pedir parte del oro robado en forma de limosna”.

Por suerte, esa clase de gente ha dejado de existir en una sociedad tan avanzada como la nuestra, gracias a la búsqueda de información que no provenga de unos medios cuyos capitalistas se lucran por las fronteras entre los países para así poder seguir explotando a niños en el Bangladesh de turno. “Ventaja comparativa” lo llaman.

—Bueno, pues tengo unas preguntas para tí.

—Dispara.

—Que más quisiera. Bueno, seré directo, como un buen complemento, ¿tenía algo característico el jilguero de Rochester-Sorensen hijo?

—Sí, cantaba rap negro de tanto escucharlo.

—Es decir, rap a secas.

—Bueno sí. Los blancos sirven para otras cosas. Pero a lo que iba, que cantaba rap.

—¿Me estás diciendo que Rochester-Sorensen hijo escucha rap?!

—Él no, pero al jilguero lo tuve guardado aquí unos cuantos días, y aprendió rápido. Hizo buenas migas con mi caracol, al que también le gusta el rap, por cierto.

—De acuerdo, preguntaré por él por la calle, será fácil encontrarlo.

Donato, como siempre, se marchó sin despedirse.

No querría malgastar esta oportunidad de explicarte porque Borislav era ateo, así que vamos allá.

Empecemos por el principio, para empezar.

Borislav nació en Moscú, pero a los cinco años de edad su padre se trasladó a Kosovo. Si ya de por sí puede suponer un drama un cambio de hogar con cinco años y sin madre, cuando lo haces a Kosovo, el drama está más que asegurado.

Es cierto, Kosovo es un lugar precioso. Pero en el fondo. Hasta llegar al fondo, es duro como el diamante, y árido como el desierto de Sáhara, que curiosamente significa desierto.

Bueno, pues Borislav se forjó en las calles de uno de los barrios más pobres, y no por tanto peligrosos de Kosovo. Pero resulta que también era

uno de los más peligrosos.

Borislav, a sus trece años, aceptó el uniforme habitual en su barrio: el chándal. Como bien dice la canción "naces un día, creces y creces, vas al colegio, aprendes memeces. Luego tropiezas veces y veces, pero tú sigues, siempre en tus trece...". Borislav cumplió con todos esos requisitos excepto con el de ir al colegio. Tuvo la mala suerte de no crecer hasta los dieciocho, cuando ya podía ir a la cárcel.

Así que imaginémoslo.

Ahí estaba Borislav, en la calle, a sus quince años, dos después del trágico suceso que marcaría su juventud y por lo tanto su vida, vestido con un viejo chándal y unas zapatillas robadas a un cadáver.

Desde que se besó con la chica de un famoso pandillero de su barrio, su vida era una basura. Él era el primero en admitirlo. Le habían pegado tantas veces, que hicieron que perdiera su inocencia.

Su sonrisa no transmitía ternura, si no frialdad y venganza. Había sido simplemente un niño en un mundo cruel, hasta que dejó atrás su infancia.

Esto ocurrió a los trece.

Había recibido tantas palizas que aparentaba cinco años más a pesar de su baja estatura.

Pero sobre todo, aparentaba esa vejez porque su ilusión había desaparecido. Lo único que le mantenía en pie era el famoso orgullo Ruso, y las ansias de venganza.

No vivía, sobrevivía. Y además, las veces que algún adulto le ofrecía consejo, le decían que acudiese a dios. Ellos tenían fe en que al acabarse esta vida, irían al paraíso.

Por eso Borislav era ateo.

Él, lo único que deseaba, era que se acabase su vida, su infierno. Sabía que aunque hubiese vida después de la muerte, no podría ser peor que la que había tenido él. Eso, si es que podía llamarse vida a lo que le había tocado.

Por eso Borislav era ahora tan cínico con todo. Los que han vivido la tortura extrema, ¿cómo van a temer a la muerte?

Hay crímenes mucho más graves que la muerte, y a Borislav le tocó ser víctima de muchos de ellos.

Ahora, la gente temía a esa persona tan fría, tan siniestra. No deberían preocuparse.

A medida que enterraba a cada uno de sus verdugos, Borislav fue

descubriendo que la venganza no le quitaba ningún peso de encima.

Se había dado cuenta de que lo suyo no tenía solución.

A pesar de seguir vivo, su vida había terminado a los dieciocho años.

A pesar de que no lo metieron en la cárcel, él ya estaba en una: su propia vida.

Ahora Donato se marchaba de su guarida, y ahí lo dejaba, ebrio.

Su pista no había sido muy concreta, pero Donato se sintió seguro de sí mismo. Tanto como solo un necio puede hacerlo.

Y por eso se dirigió al mercado del sur, ahí sí que habría raperos...

Vio a un hombre que le pareció suficientemente despreciable como para estar fijándose en los cantos de los jilgueros, y fue directo hacia él:

—Buenas, una pregunta, ¿has visto un jilguero cantando rap por aquí últimamente?

—Si lo hubiera visto lo habría robado y no te diría que lo tengo.

—¿Y te parece bonito?

—Bonito o feo, la vida sigue. Y los problemas corren más que la gente buena en este barrio. Por eso no la hay.

—Por gente como tú está así el país.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo está el país?

—¡Lleno de gente como tú!

Se alejó de aquel despreciable echando humo como una locomotora, y se encontró al ejemplo perfecto de la persona que estaba buscando.

—Hola, vengo a hacerte unas preguntas.

—Oye, pavo, solo responderé si lo haces rimando.

—Mira chaval, más te vale hablar y dejar de rapear.

—Bien tirada, deduzco por tu cara que eres un auténtico rata.

—Si me comparas con animales me van a salir los males.

—O haces mejor rap, o te cobraré un poco de cash.

—Ten mucho cuidado si me sigues vacilando.

—Saca la cartera, y dame un billete de cincuenta.

—¡Sigue echándole jeta que te saco la escopeta!

—Lo que llevas en la gabardina no es ninguna carabina.

En ese momento de máxima inspiración, Donato abrió su gabardina y sacó la escopeta.

El joven que había en frente suyo se quedó más blanco que esta página que estás leyendo.

—¿Has visto al jilguero que canta rap?

—Oye pavo, yo no sé nada...

—Tú sabes algo, no me obligues a disparar y dime, ¿qué ha sido de él?

—Vale pavo, pero no dispaes.

—La verdad es que me apetece hacerlo, así que ándate con cuidado.

—Mira, te lo voy a decir, al jilguero se lo llevó Gerónimo el Charcutero.

—¡¿Pero qué clase de gentuza vive en este barrio?!

—Es el líder del partido Democracia Absolutista.

—De acuerdo, iré a buscarlo. Muchas gracias, ha sido un placer.

Freiton nunca lograba descifrar a Rutherford, pero entre él y Donato, tampoco.

No sería por falta de ganas.

Aquel día estaban motivados, así que quedaron en el Bar Niz para intentarlo.

—¡Hola Doctor!

—Buenas Donato, dime, ¿qué has descubierto?

—El jilguero corre peligro.

—Eso ya lo sabemos.

—Sí, pero lo que tú no sabes es que lo ha atrapado Geremías el chorizos.

—¿Quién?!

—Un político.

—Entonces vete a donde él y sobórnalo.

—¿Y si no quiere?

—Entonces no es político.

Entonces Freiton tuvo una ocurrencia que les ahorraría mucho tiempo.

—Si no se deja sobornar, infíltrate en su organización, y averigua lo que han hecho con el pájaro.

—De acuerdo, ya sabes que mi fuerte siempre ha sido el camuflaje.

—Sí, como aquel día que decidiste vestirte de ninja para un robo.

—Tenía que rentabilizar ese disfraz, ya sabes.

—Sí, pero el problema era que habíamos quedado en el centro, y ia las cuatro y media de la tarde!

—El buen ninja nunca se quita su takami.

—Lástima que la gente que nos vio no pensase eso, nos podríamos haber ahorrado mil euros de fianza.

—Ya sabes, el estado siempre robando. Que si no se puede llevar una katana por la calle, que si no se pueden lanzar shurikens a los pájaros...

—Sí, son muy opresores.

—¡Efectivamente!, Algún día me presentaré en la comisaría con la katana.

—Bueno, prefiero no tener nada que ver con esa aventura.

—Donato saldría del anonimato.

—Puede que este caso sea nuestra oportunidad.

—Así es, no te fallaré Doctor, lo aseguro.

—Bien, pues ahora ve y descubre lo que puedas.

Capítulo III

Donato caminaba encorvado y veloz, como un búfalo en el día del rifle.

Siempre se había sentido identificado con ese animal, por eso le gustaba tan poco la tauromaquia. Era uno de los pocos casos en los que mostraba compasión por otro ser vivo.

Un día, el torero tuvo la mala suerte de que Donato había decidido salir vestido de ninja, y este le desafió a un duelo. Aquel día no murió ningún ser vivo que mereciera la pena.

Donato estaba llegando a la que le habían dicho que era la sede del partido Democracia Absolutista. Era un edificio inspirador. Grande, gris, glorioso. Donato siempre se crecía cuando veía un reflejo del pasado, quizás por su mentalidad política tan reaccionaria.

Al llegar a la sede, le saludó el portero, que, ¿cómo no? estaba en la puerta.

—Buenos días hidalgo.

—Donato.

—Yo soy el portero.

—¿Y de qué te encargas?

—De vigilar la puerta.

—Hmmm... ¿aquí todo es lo que parece, verdad?

—Sí, es uno de nuestros principios.

—Bien. Estoy buscando a Gandolfo el dicharachero.

—Gerónimo.

—Yo Donato.

—No, digo que no es Gandolfo, si no Gerónimo.

—Pues eso. ¿Dónde está?

—Ha ido a por género.

En ese preciso instante se oyó el rugido de un todoterreno viejo, y apareció un hombre con más decisión que reflexión, más fuerza que tacto, y más munición que armas.

—¿Quién es este hombre, portero?, ¿un nuevo hidalgo en el cuartel?

—No sé si es hidalgo pero pregunta por tí.

Gerónimo se dirigió a Donato.

—Buenos días, ¿cómo te llamas buen hombre?

—¿Cómo te llamas tú?!

—Soy Gerónimo el Charcutero, hijo de Giovanni el Charcutero.

—Pues yo soy Donato, hijo de mi padre, y he venido a hacerte unas preguntas.

—¿De qué se trata?

—¿Dónde está el pájaro? —El portero y Gerónimo estaban estupefactos y tardaron en contestar—.

—Ven, vamos dentro, hablaremos en mi despacho.

El edificio transmitía belicosidad, o eso es lo que pensó Donato. Era genial captando señales, pensó también. Sobre todo cuando vio que había cajas y cajas de municiones de armas antiguas.

La verdad es que esto le alegró el día. Donato sentía que él había nacido para la guerra.

Era una lástima vivir en una época en la que ser pacifista estaba tan de moda. Porque no es que la gente hubiese desarrollado la conciencia como para querer la paz, no. Simplemente se puso de moda la paz con un objetivo muy concreto que no desarrollaré ahora, y todo el mundo se autoproclamó pacifista.

Era la forma de avanzar del ser humano, siguiendo al rebaño, y no por convicción propia.

Entraron al despacho de Gerónimo. La luz entraba tibia por una ventana por la que se podía ver, pero no ser visto. Las sillas crujieron cuando se sentaron. Había una gran mesa de buena madera, de la antigua.

Aquel despacho, se sentía imponente e impotente. Se percibía mucho potencial en él, pero necesitaba un pequeño empujón. Había hojas y cuadernos por todas partes, incluso por el suelo. Era difícil pasar sin pisar. El aire era más denso ahí dentro, y la gente que entraba en él, salía con mas fe en la causa por la que luchaba.

Obviamente, Donato no fue capaz de percibir todo esto, pues el cacahuete que tenía por cerebro estaba a otras cosas.

—Oh dios mío, ¡qué desorden!

—Son días muy convulsos, hidalgo.

—No para los políticos como vosotros, siempre viviendo del estado. Por eso defendéis a muerte la estabilidad, porque vivís de ella.

—No lo dirás por nosotros, pues no tenemos ninguna representación.

—Y eso os honra.

—Yo soy de esa opinión, pero tenemos algunas diferencias internas en el partido respecto a ese tema.

—Las diferencias internas se resuelven a cañonazos.

—Esa es una postura un poco radical...

—¡¡¡El fin justifica los medios!!!

Tras oír esos ruidos, el portero apareció en el despacho en seguida, preocupado.

—¿Todo bien Gerónimo?

—Sí, sí, tranquilo, déjanos a solas.

—De acuerdo.

Tras irse el portero y esperar unos segundos por precaución, Gerónimo se acercó a Donato con una sonrisa cómplice.

—¿Sabes qué, hidalgo? Necesitamos a alguien como tú en nuestra facción.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Te daremos la posibilidad de llegar al pájaro.

—Eso es precisamente lo que busco, muy bien. ¿Qué debo hacer?

—¿Tienes pocos escrúpulos verdad?

—Solo los siento cuando alguien menciona esa palabra. Nunca la utilizo, me parece signo de debilidad. Es una palabra intrínseca. Su propia pronunciación explica su significado.

—Bien, perfecto. Necesito que te encargues de la facción moderada.

Donato y Freiton quedaron para hablar, pero esta vez, se alejaron de la ciudad.

Querían un lugar silencioso, y eso es lo que les aportaba La Madriguera.

Era una cueva a las afueras de Calunia. Freiton sabía que guardar secretos era imposible, pero en esa cueva nadie les oiría.

Cada vez que se cuenta un secreto, el receptor vuelve a emitir el mensaje original irremediabilmente, y curiosamente, la Madriguera rompía con esa cadena.

El mensaje original solo se transmitía una vez, y del resto de veces se encargaba el eco.

—Bien Donato, dime eso tan importante que me tenías que decir.

—Sé como llegar al pájaro.

—Sí, eso ya me lo has dicho treinta y cinco veces por el camino.

—A través del líder del partido Democracia Absolutista, Gerardo el Salchichero.

—¿Cómo?!

—Me necesitan, y además saben donde está el pájaro.

Freiton se sintió prescindible, y le dolió. Seguro que lo has vivido, eh canalla...

—¿Te necesitan a tí?!

—Sí, por mi valentía y sabiduría militar.

—¿La sabiduría que adquiriste viendo esos dibujos animados que tanto te gustan?

—Sí, Doctor. Me enseñaron que la vida es una guerra constante, y que el que no mata, muere.

—De acuerdo, si eso les vale, yo encantado. Mi plan ha funcionado.

—Sí Doctor, eres un genio, sabes más que nadie.

—Ya lo sé. Saber que se sabe lo que se sabe, y que no se sabe lo que no se sabe; he aquí el verdadero saber.

—Guau...

—¿Lo has entendido?

—Sí, pero más o menos.

—Bien, pues ahora ve allí y cumple con tu cometido, yo planificaré algo para que sea menos probable que falles.

Freiton decidió ir a donde Rutherford para informarse sobre Gerardo, hasta que al empezar a preguntarle, se dio cuenta que no era Gerardo de quien se quería informar.

—¿Cómo que Gerónimo? Estoy seguro de que Donato me dijo Gerardo.

—La seguridad absoluta solo es alcanzable mediante la ignorancia.

—O mediante la sabiduría máxima.

—Que solo se obtiene cuando se acepta que es inalcanzable.

—Muy bien. ¿Qué sabes de Gerónimo?

—Duro como el cemento, blando como el cemento.

—El cemento es menos duro que hablar contigo.

—Cuando es blando sí.

—¡El cemento siempre es duro!

—Excepto cuando no lo es.

Freiton estaba sudando. Tenía ese sudor frío que tantas veces sentía al estar con Rutherford y tantas veces has sentido tú cuando estás de resaca.

—Rutherford, por favor, tenemos que salvar a un jilguero.

—¿Lo hacéis por él o por su mal llamado dueño?

—¡Maldita sea!, ¿y eso qué más da?

—En tanto que aceptemos la esclavitud de otros, estaremos justificando la nuestra.

—Pero nosotros no somos esclavos.

—Solo si tenemos el dinero para ejercer nuestros derechos.

—¿Y tú cómo tienes una casa si nunca has trabajado?

—La respuesta más sencilla a tu pregunta será mi silencio.

Freiton se marchó. Sabía que Rutherford podía pasarse una semana callado.

Era más tozudo que el tristemente famoso Blobby el Plúmbeo.

Aquel que comió medio kilo de plomo para ganar una apuesta.

Lástima que solo pudiese disfrutar de su premio un minuto treinta y cuatro segundos.

Era un hombre deleznable.

También era un gran amigo de Donato, al que al fin y al cabo no dolió tanto su muerte, pues recuperó el dinero apostado.

Qué orgulloso se sintió de sí mismo aquel día, por fin sabía de finanzas.

Donato y Gerónimo habían quedado en Falkirk, Albuquerque.

Era un pequeño pueblo que antiguamente había sido una gran ciudad industrial.

Habían planeado entrar a escondidas al antiguo cuartel militar que ahora estaba abandonado pero vigilado, como nuestros miedos más profundos.

Se rumoreaba que ahí tendrían las armas necesarias para el que fuera su

propósito.

—Muy bien Donato, ahora ve y distrae al guardia.

—Será un placer.

El guardia tenía más años que el tiempo mismo, y la mirada más perdida que Wally en un partido del Athletic Club.

—Buenos días señor guardia.

—Buenos días.

—Busco la calle Santamaría.

—Por ahí, todo recto.

—...

—Se ve desde aquí.

—Ah, ya, pero... ¿Cómo sé que no mientes?

—Porque llevo trabajando aquí treinta y ocho años.

—¿Y cuántos años tienes?

—Cincuenta y ocho.

—Pues si quieres cumplir cincuenta y nueve, ¡levanta las manos y cierra la boca!

—¡Pero qué demonios haces?!

—¡Esto es un atraco!

—No tengo nada que darte, solo las llaves de este apestoso cuartel.

—Es suficiente.

El guardia no podía comprender quién se tomaría la molestia de sacar una escopeta superpuesta en plena calle para robar unas llaves de aquel maldito cuartel, pero la verdad es que le importaba poco, como casi todo en la vida.

Aunque él no lo supiera, y especialmente por eso, estaba muy alienado.

Tanto que celebraba las victorias de su equipo de fútbol como tuyas, y no contento con eso, creía en aquella democracia parlamentaria al servicio del capital.

—Toma, pero no digas a nadie que me has atracado o me despedirán. Por mí puedes hacer lo que quieras con el cuartel, siempre que nadie se entere.

—Puedes ser alguien importante para nuestra causa.

—¿Luchas por una causa? Menudo ingenuo...

—Vuelve a llamarme eso e irás a conocer a San Pedro.

Donato entró al cuartel. Se fiaba del guardia, parecía tener tan poca pasión como ganas de vivir. Al fin y al cabo, es lo que tienen los sinónimos no oficiales.

Era de esas personas que se conformaban con sobrevivir. Por supuesto, Donato no estaba pensando en esto, solo deseaba ver las armas.

—Hola Jenízaro.

—Ay... hola Donato, todo seguro por aquí. ¿Cómo lo has distraído?

—Le he sacado la escopeta.

—¡Joder, Donato! Habíamos quedado en que íbamos a ser discretos.

—La discreción la ha puesto él. Ni se ha inmutado frente a mi espectáculo.

—Bien, ¿entonces ya contamos con este sitio como segundo cuartel general?

—Desde luego, pero creo que yo me merezco tener algo de esto.

—Por supuesto Donato, he estado pensando en dejarlo a tu cargo, siempre que no olvides que el que manda en Democracia Absolutista soy yo.

—Sí, tranquilo, sin ningún problema en ese sentido —porque no durarás mucho vivo, pensó—.

Gerónimo volvió al cuartel principal del partido. Hoy tenían reunión, estaban de enhorabuena. Habían conseguido una segunda base.

—Bien, hidalgos, tengo que comunicaros que la misión ha sido un éxito gracias a la estimable ayuda de Donato, una nueva incorporación a nuestro proyecto.

—No me fío de ese hombre Gerónimo, y lo sabes —Manrique, aquel hombre que se mojaba menos que unas botas con Gore-Tex decidió alzar la voz a favor de la moderación, el fascismo de los queda-bienes—.

—¿Qué te pasa Manrique?, ¿no te gusta la acción?

—Nos llenará las manos de sangre.

—Como hijo de charcutero, estaré orgulloso de él si lo hace.

—No solo eres Gerónimo el Charcutero por tu padre, también por tu amor

a la violencia.

—La vida es violenta, evitar la violencia equivale a evitar la vida.

—¿Pero cómo diablos te elegimos como líder?!, ¿qué clase de gentuza tenemos en el partido?!

—Sabes que puede votar cualquiera, y la gente quiere romper con el sistema.

—Romperemos con la humanidad con gente como tú —un gran amigo de Manrique intervino—

Por dios, gente, votad a Manrique, es el hombre idóneo, moderadamente moderado en todo excepto en su moderación.

—¡Calla Roberto!, ¡estamos hartos de vosotros! Queremos sangre nueva en el partido, y si no os quitáis de en medio, ¡también querremos vuestra sangre vieja!, ¡derramada por las paredes!!

Este era el día a día en el partido, debates acalorados que acababan con la paciencia y vida de la gente calmada.

Había escisiones cada fin de semana. Y eso que no era un partido de izquierdas.

Hasta que Mamerto el Erudito ponía orden.

—Vamos a votar.

El silencio se apoderó de la sala.

—De acuerdo, pero ¿qué es lo que votamos?

—La línea que tomará el partido: Gerónimo o Manrique.

El resultado dejó bastante clara la ideología de las bases del partido:

Gerónimo cincuenta y siete votos, Manrique tres. No querían política, querían guerra.

En esto también parecían de izquierdas, aunque al menos superaban en votos a UPyD.

Capítulo IV

Freiton salió a dar un paseo por un polígono industrial al norte de Calunia. La decadencia solía relajarle.

Además, era una zona frecuentada por drogadictos y gente que buscaba problemas. O dicho de otra forma, gente que había desarrollado en exceso el pensamiento lateral.

Así es como conoció a Donato.

Freiton siempre había sentido condescendencia hacia los delincuentes; nunca se había parado a pensar que quizás eran esclavos de sus circunstancias; la misma excusa por la que él pudo mantener su autoimagen positiva no servía para los demás. Solo él podía ser esclavo

de las circunstancias, los demás lo hacían todo concienzudamente.

Por eso creía que debían ser castigados. Eso sí, una vez cumplida su pena, merecían volver a integrarse en la sociedad, y él estaba dispuesto a ayudarles, pero no porque realmente creyera que era lo justo, si no porque le hacía sentirse bien. Qué generosidad.

Lo peor de todo es que no estaba solo. En aquella sociedad, era muy común ese planteamiento.

Su cerebro estaba al cien por cien de memoria RAM, temía que ocurriese un pantallazo azul, pero tenía que arriesgarse a ello para lograr entender lo que le había dicho Rutherford.

Solo le había quedado una cosa en claro, "duro como el cemento, blando como el cemento".

"Duro como el cemento, blando como el cemento".

Se lo repetía constantemente a sí mismo, pero no daba con la tecla.

En ese momento, hizo algo que muy pocas veces hacemos: sentirnos agradecidos de tener algo que damos por hecho que deberíamos tener. Agradeció a la providencia el haberle dado el sentido de la vista, porque vio una oportunidad para resolver el misterio de Rutherford:

CEMENTOS FILIBERTO, SL.

Se dirigió a esa empresa, y se encontró con un hombre con pinta de saber

más que un ingeniero. Lástima que sea imposible.

—Buenos días señor, me presento. Soy el Doctor Freiton, detective privado, y estoy intentando resolver un misterio.

—Buenas, yo soy Aldous, ingeniero especializado en cementos.

—¡Oh, alabada sea la providencia!

—¿No vendrás a intentar venderme una biblia verdad?

—Nunca haría eso. Vengo a hacerte una pregunta.

—Adelante, pues. No tengo todo el día.

—El cemento... ¿es duro o blando?

—Pues depende.

—¿De qué?

—De si está seco o húmedo.

—Ya... ¿y como podría aplicarse eso a una persona?

—¿Quieres hacer un monumento de cemento?

—No, hombre no, no me has entendido. Si para describir a una persona utilizo la frase "duro como el cemento, blando como el cemento", ¿a qué me podría referir?

—Uf... esa es una pregunta prácticamente metafísica.

—No, nada que ver con ningún tipo de física, ni la hidro, ni la meta.

—Precisamente por eso. Bien, dame unos segundos.

—Sí, hombre, sin prisa, no corre peligro ningún jilguero.

—Hm... podría deberse a que al principio es blando, y pasado un tiempo es duro, pero esto depende tanto del contexto...

—¡Suficiente! Ya tengo la respuesta. Ahora vuelve a trabajar, que no te pagan por hablar.

Freiton se marchó hacia su casa contento. Una vez más, había resuelto un misterio él solito. Donato le admiraría aún más.

Mientras se vanagloriaba en sus pensamientos, se cruzó con un hombre que discutía con su pareja.

—¡Joder Gumersindo! Te dije que si volvías a permitir que tu perro cagase en mi portal te la devolvería.

—¡Creía que era una expresión!

—Toda acción tiene reacción, y ya sabes que yo soy muy reaccionario.

—¿No me digas que eres de los de ojo por ojo?!

—¡No!, isoy de los de ojo por crema!

—Pero tío, si sabes que lo dijiste de bromas.

—¡Sí!, pero luego me pareció una gran idea.

Entonces, en ese preciso momento, se encendió una bombilla en la mente de Freiton, y se dio cuenta de a qué se refería Rutherford.

Gerónimo era como el cemento a la hora de tomar decisiones. Al principio era muy flexible, pero una vez asentada una idea, era completamente inamovible.

Tenía que hablar cuanto antes con Donato, con esta nueva información partían con ventaja.

Sabía que Donato iba a desperdiciar esa ventaja tarde o temprano, pero sería como la tortuga a la que Aquiles nunca alcanzó.

Sería interesante ahora, que leyese la historia de Aquiles y la tortuga.

Volviendo a la tortuga: Donato tenía cierta astucia. Esta residía en que nunca lo cogerían indefenso.

Había nacido para la guerra, sin duda. De hecho, de joven había intentado ser diplomático debido a la buena fama de la que gozaba la paz, pero no se le dio muy bien.

Él solo soportaba la diplomacia cuando eran otros los que la hacían, y sobre todo, cuando la hacían a su favor.

La verdad es que admiraba a líderes con tan pocos escrúpulos como Winston Churchill, George Bush, Barack Obama o Mobutu Sese Seko.

La política siempre le había parecido una buena idea para adoctrinar a las masas, y para utilizarlas contra sus enemigos.

La verdad es que en esto no se diferenciaba en absoluto de los políticos de su época.

Su gran problema era que no sabía convencer a la gente de sus mentiras.

Esta vez, había decidido cambiar de estrategia. Él tenía armas, y el pueblo, odio. Una combinación peligrosa para las élites.

Estas deberían temer al pueblo, pero se creían que mientras les diesen de comer nunca se rebelarían. La cuestión era que a los que consideraban

sus perros tenían ya demasiadas ganas de morderles.

Donato simplemente era el hombre erróneo en el momento adecuado.

Aquella mañana se dirigió a la plaza del pueblo. Quería reunir un pequeño ejército. Solo tenía que incitar a las masas, así que empezó con su discurso.

—¡Oh, hidalgos de Calunia!, ¡os he reunido aquí para hacer historia!

Desde hace mucho tiempo, las élites nos gobiernan bajo esta falsa democracia, y ¡por eso está tan extendido el pacifismo!

¡Ellos son los que quieren la paz! Quieren la paz porque de ese modo tienen la victoria asegurada. ¡Parten con ventaja!, esta paz, ¡no es más que su paz! Y yo, os propongo una alternativa, ¡hagamos nuestra guerra!

Contra todo pronóstico, Donato había logrado articular algo con cierto sentido, superando así a todos los políticos de su época. Por lo tanto, y como es evidente, hubo mucha gente que se unió a él. Ahora ya podía hacer la guerra.

Freiton llamó a Donato, debía saber donde estaba para darle la clave que les permitiría dominar a Gerónimo.

—Donato al aparato, ¿quién es?

—Soy el Doctor Freiton.

—¡Oh!, ¡Buenas Doctor! Tengo muy buenas noticias.

—Yo también, empieza.

—He reunido un pequeño ejército para hacer frente a Grimaldo.

—¿Gerónimo?

—Sí, eso, da igual su nombre.

—Matarás al hombre equivocado si no te lo aprendes.

—Si alguien muere por ese error, desde luego era un hombre equivocado.

—Eso no es así, porque el que tiene boca se equivoca.

—Muy cierto.

—Ah, por cierto, ya sé como dominar a Gerónimo, sé como manipularlo.

—No hará falta cuando esté muerto.

—Eso lo decidiremos a cara o cruz.

Freiton llegó al cuartel donde estaba Donato. Donato y una panda de analfabetos realmente despreciable, pensó. Justo lo que necesitaba.

—¿Cuál es el análisis de la situación, Donato?

—¡Vamos a ganar!

—¿Puedes ahondar un poco más?

—Tenemos más armas.

—¿Y soldados?

—Menos.

—¿Suficientes?

—Claramente.

—Pues prepara a la gente.

—Prestamente.

—Atacaremos de frente.

—Implacablemente.

Así es como se decidió la estrategia de la batalla inminente. La única ventaja que tendrían sobre la pizarra sería el factor sorpresa.

Donato y Freiton lo habían preparado todo. Su ejército estaba listo para la gran batalla.

Freiton se dirigió al ejército:

—¡Adelante! ¡Hoy nos espera la historia!

Empezaron a avanzar. Iban descoordinados y algo indecisos, pero la verdad es que tenían mucho rencor acumulado, así que estaban preparados para la guerra.

La gente que los veía se apartaba, pero más que miedo sentían incredulidad.

¿De dónde habían salido esos locos? Tantos locos, y además, ¿iban armados con arcabuces?

La escena era impactante. Cerca de cincuenta personas, avanzando furiosas, y sin ningún orden. Realmente, parecían hechos a imagen y semejanza de Donato.

Cuando llegaron al cuartel de Democracia Absolutista, se oyó una voz de alarma, y la gente empezó a huir. La gente de ambos bandos. Al final se oyeron unos pocos disparos, y la batalla acabó con muy pocas bajas. Habían superado el record de la batalla con menos bajas de la historia. Para ser del todo precisos, ha de decirse que esto no es cierto, pues hubo una gran batalla en Bicoca, en la que solo hubo un muerto por una cox de mula, un español que sí que hizo historia. La única excepción en un estado rico en excepciones.

Habían tomado el cuartel, y más importante aún, Gerónimo estaba dentro. No podía huir.

Donato y Freiton se dirigieron allí, y lo encontraron tirado en el suelo.

—Donato, me has traicionado... antes de que yo te traicionara a tí.

—Soy zorro como un... zorro del desierto.

—Me temo que has ganado esta vez.

—Pasaré a la historia como un gran hombre.

—Muy bien, está claro que Donato ha ganado gracias a mi ayuda, pero dinos, Gerónimo, ¿por qué crees que te hemos atacado?

—Queréis haceros con el poder de Democracia Absolutista, sin duda.

—Sin duda te equivocas. Envié a Donato aquí porque le comentaste que

sabías algo del jilguero.

—Sí, pero huyó.

—¿Cómo que huyó?

—No pude evitarlo.

—Dinos dónde podemos encontrarlo si quieres conservar tu vida.

—Aunque no quisiera conservarla os lo diría, ese cabrón merece morir. Pero tened cuidado, es muy escurridizo.

—Dinos donde está.

—Habrá ido a la cabaña abandonada en el campo.

—¿Aquella casa tan vieja en la que se dice vivió Tutankamón?

—Sí. El Jilguero es ahora el que vive allí.

—Gracias. Donato, haz lo que quieras con este hombre.

Donato, obviamente, entre dejarlo vivir y matarlo, decidió hacer lo _____.

Capítulo V

Mientras caminaban hacia la cabaña abandonada, Donato sacó un tema

muy interesante:

—Dime, Doctor, ¿tú crees que somos buenos o malos por naturaleza?

—Depende de si te refieres a bueno y malo moralmente, o a una cuestión de nivel. Si es la segunda es bastante obvio.

—Me refiero a moralmente.

—La moral es relativa, como todo.

—Pero esa frase no es relativa.

—Es relativa su relatividad, ¿entiendes?

—Explícate.

—Es eso, pues que es evidente.

—Pero entonces, ¿hay gente que es mala por naturaleza o no?

—Hay gente mala, pero depende de a qué te refieres.

—¿Entonces sí o no?

Freiton sonrió. El pobre Donato no estaba a su nivel.

—Por supuesto que ni sí, ni no.

—Me estoy liando.

—Claro. Es que hay preguntas para cuyas respuestas no estás preparado.

—¿Tú crees?

—Sin duda. Lo tuyo es el fútbol, las drogas, dios... todo ese tipo de

distracciones absurdas.

—Nunca lo había pensado así.

—Evidentemente que no, por que no tienes esa capacidad.

—Entonces, ¿debería limitarme a lo que sé?

—¡No, por dios!

—Ah, ¿no?

—No. Deberías aprender más. Pero de fútbol, drogas, dios y ese tipo de chorradas banales.

—Oh, gracias por el consejo.

—De nada hombre, ha sido sin querer. He leído mucho, y brota sabiduría de mis labios cada vez que hablo.

—Guau... eso de leer, lo tendré que probar más a menudo.

—Sí, pero tú dale a la prensa deportiva, ya sabes. Aunque tenga poco de prensa, y menos aún de deportiva.

Estaban ya a un minuto de la cabaña abandonada.

—Bueno Donato, siento tener que dejar de hacer de docente pero ahora toca hacer de detective.

—Eres polimérico Doctor.

—Gracias.

Habían llegado, y se encontraban frente a la puerta. Oyeron a alguien hablando. ¿Habrían raptado al jilguero?

—Donato, tocaré la puerta, pero tu ten tu escopeta a mano.

—Siempre la tengo a mano, Doctor.

—Muy bien.

Freiton se acercó a la puerta, y tras dudar unos segundos por quien preguntar, se decidió a hacerlo sin rodeos.

—¡Abre! ¡Estamos buscando al jilguero!

—¡Aquí no hay nadie!

—Si no hubiese nadie, no habría recibido respuesta.

—Vale, sí hay alguien, pero no soy yo.

—No te queremos a tí. Queremos al jilguero. ¡Sabemos que está ahí!

—¡Ha huído!

—¡O abres la puerta o te abrimos la cabeza! —Donato, tan pragmático como siempre—.

La voz que les había contestado abrió la puerta. Bueno, para ser más exactos el hombre que poseía esa voz. Se encontraron frente a un hombre joven, mayor y muy delgado.

La casa era minúscula, tanto que casi ni se creían que ahí pudieran haber vivido un hombre y un jilguero. Solo había una cama, una estantería repleta de la más absoluta nada, y una calefacción.

—Hace calor, ¿eh?

—Sí. Hemos venido a hacerte unas preguntas.

—¿Sobre la calefacción?

—No, sobre el jilguero.

—Entonces, ¿apago la calefacción?

—No, se está bien así.

—Es un gran invento la calefacción, ¿verdad?

—Sin duda de los mejores.

—Sí. ¿Sabes cuál es otro gran invento? El frío.

—¿Te gustan las calefacciones y el frío? —Donato hizo su primera aportación— Debes estar chalado.

—No, amigo, solo las calefacciones.

—Entonces, ¿por qué es el frío un gran invento?

—Porque sin frío no apreciaríamos las calefacciones.

—Chorradas. Te ha dicho el Doctor Freiton que nos digas donde está el jilguero, ¿vas a hacerlo o voy cargando el arma?

—Je. ¿En serio no lo sabéis? ¡El Jilguero soy yo!

—¡¿Qué?! —este hombre se había vuelto loco de tanto pensar—.

—Sí, claro. El Jilguero es mi nombre de guerra.

Freiton tenía un mal presentimiento.

—¿A qué te refieres?

—Soy un ex-militante de Democracia Absolutista, pero nos escindimos, y creamos el partido Democracia Avesolutista. El líder era El Gran Cóndor, y yo era su mano izquierda, resolvía conflictos, hasta que Gerónimo encarceló a El Gran Cóndor. Ironías de la vida. Una vez encarcelado no podía volar, por lo que podía volver a ser libre, pero siendo libre podría

volver a volar, así que volvería a encarcelarlo. Ya lo dijo Laboa.

—Y entonces, ¿no sabes nada de un jilguero desaparecido?

—Sí, ya te digo. Soy yo, un ex-militante de...

Paradójicamente, un sonido creó el silencio. En concreto el sonido del martillo del revólver de Donato.

—Tranquilo, Donato, resolveré esto con mi dialéctica.

—Jilguero, más te vale decir la verdad.

—Siempre lo hago, por eso cuesta tanto creerme.

Freiton habló con Donato a solas, y consiguió relajarle un poco. Luego, se volvió a dirigir a El Jilguero.

—Bueno, esto ha sido un malentendido. Sigue con tu vida, pero recuerda: ave que vuela, a la cazuela.

Allí marcharon los dos amigos. Estaban orgullosos, había sido un gran día.

Donato había demostrado su gran coraje al sacar el revólver, y Freiton había aniquilado a ese hombre con su dialéctica.

Y llegó ese punto cítrico y crítico que siempre llegaba.

Estaban sin pistas.

No sabían por donde seguir con la investigación. Pensaron en hablar con Rutherford, pero Freiton se negó. Era una de las pocas personas que hacían tambalear su autoimagen. Y como bien es sabido, la gente muere y

mata por mantener su autoimagen.

Algunos dicen que es lo único que tenemos en este mundo tan cambiante. Otros, en cambio, votan a la derecha aún siendo de la clase asalariada.

—Y ¿qué te parece si voy yo, Doctor?

—Rutherford es muy difícil de descifrar, demasiado para tí, te haría falta grabarlo y escucharlo cientos de veces.

—¡Buena idea!

—Era una hipérbole.

—Hiperbuena hipérbole.

—Cierto. Puede que sea una solución. ¿Qué te parece si llevas un micro, y así puedo decirte qué preguntarle?

—Sería una buena idea, mi coraje y tu cerebro, podríamos dominar el mundo.

—La verdad es que es cierto, mi dialéctica nos haría llegar a presidente. Pero no me gustaría manipular al populacho. Es lo malo de haber estudiado en un colegio público. Intentan convencerte de que todos somos iguales, y algo cala.

—Tonterías. Esto es la ley del más fuerte. Ya lo dijo Darwin. Y los cristianos, a las catacumbas.

—Cierto, y no hay nadie más fuerte que el que puede convencer a muchos fuertes de que luchen por él.

—¡Así es! ¡Acabaremos con ellos!

Miles de perdigones salieron disparados de la boca de Donato, alguno de ellos dirigido directamente hacia el traje de Freiton.

—¡Donato!, ¡te he dicho que no debes gritar mientras comes!, ¡esto se

convierte en Pompeya!

—Lo siento Doctor. Es que sabes hacer un llamamiento a mi instinto más primitivo, el de matar.

—Bueno, pues de momento apágalo, que vas a tener que ir a donde Rutherford.

Donato terminó de comer su bocadillo, y ya después se fue al baño y plantó un zurullo apoteósico.

(¿Qué miras?, solo soy un maldito paréntesis, ¿por qué debería saber yo algo? Siempre igual...)

Donato se dirigía hacia la guarida de Rutherford. Se creía un auténtico maestro del sigilo. Entre sus mayores trucos estaba el de mirar al cielo y silbar simultáneamente. Un genio.

Caminaba como un robot, debido al cableado que llevaba pegado a su cuerpo. Desde luego, quedaba claro que no habían acudido a las interesantes lecciones del profesor Hitzfield sobre electrónica básica.

Su nivel en esta materia superaba ligeramente el uso del yogur más cuerda.

Cuando vio a Rutherford, se acercó excesivamente a él, y éste, que de tonto no tenía un pelo, especialmente en la cabeza, se rasgó su bigote y comenzó a sospechar.

Donato empezó a silbar.

—Bonita melodía Donato.

—¡Ah!, ¡Rutherford! No te había visto.

—¿De qué canción se trata?, ¿"te escucho en la sombra"?

—No, "Chistorra mañanera para cenar", está pegando fuerte.

—Fascinante, de veras.

—Sí, siempre se la recomiendo AL DOCTOR FREITON —por si no estaba claro que usaba un micro, alzó el volumen para referirse a su amigo, que debía de estar orgulloso de su sigilo—.

—¿Y sabes algo de él?, ¿dónde anda?

—Está enfermo.

—Pobre hombre.

—Bueno, vamos hacia adelante, Rocinante.

—Gran caballo.

—Sí. A lo que iba, no sabemos nada del jilguero. Necesitamos tu ayuda. Freiton está enfermo.

—Es una pena que no haya podido venir.

—La verdad es que ya le he insistido, pero no había manera.

—¿Y me estás diciendo que un hombre tan brillante como él se ha quedado sin pistas?

—Sí, y no se qué me vas a poder aportar tú si él tampoco sabe nada.

—Respuestas.

—Pues entonces, dime donde está el jilguero que quiero recibir la recompensa ya.

—Él está en el ahora.

—¿Qué es eso?, ¿un bar?

¿Tienen aceitunas gratis?

—Un estado mental.

Donato intentó ponerse las gafas de intelectual y derribar la palabrería de aquel cerebro con bigote.

—Si el pájaro está en el ahora, y yo también, debe estar aquí cerca.

—No. Tú no estas en el ahora, estás pensando en la futura recompensa.

—¿Y tú?

—¿Me buscas a mí o al jilguero?

—Busco el ahora.

—Pues estás buscando arena en la playa con un detector de metales.

—Entonces... ¿insinúas que el pájaro ha ido a darse un baño al puerto?

—Frío frío.

—Bueno, a mí el agua tampoco me gusta caliente.

—Sí, la verdad es que se agradece la frescura.

—Eres un hombre muy sabio, algún día tenemos que quedar para ir a darnos un baño.

—Sí, ya te llamaré cuando pueda. Ando muy liado últimamente.

—Bueno, pues nos vemos, ¡hasta otra!

No era un tipo tan difícil aquel Rutherford... Donato había sabido domarlo, y hasta habían quedado para un plan de chapuzón el domingo a la

mañana, lo ideal para una buena resaca veraniega. El Doctor Freiton estaría orgulloso de él.

Donato y Freiton habían quedado en el Bar Niz. Una vez más, Donato llegaba tarde. Mientras tanto Freiton se entretenía hablando con uno de los dueños del local, Aniceto.

—Ya te digo yo que no es cierto lo de que todos tenemos potencial, si no, fíjate en Donato.

—Lo sé, Freiton, hay gente con la que cuesta justificar mi teoría, pero son excepciones. Y aún así Donato tiene su potencial.

—¿Sí? Pues explícame en qué consiste.

—Es implacable. A su manera.

—Implacable en su ineficacia.

—Bueno, puede que no sea cien por cien fiable, pero es bueno intimidando a la gente con su arsenal de armas.

—No me parece que eso sea una gran virtud, cualquiera podría hacerlo.

—Pero nadie lo hace. No puedes comparar sus virtudes con las tuyas, es absurdo.

—Obviamente.

—Me refiero a que comparar a Donato con cualquier otra persona es más o menos como comparar a un guepardo con un come piedras volador por su habilidad para cazar antílopes, no tiene mucho sentido.

—Tonterías. Tonterías provocadas por la educación cristiana. ¿Todos somos iguales?, ¡Venga ya! Recuérdalo, dios ha muerto.

—Pues ahora nosotros ocupamos su lugar. ¿No crees que es cierto, Constantius?

Un hombre vestido con un traje gris, unos pantalones grises, y como no, zapatos negros, levantó la cabeza. Había estado escribiendo algo en una especie de libreta. Fue verle a él, y me entraron ganas de escribir, y hasta aquí. Ahora no sé qué personaje será el siguiente en morir.

Aquel hombre imponía. Pero también transmitía algo positivo. Era una mezcla perfecta entre serenidad e implacabilidad. La verdad, era buen material. Lo único, tenía un gran defecto. Tenía una cruel amante, la verdad.

—¿Qué es cierto?

—Que si dios ha muerto nosotros ocupamos su lugar. Que esa es una frase absurda.

—Siento disentir profundamente. Hemos recibido una educación cristiana. Incluso los famosos principios de la revolución Francesa son cristianos.

—¿En serio? —Aniceto realmente valoraba el criterio de Constantius—.

—Sí. Fraternidad. ¿Por qué fraternidad? Porque dios es nuestro padre, y eso nos hace hermanos. Pero dios ha muerto. Ya no nos unen esos lazos, la guerra ha empezado, a menos que decidamos unirnos, pero no ya como hermanos.

Por otro lado, la igualdad. ¿Realmente somos iguales? Puede que a ojos de un ser superior sí. Del mismo modo que cuando tú observas a las hormigas te parecen idénticas. Pero ahora que dios ya no vive, no existe ese contrapunto. Ahora nadie nos mira desde arriba, ahora nos miramos en horizontal. Y eso nos hace ver que no somos iguales.

El silencio que se creó fue tan autoritario que Freiton se sintió abrumado y tuvo que decir algo.

—Eso no es cierto.

—Esta es otra conclusión de la muerte de dios. Ya no existen las verdades absolutas, puesto que no hay alguien superior que pueda distinguir entre el bien y el mal sin relativismos. Hay tantos baremos morales como personas, y tantas percepciones como cerebros. Por lo tanto nada es verdad o mentira absolutamente.

—¿Y qué me dices de la matemática?

—Está cerca de ser objetiva, siempre que asumamos que un euro es igual que un euro, y pasemos por alto todas las intangibles que rigen el valor de las cosas.

—Estás hecho un Sofista.

—Precisamente, ellos defendían el relativismo moral.

—El relativismo moral es en lo que se escudan los vagos y maleantes para evadir la realidad de su bajeza.

—Sí, y el racionalismo el que utilizan los Fascistas para justificar conductas injustificables.

—Poderoso caballero es Don Dinero.

—Bueno, sí.

—Doctor Freiton uno, Constantius cero —Freiton se regocijaba en su victoria dialéctica, mientras Constantius se preguntaba de dónde había salido aquel ser tan despreciable—.

Entonces llegó Donato, el hombre que menos creía en el relativismo de todo el mundo. ¿Sería por su falta de empatía? Es una de las grandes preguntas de la historia, y puedes adquirir su respuesta por el módico precio que no aparece en pantalla.

—Donato, llegas tarde un rato.

—Estaba en el cuartel.

—Has aparecido, así que bienvenido. Mira, este hombre cree en el relativismo.

—¿Y de dónde ha salido semejante escoria?

—Da igual. Le he convencido de que es absurdo.

—¡Bien hecho Doctor!

—Siento interrumpir —Donato acarició el mango de su revólver ante la repentina interrupción de Constantius—.

—¿Qué quieres?!

—Puedo ayudaros. Sé que buscáis un jilguero, me lo ha dicho un pajarito.

—Así es, dulces ironías de la vida —Freiton creía que estaba ante un reto de intelectos—.

—Ironías o no, el hombre que cree en el relativismo tiene vuestro futuro en sus manos.

—Es relativo.

—Entonces me marcharé ahora mismo sabiendo que los Sofistas estaban en lo cierto. Dulces ironías, y dulces sueños.

Freiton se sintió tan ofendido que no pudo reaccionar. No supo asimilarlo.

Donato sí. Recurrió a su recurso habitual, el embaucamiento.

—Dormirás para toda la eternidad si sigues caminando —nuestro querido amigo apuntaba a Constantius con su arma—.

Por desgracia, Aniceto estaba acostumbrado a estas escenitas, y esto le

parecía bastante normal, un simple mal hábito.

Constantius se detuvo y empezó a hablar sin inmutarse lo más mínimo, dándoles la espalda.

—Si me disparas, nunca encontraréis al jilguero, y si os digo lo que sé, nunca me dispararás, así que no tengo miedo.

—No intentes dialogar con él, solo se pone más furioso —Aniceto intentaba evitar un crimen—.

—Donato, cálmate.

—De acuerdo, pero solo porque lo dice el Doctor.

—Venga, venid, os diré lo que sé.

CONSUME (Emplazamiento publicitario)

Capítulo VI

Los tres hombres fueron a una mesa a la sombra en el Bar Niz.

Allí nadie les vería. Se sentían menos observados que un topo en su madriguera.

Un ambiente de secretismo les envolvió, ya que Constantius miraba a todas partes.

Pero Aniceto confiaba en él, aunque fuera un hombre que vivía en la cuerda floja.

Precisamente porque siempre decía la verdad. Tenía un auténtico problema de incontinencia moral.

Nunca soportó a los malhechores, y nunca supo callarse ante ellos. Esto, en un principio, había hecho que de joven fuese tan temeroso como temido, hasta que fue perdiendo el miedo.

Porque cuando se acostumbró al miedo, este pasó a ser simplemente incomodidad. Había encontrado un frágil equilibrio. Era un funambulista tan acostumbrado a su profesión, que olvidaba el peligro que corría.

Algunos creían que había perdido la cabeza, otros estaban seguros de ello, y el resto, o no sabía nada de él, o no quería saberlo.

Para ser honestos, hubo un tiempo en el que fue admirado. La gente apreciaba su integridad moral, y les parecía un ejemplo, ya que era cien por cien coherente con sus palabras y pensamientos.

No obstante, y como bien es sabido, la mentira tiene piernas cortas, sí, pero sabe coger atajos. Y nuestro querido Constantius siempre consideró que atajar era una manera de hacer trampa. Todos los que lo apreciaron algún día, fueron alejándose de él, ya que les recordaba lo miserables que eran.

Todos buscaban a alguien maravilloso, sí, pero siempre que no los eclipsase. Constantius creía que la raza humana era realmente miserable

hoy en día. El egoísmo estaba considerado como una virtud, ya que "si no matas, te matarán".

Siempre había pensado que había alternativas, e incluso había participado en algunas de ellas, pero en el fondo, eran simplemente formas más sofisticadas de egoísmo.

Hubo una época en la que fue un joven soñador, de esos que luchan y luchan, y quieren cambiar el mundo. De esos a los que la gente mayor llama ilusos o utópicos. Siempre había creído que esa gente no era mayor, si no vieja, y que era la ilusión precisamente la que hacía a uno joven. Siempre.

Hasta que empezó a hacerse mayor. Era más que consciente de que se estaba convirtiendo en aquello a lo que tanto había odiado, pero cada vez que intentaba volver a ilusionarse por un mundo mejor, se daba cuenta de que lo que hacía no era más que autoengañarse egoístamente.

Al igual que había criticado el egoísmo de los demás, ahora era consciente del suyo propio. Se sintió cerca de tener que darle la razón a Hobbes y esto provocó en él un profundo cambio.

Hasta que un día, aprendió a perdonarse. Eso sí, a diferencia de lo que muchos creen, perdonar no es olvidar. Y aprendió de sus errores.

Recuperó la ilusión cuando entendió que a pesar de ser egoísta, el ser humano es un animal tribal, y para ello solo necesitaba ser parte de una tribu. Una tribu que le potencie y a la que pueda potenciar. Y la única manera que tenía de aportar algo a la gente, era la originalidad, la pureza. El ser uno mismo. No podía engañar a nadie, y menos aún a sí mismo.

Por eso empezó a escarvar en su interior, y consiguió recuperar la ilusión. Se conoció a sí mismo, y dedujo, que a pesar de ser egoísta e interesado,

también era altruísta y generoso.

Y es por esto, señoras y señores, que pese a que Constantius vestía siempre con la misma ropa, los mismos zapatos, y el mismo peinado, deslumbraba cada día. Simplemente su originalidad brotaba de cada uno de sus poros. Su sonrisa era su carta de presentación, y el complemento ideal para su traje gris. Simplemente, su esencia florecía, y hacía que incluso su imagen derrochase color, a pesar de ser gris.

Porque cuando la aceptación de sí mismo llegó, desaparecieron todos sus complejos. Cuando aceptó que simplemente era un simio disfrazado con un traje, no tuvo que vivir de acuerdo a ningún estándar. Ya no tenía que aspirar a ser nada, se había librado de toda atadura. Había descubierto la pasión de vivir.

No tienes más que mirar a tu alrededor, y descubrirás caras sin emoción, caras viejas. Porque la juventud no es una cuestión de edad, es una cuestión de actitud. Sé la bombilla. Sé la bombilla que ilumine su alrededor. Eres más necesario que nunca.

Vivimos en tiempos de oscuridad. No pasemos por alto esta oportunidad, pues precisamente la oscuridad es la que da valor a la luz, la que hace que destaque. Con tu luz, iluminarás a otras bombillas, y puede que enciendas alguna. Poco a poco, volveremos a alumbrar el mundo.

No existe nada más bello que ver a una persona florecer. Ver como supera las expectativas, sobre todo las suyas propias, y observar como empieza a brillar, a dar luz, a ser una bombilla encendida. Nunca habrás visto luz de igual color, pues no hay dos bombillas iguales. Solo se parecen nuestros colores cuando decidimos apagarnos. Cuando nos desconectamos de nosotros mismos, perdemos la luz. Por esto hay que odiar la normalidad, la estandarización, la mediocrización. Aceptemos nuestra luz, con sus fallos y virtudes, e iluminemos el mundo, poco a poco, bombilla a

bombilla.

Y llegamos al día de hoy. Había ido al Bar Niz a escribir sus notas diarias, y había hablado con Aniceto como hacía siempre.

Aniceto lo había escuchado cuidadosamente, ya que sabía que hablando él, nunca aprendería nada nuevo, así que se centró más en escuchar que en hablar.

Y entonces apareció Freiton. Ahora compartía un bocadillo de aceitunas con Donato, porque tenía hambre. Sí, los que escriben las poesías más bellas también usan el inodoro y pasan hambre.

—Bueno, dinos lo que sabes.

—Espera hombre, que estamos comiendo.

—Empieza a caerme bien este hokrtfe.

—Donato, traga, y luego habla.

Cuando el duelo de a ver quien comía más rápido entre Donato y Constantius terminó, este empezó a hablar.

—Bueno, ¿habéis perdido toda pista verdad? Pues yo tengo una nueva.

Hay alguien en el que habéis confiado que no es tan sincero como os creéis.

—¿Quién?

—Una aclaración previa. Sólo quiero que sepáis, que esto lo hago por amor a la verdad, y no porque os quiera ayudar.

—¿Qué más da?

—Es necesario saberlo. Bueno, el que os ha engañado ha sido Borislav.

—¡Lo sabía! ¡Nunca hay que fiarse de un comunista!

—No, Donato, Borislav no es ningún comunista, simplemente se busca la vida como malamente puede.

—Pues eso, un vendeburras, un comunista, lo mismo da. De los que te dan gato por liebre.

—Bueno, pues tened cuidado con él, es peligroso.

—Gracias por la aclaración, casi se nos pasa por alto que un sicario puede ser peligroso.

—Nunca está de más una aclaración.

—Excepto cuando no aclara nada.

—Muy bien Doctor, otro mequetrefe más al que aniquilas con tu don para la palabra.

—Gracias Donato.

—Ahora sí, ya nos podemos ir, este hombre no nos aportará nada más.

Y una vez más, Donato nos hizo ver que el valor de las cosas depende más del observador que de lo observado. Porque la verdad es que Constantius sin duda alguna les aportaba puntos de vista interesantes, por muy heterogéneos que fueran, como aquella vez que trató de hacer ver a

Donato la locura del egoísmo generalizado en aquella época tan crítica:

“Vivimos en un barco a la deriva en los borrascosos mares del progreso humano.

La salvación de todo lo que amamos está en juego. Y la gente, egoístamente, se encarga de robar madera del gran barco en el que estamos todos, para hacerse sus propios botes salvavidas.

Sin darse cuenta de que de salvarnos, será a partir de darnos cuenta de que solo tenemos posibilidades si nos unimos y remamos todos en la misma dirección, en este gran barco llamado mundo”.

Donato y Freiton salieron del Bar Niz llenos de energía y convicción, probablemente porque los bocadillos de aceituna son muy nutritivos.

Se dirigieron sin ningún preámbulo a la guarida de Borislav y entraron como un elefante en una cacharrería. En ese momento, Borislav supo que Donato había llegado.

—Buenos días señores.

—¡Maldito traidor!, ¡yo no confiaba en tí!, ¡pero ahora menos!

—Relájate Donato, te comprendo.

—¿Y qué más da eso ahora? Cada día que pasa el jilguero corre más peligro, ¡y con ello nuestra recompensa!

—Siempre podéis comprar otro jilguero .

—¡No! Rochester-Sorensen hijo lo conoce a la perfección.

—Casi tan bien como su padre.

Freiton calmó a Donato, y le hizo callar. Ahora era su turno.

—¿Y qué importa su padre en todo esto?

—Nada. Simplemente me ordenó matar al jilguero. Nada más.

—¿Por qué?

—Freiton, sabes muy bien que me pagan por matar, no por preguntar. No me vengas ahora con estas formalidades.

—Pues parece ser que sí por lo visto.

—¿Y si hay algo más que un simple jilguero? —Donato se puso filosófico—.

—Sí claro, puede que se trate de una conspiración a nivel nacional. Es un maldito pájaro, le molestaría por las noches con su canto.

—No, las cosas no son lo que parecen. No todo lo que brilla es oro, y a enemigo que huye puente de plata.

—¿Qué quieres decir con eso Doctor?

—Que hay que encontrar al jilguero, por supuesto. Un hombre de su reputación nunca se la jugaría por un maldito pájaro.

—Podemos preguntar a la gente de la calle.

—¡No! No podemos permitir que Rochester-Sorensen padre sepa que andamos detrás del pájaro, sería muy peligroso. Ese hombre tiene muchos contactos. ¿No ves que es Conde?

—¿Entonces?, ¿compramos otro jilguero?

—No. Ya lo sé. Preguntaremos a las bases de Democracia Absolutista, que ahora nos pertenecen.

—Oh, es verdad. Lo había olvidado. Me he convertido en político, qué deshonra.

Donato se enfundó su chaleco y se dirigió hacia la sede central de su partido.

Sí, sin quererlo ni beberlo era el secretario general de un partido político.

Su madre estaría orgullosa de él. Su padre, no mucho. Sabría que solo le traería problemas.

Estaba lloviendo con la dureza del pan de hace dos meses, pero Donato adoraba el pan seco, por lo que no cogió el paraguas.

Siempre había despreciado ese invento. Le parecía otra muestra de debilidad. Él era de los que, si había que mojarse, se mojaba.

De hecho, siempre había pensado en el Doctor Freiton como el genio frágil del que él tenía que cuidar.

Mientras iba hacia el cuartel, pensaba en cómo y cuándo podría disolver el partido, ya que él nunca había creído en la democracia. No se podía pretender que todos los votos valieran lo mismo.

Como decía el mayor exponente de democracia de toda la historia, es decir, Winston Churchill, "el mejor argumento contra la democracia es una conversación de cinco minutos con el votante medio."

Bueno, puede que no fuese para tanto.

Gracias a dios, las democracias acababan en manos de poderes mayores. Este era el ciclo de la vida.

Al final, lo único que dejaban elegir era el color de las cadenas que tendrían que soportar los nuevos esclavos: la clase asalariada.

Cuando llegó a la puerta, el portero le sonrió con sinceridad.

—Buenos días Donato, te estábamos esperando.

—Muy bien, pues la espera ha terminado. Reúne a los caballeros.

—Hidalgos.

—Reúnelos.

El portero se dirigió hacia dentro. Era una de esas personas tan obedientes que hacen sospechar, pero lo suyo era verdaderamente auténtico.

Un rato más tarde un gran estruendo comenzó, y cuando llegó a la salida, Donato se dio cuenta de que era el secretario general de un partido mucho más grande de lo que creía.

—Bueno. Os he reunido aquí para deciros que voy a disolver el partido. Esta organización no es la solución a ningún problema, es el problema en sí.

El estruendo creció, hasta que alguien habló a Donato.

—Pero Donato, tenemos la fuerza, tenemos el poder. Podemos hacer algo grande.

—¿Te refieres a ganar las elecciones?

—Ahora tenemos un líder implacable en tí. ¡Podemos conseguir lo que nos

propongamos!

—Es decir, ¿lo que me proponga?

—Bueno, podría decirse que sí, ya que eres el secretario general del partido.

—Entonces, ¿todos los caballeros trabajarán para mí?

—Los hidalgos, pero sí. Estamos contigo para lo que sea.

Donato sonrió, y tuvo una gran idea. Esa gentuza estaba dispuesta a todo, y podían hacerle ganar dinero.

Podría recuperar a Akiliano, el jilguero de Rochester-Sorensen, ya que cuatro ojos ven más que dos. Y él ahora tenía ojos a granel.

Tenía tanta confianza en sí mismo, que decidió actuar por su propia cuenta, y dejar de lado a Freiton. Así, toda la recompensa sería para él.

Además, provocaría en Freiton hacia él, la más sutil forma de admiración posible: el odio.

Ahora, querido lector, te preguntarás: “¿pero cómo iba a convencer a la gente del partido para ir a por el jilguero?”, “¿por qué de pronto Donato siente ese odio hacia Freiton?”, “¿cuál es el significado de la vida?”

Pues bien, la segunda pregunta tiene una respuesta muy sencilla: Donato

odiaba a todo el mundo. Donato odiaba al odio mismo.

La última pregunta tiene una respuesta tan, pero que tan sencilla y contundente, que no hace falta que nadie la explique.

Y en cuanto a la primera pregunta, vamos allá.

Donato, con su habitual discreción, fue al grano como solo podía hacerlo él:

—Bueno, pues tenemos que encontrar a Akiliano.

—¿Quién es Akiliano?

—Bueno, ehmmm... es un jilguero.

—¿Y qué sentido tiene buscar un jilguero?

—He dicho encontrarlo, no buscarlo. Y además, te voy a decir una cosa, Mari Carmen, como empezamos ya con las disensiones internas, ivas a tener que irte a la puta calle! —Donato se sentía poderoso, sentimiento peligroso en un necio como él—.

Manrique decidió alzar la voz.

—¿Sabes, Donato? Solo los débiles temen a la oposición.

—Y solo los charlatanes resuelven los problemas hablando, así que te aconsejo que te calles y me hagas caso.

—No, Donato, no. Ya soportamos a Gerónimo, y fue suficiente, ahora

queremos un líder moderado, alguien como yo.

—El radicalismo es síntoma de convencimiento, la moderación, de duda.

—Pero la moderación en moderación es muy sana, y es precisamente lo que ostento yo.

—Yo ostento una escopeta de gatillo fácil.

—No temo tus amenazas, ya conozco a más chusma como tú, y se que nunca te atreverías a disp...

Ahí es donde se acabó la aportación de Manrique a esta historia.

Donato prosiguió con su mensaje

—Si alguien más tiene alguna objeción a la búsqueda del jilguero, que hable ahora y lo callaré para siempre.

—El rey tiene algo que decir.

Así es como los caminos de Donato y Freiton se distanciaron, ¿volverían a encontrarse? Descúbrelo, sigue leyendo, consume, vota a Vox. Es una orden.

Freiton llevaba dos semanas esperando noticias de Donato, pero nada. Era todo muy raro.

Siempre había sido Donato el que lo buscaba a él, pero por unos días los papeles habían cambiado.

No puede decirse que tal situación le hiciese sentirse bien. En realidad, Freiton se sentía ofendido.

Decidió investigar por su cuenta, pero tampoco sabía gran cosa. Habían quedado en que preguntarían en Democracia Absolutista, pero desde que se separaron, Donato no había vuelto a contactar con él. Cada vez que Freiton le llamaba sonaba su clásico "Donato al aparato, ahora mismo no estoy en mi guarida, si tienes algo que decir, hazlo raudo, y no me hagas perder el día".

Le había dejado un montón de mensajes, aproximadamente dos, pero ya era suficiente. Un gran tipo como Freiton no necesitaba a un peón como Donato. Era autosuficiente.

Tenía demasiada inseguridad en sí mismo como para aceptar que la tenía, y no podía aceptar que necesitaba ayuda.

Y es que los habitantes del primer mundo en cuanto a opresión provocada en países ajenos vivían en una dura época.

Los medios cometían asesinatos silenciosos día tras día. Tras su apariencia imparcial e inofensiva, incluso amigable, cometían crímenes terribles.

Por ejemplo, destruían autoestimas. Hacían sentirse insegura a la gente. Les hacían creer que no eran buenos, inteligentes ni guapos. Les hacían creer, en definitiva, que no eran suficiente.

Esto provocaba un sentimiento generalizado de inadecuación. Nadie creía estar a la altura.

En esta misma línea, además, fijaban una única vara de medir. El pensamiento único se convertía en ley. No presentaban alternativas. La forma de medir el éxito que imponían era cruel, tanto por perfil como por nivel.

Por perfil, porque imponían que el éxito se midiese en dinero, belleza, sexo, y posesiones materiales. Esto repercutía en una sociedad superficial.

Por nivel, porque cada día vendía ídolos que las masas acababan admirando. Ídolos prefabricados, extremadamente exagerados en sus niveles de éxito. Esto provocaba estrés y envidia. Estrés y envidia a los que malintencionadamente llamaban ambición.

Y el individuo sin ambición por alguna de las formas de medir éxito impuestas se convertía en un paria, o en fracasado.

Todo esto, claro, tenía un objetivo muy premeditado.

Mediante crear gente estresada, insegura y superficial, se conseguía aumentar la necesidad de consumo de la sociedad.

Estrategia fácilmente comprensible teniendo en cuenta que los medios de comunicación se financiaban mediante anuncios de empresas que ofrecían sus productos de consumo.

Era un robo perfecto para los de siempre, y una alegre donación para los de nunca. La historia se repetía una vez más. Por algo se decía que hay que comprender la historia para no volver a cometer los mismos errores del pasado.

Y es que cuando se consigue que el atracado dé su cartera gustosamente al atracador, no hay peligro de que se queje de estar siendo robado.

Volviendo a Freiton, ya que no tenía nada que hacer, decidió acudir a Rutherford, muy a su pesar.

La verdad, no tenía nada que perder, salvo la dignidad que le quedaba. Aún así, aquello lo parecía todo.

Cuando llegó a donde aquel hombre, se sentía como debía sentirse Donato a su lado, pero sin la parte de la admiración. Se sentía inferior al mostrarse tan vulnerable ante un hombre de su nivel. Porque sí, Freiton lo aceptaba, Rutherford tenía nivel, casi tanto como él.

—Buenos días Rutherford, aquí me tienes, desarmado ante tí. No tengo pistas, y necesito respuestas.

—¿Sabes, Freiton?, quitarse la armadura muchas veces es la mejor manera de afrontar una batalla.

—Pues entonces estoy de enhorabuena.

—Bueno, la verdad es que deberías estar de enhorabuena no por creer que has afrontado bien la batalla, si no porque eres consciente de que no hay ninguna batalla aquí.

—¿Y no es acaso todo en la vida batalla?

—No. Todo en la vida es guerra, no batalla. La batalla solo ocurre cuando han fallado otros métodos. Recuérdalo, todos los que participan en una batalla, la pierden.

—Te equivocas. ¿Qué me dices del gobernante que organiza la batalla y no se mancha las manos?

—Que no participa en ella.

—Bueno, da igual. A lo que he venido, necesito que me digas lo que sepas sobre Rochester-Sorensen padre y su relación con el jilguero.

—No se si sabes, pero Rochester-Sorensen es una de las personas más importantes de Calunia, de hecho es conde.

—¿Qué esconde?

—Sí, así es. Viene de una larga tradición de aquello a lo que llaman sangre azul.

—Yo también tengo parte de sangre azul. Nos llevaremos bien.

—¿Alguna vez has sangrado para comprobarlo?

—Claro que he sangrado alguna vez.

—Mira, y yo que creía que los nobles llevabais fuego en las venas en vez de sangre, como los dioses griegos...

—Patrañas del populacho, no somos tan diferentes. Simplemente nos hemos ganado nuestra posición con trabajo.

—¿Con el trabajo de quién?, ¿aquel de toda la gente a la que habéis explotado por el camino a la supuesta cumbre?

—Con nuestro sudor.

—¿Ah, sí? ¿Y vuestro sudor, huele a rosas o algo por el estilo?

—Es igual que el de todos.

—¿Entonces solo os diferenciáis en el color de vuestra sangre?

—Y por nuestra ética de trabajo.

—Lo comprendo. Por vuestra carencia de ética de trabajo. Mientras los pobres dicen “la tierra, para quien la trabaja” vosotros pretendéis decir “los frutos del trabajo de los demás, para quien posee la tierra”. Y luego habláis de ética de trabajo.

—Bueno, ya me estás calentando, ¿me vas a decir algo de lo que te he preguntado?

—Vas a tener que sudar por primera vez para conseguirlo, a ver si así esto empieza a oler a rosas.

—Ay... —Freiton suspiró. No podía con aquel hombre—.

Si Donato estuviera allí habría sacado el arma hacía tiempo. Pero no habría servido para nada. Rutherford no temía a la muerte.

De hecho, y como se ha comentado anteriormente en el libro, algunos decían que Rutherford, como los dioses, había nacido con la edad que tenía. Más te vale recordarlo porque será crucial en el devenir de esta historia.

No había evidencia científica de su edad perenne, pero nadie le recordaba diferente a como era actualmente.

—Mira, la relación entre el Conde Rochester-Sorensen y el jilguero, es como la que hay entre una pera y un mango.

—Ah, bien, me lo pones tan fácil como siempre.

—No te vayas a cansar de tanto trabajar. Si quieres alguna pista más, ya sabes, cuando quieras, te vas a la biblioteca que te va a venir bien.

—Ya sabes que no me permiten entrar ahí desde que fui con Donato.

—Entonces ahora estás en la situación habitual de ese populacho del que con tanto desprecio hablas. Necesitas una llave para abrir la caja en la que se encuentra dicha llave.

Freiton no sabía qué hacer. Hacía semanas que no sabía nada de Donato, y desde que se conocieron eso solo ocurrió aquella época en la que Donato se hizo amigo de Blobby el Plúmbeo. Había encontrado alguien que le hacía sentirse mejor, y se había olvidado de su amistad.

Puede que Constantius tuviera razón. Ya no existía la hermandad entre humanos. Freiton nunca había creído en ella, pero es cierto que siempre le había quedado un pequeño atisbo de esperanza. Una esperanza que esperaba algún día le ofreciera alguna ventaja. Ya que otros sí creían en la hermandad, podría aprovecharse de ella.

Pero Donato era un gran ejemplo de egoísmo. Durante años pareció su mejor amigo, hasta que un día encontró una amistad que le reportase mayor beneficio. ¿Cómo llamar "amistad" a tal relación?

Puestos a ser sinceros, ¿acaso era la gente diferente? Todos buscaban su beneficio. Todas las decisiones tomadas iban en esa misma dirección. La verdad, esta era una de las causas de la eterna tranquilidad de Constantius.

Incluso María Teresa, aquel hombre tan políticamente correcto, tan generoso y humilde. Aquel hombre simplemente poseía todas esas características como sistema de supervivencia. Se había autoengañado para creerse que su generosidad era auténtica, pero esta surgía de su necesidad de caer bien. Si no necesitase a tanta gente para ser feliz, ni se habría planteado ser generoso.

La verdad, es que todas estas divagaciones atormentaban a Constantius.

Pero también le creaban pasión por la vida.

Esto demuestra la falacia de la realidad única. Recurriendo a la antigua y sobreexplotada metáfora del vaso lleno a medias.

Podría escribirse un libro más largo que este que lees sobre los distintos enfoques respecto a un vaso con agua, así que imagínate sobre la vida. Aún así, siempre habrá gente que intente sentar cátedra, cuando en realidad sobre lo único que pueden sentar cátedra es sobre su experiencia personal del vaso con agua.

Hay incluso gente, que niega las diferentes perspectivas sobre una realidad. Afirman que solo existe una realidad, y por lo tanto solo una perspectiva correcta. Si eres uno de ellos, abstente de leer este libro, puede que te haga sentirte mareado. O no, quien sabe.

Rutherford amaba toda esta dialéctica. Él consideraba que hay tantas realidades como enfoques, y esto hacía que la vida que él percibía fuese absolutamente emocionante. Cada vez que miraba a algún lado, surgía algo nuevo. Descubrió así el secreto de la felicidad del ignorante: todo es único e innovador, y por lo tanto apasionante.

La diferencia es que, en base a este planteamiento, era absolutamente estéril huir de la etiqueta de ignorante.

Si cada segundo, cada soplo de aire, cada estrella, cada gota de lluvia y cada sonrisa era única, es decir, si todo era único, era imposible no ser un ignorante.

Y así, aceptó su ignorancia con la tranquilidad con la que el sol se baña en el horizonte.

Cuando hubo aceptado su ignorancia, la gente empezó a considerarlo un sabio.

Todo esto nos hace volver a Freiton, el hombre que, precisamente, negando su ignorancia se autoproclamaba sabio.

Ahora solo necesitaba descubrir cómo relacionar lo que le había dicho Rutherford con el caso que intentaban resolver:

“la relación entre el Conde Rochester-Sorensen y el jilguero, es como la que hay entre una pera y un mango”

¿Dónde podría buscar la relación entre ambos conceptos? Evidentemente, en un frutería.

Estaba de enhorabuena porque era día de mercado, así que se dirigió hacia allí, donde era conocido porque cada semana compraba una nueva corbata.

Cuando llegó, se dirigió al puesto de frutas y verduras, y se dispuso a otear el horizonte en busca de alguien que comprase peras y mangos. Hasta que Jesús empezó a hablarle, como siempre, por desgracia.

Jesús era una de esas personas que siempre están dando la vara. Pero es que además, era un queda-bien. Y Freiton odiaba a los queda-bienes. Eran su enemigo natural. Como bien es sabido, cada persona tiene un enemigo natural, como por ejemplo los gilís.

—¡Buenos días bienaventurado!

—Hola Jesús, ¿qué quieres ahora?

—Solamente congratularme de tu presencia.

—Entonces me marcho ya.

Pero entonces, Freiton se dio cuenta de algo realmente interesante. Jesús estaba comprando peras y mangos.

—Una cosa, Jesús. ¿Eso son peras y mangos?

—Y plátanos, y piñas, y mandarinas, y de todo un poco... voy a hacer una cena con mi cuadrilla.

—Bien, pero peras y mangos también.

—Sí. Hace falta mucha fruta para alimentar a estos chicos. Y no veas cómo le pegan al vino...

—Sí, sí. Entonces tengo una pregunta para tí. ¿En qué se diferencian la pera y el mango?

—Todas las frutas son iguales. Todas son creaciones de mi padre.

—¿Estás desvariando?

—No, por dios. Mi padre es frutero.

—Yo creía que era carpintero.

—Sabe hacer de todo, pero más bien es frutero. Suele hacer manzanas deliciosas, irresistibles.

—Entonces él puede saber la diferencia entre un mango y una pera.

—Él lo sabe todo.

—Muy bien, iré a donde él.

Freiton se marchó. Tenía un pequeña pista. Se la sacó del ojo, y se dirigió a donde el padre de Jesús.

—Hola, soy el Doctor Freiton.

—Hola, mi hijo me ha hablado muy bien de tí.

—Claro, somos grandes amigos, como el agua y el aceite.

—Creo que te equivocas de metáfora, el agua y el aceite se mantienen alejados.

—Por eso son grandes amigos.

Ahora he de ponerme serio, pues he venido a hacerte una pregunta. ¿En qué se diferencian la pera y el mango?

—Hombre, pues la pera es una fruta que se vende bien. A todo el mundo le gusta. Pocos se enamoran de ella, pero gusta a todo el mundo. Es decir, nunca marcará tendencia, pero nunca caerá en el ostracismo absoluto. Digamos que es fácil.

En cambio, el mango cuesta venderlo. No está muy aceptado. Tiene un sabor curioso que solo ciertos paladares aprecian, pero los que saben hacerlo, se enamoran de él.

—Oh, muy bien. Has dicho en voz alta lo que ya sospechaba. Vale. Adiós.

Y se marchó. Y voló, y voló, y siguió dando vueltas, hasta que llegó al centro de la espiral. El punto en el que lo lejano y lo cercano se unen, y el tiempo se detiene. El punto en el que se encuentran el santo grial, el gato

de Schrödinger, el carro de Manolo Escobar y la dignidad de los que alguna vez hayan bailado "Dale a tu cuerpo alegría Macarena".

Freiton se alejó de la ciudad. Necesitaba pensar, y todo aquel bullicio no le ayudaba.

En realidad, todo aquel bullicio no ayudaba a nada ni a nadie.

Este era un poco el resumen de aquella época. Se buscaba el mal llamado progreso a toda costa. Pero nadie se preguntaba el por qué de tal búsqueda.

Se trabajaban horas y horas, y se reducían salarios a la clase baja; además, para que esta no se diera cuenta, se le hizo creer que era clase media. Nadie ansiaba trabajar ocho horas al día, cinco días a la semana. Pero era necesario para sobrevivir. Y todos hablaban de las virtudes del trabajo remunerado; cómo aportaba estabilidad, ayudaba a madurar, hacía que uno se convirtiese en miembro útil de aquella sociedad...

Incluso había mucha gente que odiaba aquella sociedad pero se sentía orgullosa de perpetuarla gracias a sus impuestos.

La verdad es que se trataba de una sociedad insociable. Nadie veía a los demás como iguales, nadie apreciaba a las personas por lo que realmente eran, si no por lo que les podían aportar como meros instrumentos.

Grandes filósofos arguían que esa era la esencia del ser humano, que no había esperanzas de cambiar la sociedad para cambiar al ser humano. Que mediante trabajos que permitiesen desarrollar al ser humano, este sería más justo.

Se extendió aquel escepticismo generalizado, que realmente no contaba con ningún hecho que lo confirmase más allá de su propia existencia. Pero, ¿qué vino antes, la gallina o el huevo?

Freiton nos contestaría que el huevo, porque los dinosaurios ya ponían huevos cuando no existían gallinas.

Pero al margen de la adulterada respuesta de Freiton, lo cierto es que aquel estilo de vida tenía pinta de perpetuarse hasta su autodestrucción.

Había ciertos sectores que se resistían, generalmente asociados a la izquierda política, pero eran vistos como ilusos por la opinión pública.

Realmente, tanto unos como otros eran igual de ilusos, ya que ninguno contaba con más hechos que su propia experiencia. Y desde luego, toda conclusión sacada respecto a una creencia personal resulta altamente volátil, ya que todas las creencias buscan su supervivencia a toda costa.

Freiton, por ejemplo, se sentía superior a los demás. Se sentía más inteligente y valioso, y durante su vida había rechazado toda vivencia que negase esta creencia.

Ahora estaba solo, sobre todo físicamente. Y decidió darle un par de vueltas a lo que le había dicho el padre de Jesús.

Si la pera gustaba a todo el mundo pero no enamoraba a nadie, y el mango gustaba a pocos, pero enamoraba a todos esos pocos, ¿sería aquel simplemente un símil respecto al jilguero y Rochester-Sorensen padre?

Demasiado sencillo para un acertijo de Rutherford.

Intentó utilizar su maquinaria cerebral, pero esta estaba a otras cosas. Se sentía insultado por Donato. ¿Quién se creía aquel hombre tan vulgar?,

¿acaso se sentía superior a él, el gran Doctor Freiton?

No podía ser. Era bajo, gordo, estúpido, bobo, sucio y estúpido de nuevo.

Él, en cambio era alto, delgado, sabio, inteligente, limpio y guapo. Sobre todo inteligente y limpio. Desde que conoció a Donato, desarrolló su propia obsesión por las colonias. Era su mayor capricho. Eso y las corbatas. Tenía miles de ellas.

Lo único en lo que podía superarle era en fuerza bruta, pero ese era ya un atributo pasado de moda. Ahora que lo pensaba, y conociendo al traidor de Donato, decidió que a partir de entonces saldría armado a la calle. Se acabó. Ya no lo necesitaría ni como perro de presa. Ahora era ya autosuficiente.

Por fin era fuerte.

Por desgracia, Freiton ignoraba que no es más fuerte el que más armadura tiene, si no quien menos la necesita. Quien más capacidad tiene para quitársela.

Ahora ya no lo necesitaría. Nunca más. Aunque le viniese arrastrándose, no se lo perdonaría. Y conociendo a ese reptil con cerebro de mosquito, no tardaría mucho en que eso ocurriese.

Para cuando se dio cuenta y volvió a la vida real, se estaba haciendo de noche. Se había pasado cuatro horas pensando en los motivos de su superioridad sobre Donato, y ahora se había dado cuenta de su mayor desventaja: Donato no perdería tiempo pensando.

Como se había puesto esta noche de plazo para sacar conclusiones sobre la relación jilguero-Conde, decidió que se trataría entonces de su facilidad para ser amados, como había descartado aquel mismo día. Ya no había tiempo que perder, ahora tocaba actuar.

Donato estaba frente a sus hidalgos, en el cuartel de Democracia Absolutista.

Era realmente una situación esperpéntica, pues estaban planeando la búsqueda de Akiliano, el jilguero de Rochester-Sorensen. Aún así, aquellos hidalgos estaban acostumbrados a cosas realmente extrañas, puesto que Gerónimo el Carnicero tampoco había sido un líder realmente ortodoxo.

Corrían rumores por la calle, de que los que se apuntaban a aquel partido lo hacían únicamente por el morbo y las aventuras que surgían de sus entrañas. Puede que Manrique hubiese sido su última posibilidad de encontrar un líder normal, pero esa posibilidad desapareció como lágrimas en la lluvia. Probablemente porque era demasiado normal.

Ahora Mari Carmen decidió cuestionar las ideas de Donato. Era una de las pocas que se atrevía. Pero es que era una de esas personas que necesitan cuestionárselo todo.

—¿Y por qué debemos seguir tu plan, Donato?

—Porque soy el que más poder tiene de nosotros. Es en lo que se basa una democracia.

—Entonces explícanos en qué consiste.

—Es lo que estaba haciendo hasta que has decidido hablar.

Bueno, mi plan consiste en buscar en qué casas puede haber un jilguero, descartar en las que no puede haberlo e ir armados, y secuestrar todos los jilgueros, de uno en uno.

—Eso es muy ineficiente. Normal, tratándose de un hombre. Solo sabéis hacer las cosas de uno en uno.

—Mari Carmen, ¡al grano!

—¿Y si nos disfrazamos de vendedores de jaulas para jilgueros, y vamos cada uno de casa en casa? Es más sutil.

—Pero ¿y si alguien tiene un jilguero que no se trate de Akiliano?

—Tranquilo hijastro. En ese caso será un daño colateral. Secuestraremos a todos los jilgueros y luego se los entregamos a Rochester-Sorensen hijo y que él elija. Es perfecto.

—No, Donato. No me refería a eso. Una vez tengamos una lista de las casas que tienen jilgueros, podemos ir cerrando el cerco —Mari Carmen trataba de evitar un jilguericidio—.

—Bueno, eso también está bien.

—Gracias.

—Tampoco te crezcas.

Bueno, pues id preparando los disfraces de vendedores de jaulas de jilgueros y nos vemos aquí... dentro de una semana. Y una última cosa, por supuesto. Si a alguien se le ocurre otro plan, que no lo comente. Ya hemos decidido. Ahora id con dios.

Un claro ejemplo de que un río sin oposición fluye más rápido, sin duda. Pero ¿en qué dirección?

Freiton caminaba hacia Richton Road, la parte adinerada de la ciudad. Allí vivía toda la gentuza de Calunia.

Existía en aquella sociedad el sentimiento de agradecimiento respecto al que ofrecía trabajo, sin darse cuenta que el agradecimiento debía ser en dirección contraria, ya que el que se enriquecía era el que ofrecía el trabajo y no el que lo aceptaba.

Es por esto que recibían pocas cargas fiscales, "si no se irán a otro país" decían. Visto desde fuera era una verdadera bajada de pantalones, pero lo llamaban "pragmatismo financiero".

Esta era la causa por la que el verdadero partido socialista recibía solo cuatro votos. En aquella sociedad el socialismo se comparaba con el experimento fallido de la URSS, y por lo tanto los gulags se tomaban como consecuencia obligatoria. Es evidente que esto era tan absurdo como comparar al capitalismo con la Rusia post-URSS, en la que contados ex-funcionarios manejaban todo el capital liberalizado en su desintegración.

Ni los medios de producción eran de los trabajadores en el primer caso, ni existían las condiciones para el capitalismo en el segundo.

Siempre se criticó al socialismo cosas como que nunca se consiguió establecer, y que siempre derivó en explotación y brutalidad; se pasaba por alto que era exactamente lo mismo de lo que se podía acusar al capitalismo. Y causalmente, o según algunos casualmente, era lo mismo de lo que se podía acusar al ser humano.

Pero Freiton, que estaba totalmente inmerso en la moral de ese sistema, creía que él no podía haber sido condicionado. Aún así envidiaba a los ricos. Quería ser uno de ellos. Y hoy iba a codearse con esa gente.

Tenía una oportunidad, ya que el Conde Rochester-Sorensen tenía muchos enemigos. En realidad, todo el que tuviese dinero los tenía, porque la

única diferencia entre un enemigo y un adulator es la percepción que tienen de su propia fuerza para arrebatarte lo que desean.

Freiton se dirigió a una de las casas más grandes tras la del Conde Rochester-Sorensen.

La verdad es que la casa del Conde era tan grande que hacía empequeñecer a las demás. Era una de esas casas antiguas que no solo mantienen el esplendor original, sino que van adquiriendo un toque perenne que les confiere el aroma de la inmortalidad.

Sus paredes grises y tejados azules imponían, y el floreciente jardín que tenía en frente empobrecía a las cuatro estaciones de Vivaldi. Hacía que sonase a Milindi.

Freiton, al ver tal monumento tragó saliva, y le supo a absenta. Si el hombre que vivía allí dentro poseía una tercera parte de la grandeza que transmitía esa casa, realmente estaba en problemas.

Decidió alejarse de allí y se dirigió a una casa más pequeña para investigar sobre el Conde Rochester-Sorensen.

Tras tocar el timbre, tuvo que esperar aproximadamente un lustro hasta que un hombre eufemísticamente corpulento abrió la puerta.

—¿Qué quieres? Me has despertado de la siesta.

—Buenos días, vengo a hacerte unas preguntas.

—¡Ya os he dicho que no quiero convertirme al Judaísmo!

—No, buen hombre, no. Se trata de preguntas sobre vuestro vecino el Conde.

—Oh, eso no me lo esperaba. Pasa, pasa. Sacaré algo para comer.

—No hace falta, ya he desayunado.

—Pues sigues estando en los huesos. Venga, ¿no rechazarás comida de tu anfitrión verdad?

—Es que no tengo hambre.

—El hambre se hace comiendo. Es como los músculos.

—Lo dudo mucho.

—En serio, te lo aseguro, lo sé de buena mano.

—Ya veo, ya.

—¿Qué insinúas?

—Que se te ve fuerte.

—¿Fuerte?

—Sí, como un luchador de Sumo.

—¿No me estarás llamando gordo verdad?

—No, hombre, no. Nunca llamaría gordo a alguien tan grande como tú.

—La grandeza no se mide en kilogramos, ¿verdad?

—No, no. Se mide en toneladas.

—¿Qué?

—Nada, que sería buena idea que fuésemos entrando.

—Ah, sí, tú lo has dicho, sí.

Entraron a su casa. A Freiton aquel hombre le parecía demasiado inocente como para tener algo contra el Conde Rochester-Sorensen.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué me quieres preguntar sobre el Conde Rochester-Sorensen?

—¿Qué tal te cae?

—Ay... se ve que eres pobre. A nosotros, los ricos, no nos importa si alguien nos cae bien o mal, lo interesante es si nos favorece o no.

—Y entonces, ¿qué me dices de él?

—Nunca me ha favorecido, y muchas veces me ha perjudicado.

—¿Y por qué?

—¿Qué voy a ganar yo a cambio de contestarte?

—Estoy en una misión contra él.

—Y dime, ¿realmente tienes agallas?

—Sí, tantas como un Megalodón. Estoy buscando al jilguero de su hijo...

—Uff. En ese caso debe ser cierto. ¿Qué quieres saber? —Freiton se quedó aturullado al ver su cambio de predisposición—.

—Bueno, pues... emmm... ¿sabes donde está el jilguero?

—Pero si eso es de lo que te estás encargando tú.

—Bueno, sí. Estoy cerrando el cerco. ¿Qué me dices de los mangos?

—Pues mira, siempre se bromea con que el Conde tiene un negocio de mangos en Little Forker Stone, no sé muy bien a qué se refieren los que lo dicen, pero puede ser lo que buscamos.

—Oh, entonces ya sé como resolver el caso.

—Te lo recompensaré si es cierto.

—Tendrás noticias de mí muy pronto.

Se despidieron con una sonrisa.

Freiton estaba más cerca de resolver el caso, ganarse el favor de un rico, cobrar la recompensa de Rochester-Sorensen hijo, y sobre todo, de humillar a Donato.

En cambio, el hombre que le acababa de ayudar iba a derrotar al Conde, y además, había abierto una caja de pastas que ahora tendría que comerse él solo.

Había pasado una semana desde la última vez, y volvían a estar en el cuartel general de Democracia Absolutista.

Era un verdadero espectáculo.

Nadie sabía como vestía un vendedor de jaulas de jilgueros, por lo que todos habían improvisado.

Realmente lamentable. Parecía una reunión de Gaypermans.

Incluso Donato, el hombre que solo sentía desprecio, odio y envidia, sintió algo cercano a la vergüenza ajena.

—Muy bien mercenarios, os habéis esforzado de verdad, pero no habéis dado la talla, así que quedáos aquí. Iremos Mari Carmen y yo, ya que

tanto le gusta hablar.

—Es un auténtico honor, Donato.

—Pues venga, iarreando que es tarde!

Eran una pareja realmente enternecedora, hacían llorar a la gente que les veía, pero más como lo hace la cebolla que como lo hace una historia emocionante.

Claro, como vendedores de jaulas de jilguero daban el pego.

Es decir, realmente eran tan poco creíbles como la profesión que se habían inventado.

—Bueno, Donato, ¿y qué recorrido tienes pensado peinar?

—Toda la ciudad.

—¿Cómo que toda la ciudad?!

—Si pretendemos encontrar al jilguero no hay otra. No tenemos tiempo que perder. El reloj de arena ha sido volteado.

—¿Insinúas que debemos ir a todas las casas de la ciudad de una en una preguntando por si tienen un jilguero?!

—Efectivamente. Veo que lo has pillado.

—¿Y si...?

—Y si, y si... siempre igual. ¿No te enseñaron que no hay que cuestionarse lo que digan los líderes?

—No del todo. Lo que te iba a proponer nos ahorraría tiempo.

—Bueno, tampoco estamos tan justos, así que obedece.

—Y también dinero.

—Hmm... cuéntame más —Donato se detuvo, ansioso—.

—¿Y si en vez de usar una técnica tan vulgar como esa, vamos preguntando a la gente si han oído el canto de algún jilguero últimamente?

—Ya utilicé esa técnica una vez, y tuvo resultados fatales.

Me trajo hasta aquí.

—¿Y no estás a gusto conmigo o qué?

—Tan agusto como el arbusto de Augusto, el famoso leñador de Falkirk.

—O sea, ¿que no lo estás?

—El que a mal arbusto se asoma, mala sombra le cobija.

—Pues si quieres ahorrar dinero me vas a tener que aguantar. El que algo quiere, algo le cuesta.

—Por el interés te quiero, Andrés.

—Tienes suerte de haber dado con alguien tan generosa como yo. El que hace bien, no mira a quien.

—Pues el que se fue a Sevilla, perdió su silla.

—Hmm... de acuerdo, tú ganas. Ahora bien, ¿y si primero preguntamos dónde ha sido visto el Conde Rochester-Sorensen últimamente?

—Sí, sí. ¡Pero deja de hacer preguntas ya, pene!

—¡Bien!

Donato y Mari Carmen caminaron durante una hora para llegar al centro de Calunia. Seguro que el Conde Rochester-Sorensen acostumbraba a andar por allí. La gente rica tenía un desprecio natural hacia los pobres, y viceversa. No era muy diferente al respeto que siente la gacela por el león, pero aderezado con los sentimientos humanos creaba un cóctel

peligroso y rancio.

Cuando vieron toda la gente que había allí, se sintieron abrumados, pero felices. Tenían muchas respuestas posibles. Así que Mari Carmen, cansada de la no-conversación que le ofrecía Donato, empezó a preguntar a la gente.

—Buenas, señorita. Quisiera hacerte unas preguntas.

—Buenos días. Adelante.

—¿Sabes dónde anda el Conde Rochester-Sorensen últimamente?

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Y por qué me cuestionas mi pregunta?

—¿Acaso no debería hacerlo?

—Sí, todo ha de ser cuestionado... así que supongo que no tendrías ningún problema en decirme donde ha andado el Conde últimamente, ¿verdad?

—¿Respondería Little Forker Stone a tu pregunta?

—Solo si es tu respuesta, ¿verdad?

—¿Quién sabe?

—Muchas gracias por todo.

—De nada.

Ya tenían algo. Pero Donato desconfiaba. No se había fiado de esa persona. Donato decidía en segundos si una persona era de fiar o no, y a partir de entonces daba igual lo que demostrase. Así que decidió ir él a preguntar. Si se lo confirmaban, se lo creería.

—Hola. Soy Donato.

—Ehm... hola, yo Luis.

—Muy bien.

—Sí.

—Pues eso, que venía a hacerte unas preguntas.

—¿Eres policía?

—¿Cómo te atreves a llamarme eso?!, ¿acaso te he insultado yo?

—No, no. Perdón. ¿Qué quieres saber?

—Muy bien, ya nos vamos entendiendo.

—Sí, claro.

—¿Ironía?

—No, no.

—Más te vale, porque si fuera así tu vida correría peligro.

—¿Me estás amenazando?

—Es evidente.

—Ah, vale, me había surgido la duda y...

—Muy bien. A ver, ¿sabes donde ha andado últimamente el Conde Rochester-Sorensen?

—Pues algo he oído, pero más en tono de broma que nada.

—¿A qué te refieres?

—Dicen que se le ve demasiado por zonas por las que nunca ha andado. Mira, espera un segundo. ¡Zacarías, caradura!, ¡ven aquí, hombre!

—¿Qué quieres?

—Este hombre, quiere saber el chiste del Conde Rochester-Sorensen.

—¡No! —el tono cómico que parecía empezaba a tomar este capítulo desapareció por completo. Aún así, no se admiten devoluciones—.

—¿Entonces?

—¡Lo único que quiero saber es por dónde se le ha visto últimamente!, ¡alguna zona diferente por la que se haya asomado estos días o meses!

—¡Ah!, ¡haber preguntado por eso entonces, hombre!, ¡claro que lo sé!

—¿Y bien?

—Pues mira, te lo diré porque me has caído mal y quiero que te marches cuanto antes.

—Venga, al grano, no me vengas ahora con sentimentalismos.

—Suele ir de vez en cuando a la zona de la periferia, ¿cómo es...?

—¿Little Forker Stone?

—¡Eso!, ¡eso!, ¡efectivamente!

—Muy bien. Toma un caramelo como agradecimiento.

—Oh... ¡Pero si esto está caducado!

—No te mereces más, Barrabás.

—¡Zacarías!, ¡vaya gente que nos encontramos!, ¿eh?

—Oye, mira... yo no soy Zacarías, creo que te has equivocado de persona...

Mientras Luis intentaba convencer a ese hombre de que sí que era Zacarías, Donato caminó victoriosamente a donde Mari Carmen.

—¿Qué?, ¿te lo ha confirmado?

—Claro, ya te lo había dicho. Así que volvamos al cuartel general. Prepararemos el asalto.

Ahí quedó el pobre no-Zacarías, intentando convencer a Luis de que se había equivocado.

—¿Pero qué dices mamón?, ¡claro que eres Zacarías!

—Oye, en serio, que te has equivocado...

—Venga Zacarías, déjate de tus bromas, y no seas caradura...

—¡Que no soy Zacarías!

—A mí me vas a decir quien eres tú... con lo que te conozco yo... que no cuela, hombre, no cuela...

—Vale, soy Zacarías, pero tengo prisa.

—Entonces me debes cincuenta y cinco euros rápidamente. Que desde que hicimos la apuesta te llevo buscando.

—No hicimos ninguna apuesta, farsante —el pobre no-Zacarías intentaba marcarse un órdago para no perder el dinero—.

—Pero venga hombre, no me tomes el pelo...

—No, no. No hubo apuesta.

—Venga Zacarías, que no quiero tener que partirme la cara...

Capítulo VII

Llegó el día de planificar la táctica del cerco al jilguero, Akiliano. Donato había convocado una reunión en el cuartel de Democracia Absolutista, pero antes tenía que atar unos últimos cabos. Detalles sin importancia.

Primero, acudió al Bar Niz. Allí estaba Aniceto, que lo miró sorprendido, ya que hacía mucho tiempo que no tenía noticias de él.

—¡Hombre, Donato! ¡Me alegro de volver a verte!

—Hola, Aniceto. ¿Sabes algo del Doctor Freiton?

—Pues mira, eso mismo te tenía que preguntar. ¿No has quedado con él?

—No, ya no lo necesito. Ahora ya tengo un grupo de fieles seguidores que me obedecen con disciplina.

—¿Ah, sí?, ¿como el león que domina a su manada?

—Me gusta más la comparación con Hitler.

—Bueno, Donato. Intenta no decir eso muy alto en mi bar, por favor.

—No era tan malo como lo pintan.

—Hombre, algunos dicen con toda la razón que no lo era, pero porque él mismo mató a Hitler.

—Cómo te gusta el humor negro. Qué mal gusto.

—Bueno, pero yo se lo rebato diciendo que también mató al que mató a

Hitler.

—Bueno, no te pases eh, un poco de respeto a una de las personas que cambió el rumbo de la historia. Además, si fuera tan cruel no sería vegetariano.

—Puede que apreciase más a los animales que a los humanos.

—No me extrañaría, lo haría con toda la razón del mundo.

—Si me permitís —Constantius entró en escena— los humanos también somos animales. Nunca lo olvidéis.

—¿Me estás diciendo que crees en la teoría que dice que somos hijos de monos?

—Sí, por supuesto.

—¡Pues que sepas que yo no provengo de ningún mono!, ¡yo soy un hijo de dios!

—¿Y entonces los monos qué son?

—Criaturas creadas por dios.

—¿No es tan parecido a 'hijos de dios' que viene a ser lo mismo?, ¿o en qué se diferencia?, ¿en que los humanos provenimos de sus genitales?

—No, pero nosotros estamos hechos a su imagen y semejanza.

—¿Entonces dios es también envidioso, egoísta y soberbio?

—¡No! ¡Es bueno y justo!

—No comprendo como podemos estar hechos a su imagen y semejanza entonces.

—Porque nos desviamos del camino que nos trazó, y ahí entra la iglesia,

para reconducir al rebaño.

—¿Y cómo es que ese dios tan bueno, justo, omnipotente y omnipresente permite que haya curas que, por decirlo suavemente, abusan de su autoridad?

—¡No me cambies de tema! Aniceto, ¿el bocadillo está listo ya o no?

—Sí, aquí tienes.

—Muy bien. Una última cosa antes de marcharme, si ves al Doctor Freiton por aquí, dile que “más vale jilguero en mano, que cientos volando”.

Donato se marchó de allí, ahora tenía que hablar con Mari Carmen. No se podía permitir que nadie le cuestionase en este momento tan crítico de su mandato, y ya sabía que ella era la única que se atrevería.

Nunca en su vida se había sentido tan centrado, y ahora sabía que tenía la oportunidad de empezar una vida mejor. Una vida en la que nadie cuestionase lo que decía. En la que la gente le obedeciese, y en la que nunca más tuviera que preocuparse por el dinero.

Mientras pensaba en lo fácil que sería la vida, se topó con el primer obstáculo con el que tendría que lidiar. Allí estaba Mari Carmen, mirándole desafiante. Mala suerte para ella, porque la inspiración refranera de Donato seguía en pie.

—¿De dónde vienes, Donato?

—¿De dónde vienes? Manzanas traigo

—¿Pero qué dices?

—Que cada vez que hablas, sube el pan.

—¿Y qué problema hay con eso?

—Ya sabes, vísteme despacio que tengo prisa.

—Me he perdido.

—Pues que he venido a decirte, que hoy no pongas ningún “pero” a mi plan.

—Si no tiene ningún “pero” no se lo pondré.

—Lo sabía. A la corta o a la larga el burro cae con la carga.

—Sí, tengo que ponerte trabas por tu bien; a calamar que se duerme, la corriente le lleva.

—Pues cuidado no me vaya a enfadar y te lleves un susto, porque a más años, más desengaños.

—Sabré afrontar lo que toque. A lo hecho, pecho.

—Yo que tú sería más cuidadosa, ya que el pez grande se come al chico.

—Je, el que a hierro mata a hierro muere.

—Está todo dicho, el que avisa no es traidor.

—Perro ladrador, poco mordedor. No te atrevas a hacerme nada o lo pagarás caro —Mari Carmen provocó el punto de inflexión—.

—Ya me lo imaginaba. Ahora adulador, mañana traidor.

—A palabras necias, oídos sordos.

—A oídos necios, palabras sordas. Adiós, me marchó. Espero no volver a verte, Mari Carmen.

—Al enemigo que huye, puente de plata.

Ambos marcharon, y Donato se dirigió hacia el cuartel. Ahora el camino estaba despejado. Ahora, Donato se haría con el pájaro, y por lo tanto con la recompensa.

Cuando llegó al cuartel, toda su gente le sonreía expresivamente. Llevaban mucho tiempo esperando este día. Por fin iban a tener acción. Y además, iban a actuar contra los intereses de el Conde Rochester-Sorensen, el tirano que explotaba a toda la región.

—¡Bienvenido, Donato!

—Bien, soldado.

—Hidalgo.

—Sí, bueno. No hemos venido a hablar de eso —todos los hidalgos se callaron, creando un silencio sobrecogedor— hemos venido a hablar del asalto. Hoy daremos un buen golpe contra los que nos gobiernan. ¡Mañana seremos portada en los periódicos!

—¡Larga vida a Donato!

—Está bien, ¿pero un poco típico verdad? —Los hidalgos empezaron a hacer una competición improvisada de eslóganes—.

—¿Viva Donato?

—Por favor, echad a ese mequetrefe de aquí.

—¿Donato rey?

—Demasiado carcamal incluso para nosotros.

—¿Donato, yo por tí mato?

—Estás cerca.

—¿Donato, de entrada no?

—Tú vete a por rosas o tarjetas negras.

—¿Donato forever?

—¡¿No os había dicho que echarais al mequetrefe este?!

—¿Donato Corporation?

—Quiero un grito de guerra, no un nombre mercantil.

—¿Al sistema desacato, vota a Donato?

—Estaría bien si quisiésemos ganar unas elecciones, pero no es el objetivo.

—¿Donato, nuestro jabato?

—Menos guasa.

—¿Para acabar con los pazguatos, lucha por Donato?

—Demasiado largo.

Necesitamos algo más corto, con más gancho.

—¿Muerte al sindicato, viva Donato?

—Estás cerca, estás cerca. Inténtalo de nuevo.

—¿Donato para el Califato?

—iiiSí señor!!!, ¡ahora sí! ¡Acabaremos con todos ellos!

—¡Sí!

—¡Aunque hoy no acabaremos con nadie!

—¡No!

Donato se alegró. Eran mucho más estúpidos de lo que pensaba. Esto le facilitaría mucho las cosas en el futuro.

—Bien, señoras y señores, hoy hundiremos al Conde Rochester-Sorensen.

—¡Acabemos con él!

—Relájate, Domínica. Paso a explicaros mi plan.

Hay dos fases: Primero, tenemos que llegar a Little Forker Stone, y una vez allí, afinar los oídos para escuchar el canto del jilguero. Una vez hayamos encontrado dónde está el jilguero, pasamos a la segunda fase.

Cargaremos nuestras armas, y entraremos en tromba, al grito de "¡Donato para el Califato!".

Entonces, nos desharemos de todo el que esté alrededor del jilguero, y después lo secuestraremos. Luego, habrá que marcharse con disimulo, así que vamos a ensayar

—¿Ensayar qué?

—La táctica del disimulo patentada por un servidor que no sirve a nadie. ¿Conocéis la canción "Tarde por la mañana"?

—Ehm... no. Lo siento.

—Bueno, pues es así —Donato silbó la famosa canción de "Podredumbre de muchedumbre"— Esto que acabo de hacer es lo que tenéis que hacer para disimular. ¿Lo habéis entendido?

—¡Sí, señor!

—Muy bien. Pues entonces ha llegado la hora de la primera fase. Coged las armas, nos dirigimos a Little Forker Stone, ¡el destino nos espera impacientemente!

Freiton se dirigió hacia el Bar Niz. Hoy era su gran día.

Solamente fue allí a dejarle una nota a Bárbara, ya que sabía que Donato tarde o temprano se pasaría por allí por lo ya comentado de las aceitunas.

Claro, ahora el radio de acción de Donato se veía muy limitado. Su riñón

se lo agradeció.

Curiosamente, a partir de su relativa sobriedad, Donato empezó a ser más peligroso.

Antiguamente, el alcohol, como droga que es, le ayudaba a evadir sus dolores y odios, pero desde que bebía menos, era una auténtica olla a presión. El pobre Aniceto, que precisamente, de pobre no tenía un pelo, tuvo que pagar los platos rotos varias veces. Y es que Donato sacaba su revólver y empezaba a disparar a la vajilla.

Pero Aniceto, como buen barman, tenía siempre un as en la manga. Era él el que poseía el negocio en el que Donato compraba la munición, así que sin saberlo rentabilizaba sus salvajadas.

Era esta una ciudad en la que hasta el más tonto era más listo que la media. De hecho, la forma más fácil de ser engañado era sentirse mejor que los demás, y era en esto en lo que destacaba Aniceto. Parecía tan mediocre que la gente se la intentaba jugar, pero en realidad tras esa fachada de barrio bajo se escondía un auténtico palacete.

Cuando vio llegar a Freiton a lo lejos, se puso a fregar unos vasos que siempre utilizaba como excusa, y se hizo el despistado. Ya sabía lo que tenía que hacer.

—Buenos días Aniceto, ponme una limonada de naranja.

—¡Hombre, Freiton!, ¡cuánto tiempo!

—Venga, date prisa, tengo un caso que resolver.

—Bien, bien. ¡Marchando!

Mientras Freiton estaba entretenido en sus pensamientos, un hombre se le acercó por un lado, y se puso a hablar con él.

—Buenos días, detective.

—¡Ah!

—Tranquilo, soy yo, Constantius.

—Vaya susto me has dado. No te atrevas a volver a hacerme esto, o lo pagarás muy caro.

—Vale, relájate. He venido a decirte una cosa: Donato pasó por aquí hace ya tiempo, y dejó una nota para tí.

—No pasa nada, lo tengo todo controlado. Pero, ¿qué dijo?

—Dijo que “más vale jilguero en mano, que cientos volando”.

—¿Ah, sí?! Pues te voy a decir una cosa, ino hay que vender las plumas del jilguero antes de cazarlo!

—Me parece que cuando actuáis por separado, bajáis aún más vuestro nivel.

—¿Insinúas que dependo de él?!

—No. Insinúo que dependéis de la gracia divina, que por cierto, no existe, para llegar a buen puerto.

—Pues te equivocas, voy a resolver el caso después de tomar la limonada de naranja, que por cierto, ¿dónde está esa limonada de naranja, Aniceto?!

—¡Ya va!

—¿Sabes, Freiton? No deberías subestimar tanto a Donato.

—¿Pero qué dices?, ¿tú lo has visto?, es poco más que un orangután ambizurdo.

—¿Acaso no eres tú un simio?

—Por favor, no me dirás que crees eso de que descendemos de simios.

—Otro como Donato. Pues sí. Sin duda. Además, somos muy parecidos. De hecho, genéticamente se parecen más un chimpancé y un humano, que un ratón y una rata.

—¡Pero si la rata es solo un ratón grande! Padre mío, qué ignorancia.

—Si la rata es un ratón grande, tú eres un chimpancé con traje.

—Pero yo sé conducir un coche para transportarme, utilizar un móvil para comunicarme, ir a hacer la compra para no pasar hambre.

—Y ellos se balancean a través de árboles para transportarse, utilizan su cuerpo y boca para comunicarse, y cazan para no pasar hambre. Es la misma mierda en distinto embalaje.

—Bah —Aniceto sacó la limonada de naranja y Freiton se la bebió de un trago— yo me marchó ya, suficientes herejías he escuchado por hoy.

—Oye, no bebas tan rápido, a ver si te vas a atragantar.

—Qué más quisieras, quitarte de encima a la única persona que te supera en intelecto.

—Si fuera el caso no estarías buscando a un jilguero contra los intereses del Conde Rochester-Sorensen.

—¿Qué sabrás tú?, ¡adiós, gandules!

—¡Buena suerte con Donato! —Aniceto lo despidió con afecto pero Freiton lo interpretó como sarcasmo—.

—¡Pues ahora no te pago!

—¡Nunca lo haces!

Y Freiton se marchó hacia Little Forker Stone. Ahora solo necesitaba encontrar el negocio de mangos del Conde Rochester-Sorensen.

Constantius, en cambio, allí se quedó, sin hacer nada, o pensando, que viene a ser lo mismo.

Donato y su gente llegaron a Little Forker Stone. El día no estaba preparado para lo que iba a pasar.

Estaba totalmente despejado, y las calles repletas de gente. Un mal día para un secuestro.

Si algo salía mal, la sangría sería inevitable, pero no de marca Don Sifón. Donato rechazaba las grandes multinacionales. Suponemos que se trataba de envidia hacia esa gente tan emprendedora.

Su gente llevaba las armas metidas entre las ropas. Arcabuces, fusiles y escopetas. El tamaño mínimo de las armas que llevaban era de un metro, y el más alto de ellos medía poco más. Es de imaginar que serían arrestados. Deberían. Pero ese no era un mundo civilizado. Siempre que no rozasen a un coche de policía no tendrían ningún problema, o al menos

eso es lo que les había dicho Karl Johansson.

Era un mundo tan loco que la policía era el crimen en sí mismo. La gente temía menos a los ladrones que a los policías, porque la única diferencia entre ambos era que estos últimos no disimulaban. Eran más peligrosos que Peligroso Suero Nobóa (ante la duda, consulta en tu navegador. Eso si es que existen los navegadores en la época en la que vives).

Lo peor de todo es que eran corruptos, y que esto hacía de la corrupción algo normal en aquella sociedad. Si el que debe detener al ladrón roba más que el propio ladrón, la consecuencia es que el robo no solo es normal, si no que necesario.

Así que la gente podía dormir tranquila. Todos los demás también eran malos, por lo que todo les estaba permitido moralmente.

Tú, lector, sabrás que esta es una burda excusa, pero la gente de aquella tierra era realmente floja. No querían aceptar sus errores, así que estaban todo el día fijándose en los de los demás, sin darse cuenta de que lo que veían no era más que su propio reflejo.

Eran como el perro que trata de luchar contra el espejo.

Siempre es neutralizado.

El pobre can debe de sentirse realmente frustrado al encontrar un oponente que le iguala en velocidad e improvisación. Según el consenso científico más reciente, al encontrar un rival de su nivel en el espejo, el perro piensa algo así: "Guau".

Volviendo a Little Forker Stone, Donato y su gente formaron un círculo

con él en el centro.

Comenzó a hablar, pero terminó antes de empezar:

—Bueno, ¡afinad los oídos en busca del pájaro!

La táctica que habían decidido no era precisamente la más inteligente, ni la más sofisticada. Era, simplemente, la más simple. La más esperable de una persona como Donato.

Todos se callaron, y empezaron a ordenar a la gente de la calle que se callase. Claro, no habían tenido en cuenta que habría ruido en una zona tan transitada.

La gente en un principio no les hacía caso, pero entonces Donato ordenó redoblar la apuesta, y desenfundaron sus armas. Entonces, la gente se calló totalmente. Una vez más, Donato se salía con la suya.

Freiton se encontraba en Little Forker Stone. Era un día exactamente igual al mencionado en el capítulo anterior, ya que era el mismo día. Suele pasar.

Tenía que encontrar el negocio de mangos del Conde Rochester-Sorensen, y como no tenía ninguna pista, decidió preguntar a la gentuza que abarrotaba esas calles.

—Buenos días, soy el Doctor Freiton, y quiero hacerte un par de preguntas.

—Dime.

—¿Sabes de alguien que venda mangos aquí?

—Sí, por supuesto, ¡esta es la tierra de los mangos!, ¿no has oído nuestro lema?, “Little Forker Stone, tierra de mangos”.

—No, la verdad.

—Pues es famoso en el mundo entero. Porque tenemos buenos mangos...

—Ah, yo creía que era porque teniais buenos pomelos —Freiton utilizó el sarcasmo como arma, sin darse cuenta de que podía volverse en su contra—.

—No, no, es por los mangos. Se cultivan aquí, ya que la tierra tiene el pH adecuado, llueve mucho en verano y algo en invierno. Además, tenemos temperaturas suaves durante todo el año. Y por si esto fuera poco, siempre ha habido tradición de cultivar mangos aquí, y el paladar de la gente ha aprendido a apreciarlo. Esto, por si no lo sabes, favorece el cultivo del mango. De ahí que Little Forker Stone sea tierra de mangos.

—Vale, me alegro mucho por vosotros. ¿Sabes donde está la tienda del Conde Rochester-Sorensen?

—Ufff... no se si ahí venden mangos eh...

—Es lo que me han dicho. ¿Insinúas que me han tomado el pelo como a un tonto?

—Lo único que insinúo es que no se si ahí venden mangos.

—Bueno, pero ¿dónde está la tienda?

—Sigues esta carretera todo recto, y luego todo recto. Si ves que hay una salida a la derecha, ni caso, todo recto.

—Entendido, todo recto.

—Sí, y si ves que hay una salida hacia la izquierda, nada, todo recto.

—Perfecto.

—Ya sabes, ante la duda, todo recto.

—Sí, sí... —Freiton empezaba a cansarse de la insistencia de aquella persona así que decidió usarla en su contra—.

—Pero izquierda y derecha no, eh, que te quede claro.

—Bien, entonces, ¿todo recto?

—Sí.

—¿E izquierda y derecha?

—No.

—Vale, gracias. Así que primera salida a la izquierda.

—No, no, todo recto.

—Ah, vale, vale. Gracias.

Hizo caso a aquella persona, hasta que llegó a un cruce. No se podía seguir recto. Tuvo que volver a preguntar.

—Buenas, busco el negocio de mangos del Conde Rochester-Sorensen. ¿Sabes donde está?

—Sí —y siguió andando—.

Estaba empezando a perder la paciencia. Esa maldita gentuza le sacaba de sus casillas. Algún día se vengaría, pero hoy no era ese día, pues necesitaba su ayuda.

—Buenas, dime donde está el negocio del Conde Rochester-Sorensen.

—Eh, relájate, amigo.

—Estoy harto de la gentuza de esta zona. Dime donde está y no te volveré a molestar.

—Tienes suerte de haberte encontrado con alguien tan diplomático como yo, que no discuto nunca.

—Eso no puede ser cierto.

—Pues si tú lo dices, no lo será. Dime, amigo, ¿qué quieres?

—El negocio de mangos del Conde, ¿dónde está?

—Sigue para la derecha y todo recto.

—Espero que sea verdad, ya me han engañado antes. No me habían avisado de este cruce.

—Bueno, ya sabes, ante la duda, siempre la derecha.

—Gracias. Ve con tu dios.

Podría decirse en este momento que Freiton estaba cerca de su objetivo.

Que el jilguero estaba a punto de ser salvado.

Aunque también podría decirse que iba a salvarlo la gente que peor cuidaría de su integridad física, y sobre todo, moral.

No era un jilguero muy fuerte mentalmente, para qué engañarnos. De hecho, el famoso caracol que tuvo Borislav lo superaba con creces en ese aspecto. En ese y en todos.

No había comparación posible, ese caracol fue subcampeón de Asturias y cuarto de Europa. Todavía puedes encontrar el anuncio en el que se vende en una famosa página de anuncios. O no, puede que ya lo hayan borrado. Apresúrate.

Nadie sabe dónde está.

El tiempo pondrá en su sitio a semejante prodigio de la naturaleza, y según las previsiones más optimistas, en el futuro se habrá buscado más a este molusco que al santo grial. Ahí lo dejo, así que si quieres adquirirlo, aún estás a tiempo. Puede que mañana sea demasiado tarde.

Freiton caminó algo más rápido que el caracol de Borislav, y por lo tanto, llegó "en un santiamén", ugh. Ahora he de ir a lavarme las manos después de escribir esa expresión tan repugnante. Vuelvo en cinco minutos.

VOLVEMOS EN VEINTE MINUTOS

Aquí estamos de nuevo.

Freiton llegó a la tienda de mangos del Conde Rochester-Sorensen, así que decidió husmear sigilosamente. Observó los movimientos de los empleados, se dio cuenta de que no había cámaras ni guardias. Lo lógico en un negocio de mangos, pensarás.

Pero el Conde Rochester-Sorensen lo cuidaba todo muy bien, incluso los mangos. Era raro que no hubiese ningún sistema de seguridad.

Freiton, cuando lo vio tan fácil decidió entrar por la puerta de atrás, ya

que no había nadie allí.

Ahora estaba en el trastero.

Tras buscar concienzudamente durante treinta segundos, decidió que el jilguero no estaba allí.

Debía de estar en la sala principal. Ahora solo tenía que ir allí, pero ¿cómo?, ¿qué excusa inventaría?

Decidió fingir ser un empleado más, y preguntar a alguno de los demás por el paradero del jilguero.

No fue necesario. En ese momento escuchó voces, y hubo una estampida en la tienda.

Toda la calma que reinaba en el negocio de mangos se derrumbó en un instante. Toda la paz sembrada en aquel lugar durante miles de años, era ahora interrumpida por unos necios, igual que pasa con el petróleo.

—iiiDonato para el califato!!!

Entraron en tromba, en estampida. Eran una manada de rinocerontes, con fuerza bruta bestial pero sin ningún tipo de visión.

El ruido que crearon no hizo más que acrecentar el desconcierto allí reinante. Había unas treinta personas armadas. Habían cogido todo su equipamiento, excepto el cerebro. Exactamente como suele pasar con los militares o los policías.

—¿Pero qué hacéis?!

—¡Hemos venido a por el jilguero! ¿Dónde está?

Los y las fruteras huyeron despavoridas, como jilgueros sin cabeza. Y el silencio volvió a reinar en la frutería. Los hidalgos se habían quedado solos.

—¡Adelante, esclavos!, ¡buscad al jilguero!

Su gente se quedó quieta. En realidad, la única forma en la que alguien puede quedarse, pero pasémoslo por alto.

Fue algo realmente impactante. Durante muchas semanas habían soportado a un líder déspota como Donato, pero ahora, cuando todo parecía que iba a dar sus mangos, había llegado su fin.

Se dieron cuenta de que Donato nunca se había interesado en aprender que lo que se autodenominaban era "hidalgos". Los había llamado "esclavos", y realmente, eso es lo que pensaba de ellos.

Para él, no eran más que carne de cañón.

Habían seguido a ese demente porque ellos también lo eran, pero sobre todo porque tenían ganas de aventuras a lo grande. Querían oler el peligro.

Sin embargo, ahora que lo veían tan de cerca, querían alejarse de él. Estaban a punto de meterse en problemas con el Conde Rochester-Sorensen. Fue un momento de iluminación.

—¿A qué esperáis?!, ¡ios he dado una orden!, ¡¡hacedme caso, esclavos!!!

Se miraron entre sí, hasta que empezaron a desfilarse hacia afuera. Se había quedado solo.

—Adiós, Donato. Ten cuidado.

—¡¡No os necesito!!, ¡¡lo pagaréis muy caro!!, ¡¡arderéis en el infierno!,

¡Satanás os despellejará, se hará un traje con vuestra piel y se bañará en un río de pirañas!,

¡ios cortará la cabeza y utilizará vuestro cráneo como copa para beber vuestra sangre!,

¡ios amputará lo que os quede de brazos y piernas, meterá vuestros huesos en una batidora, mezclará lo que salga con vuestro cerebro para darle consistencia, lo envolverá en lo que quede de vuestra piel, y lo comerá como un Kebab!

Tras refunfuñar durante un lapso de tiempo considerable, Donato se quedó callado. Había vuelto en sí, y la tienda volvía a estar en silencio.

Entonces oyó un ruido.

—¿Quién anda ahí?!

Volvió a oír otro ruido. ¡Había otra persona allí!

—¡¡¡Se llevan al jilguero!!!

Donato disparó su arma.

Tras unos segundos, el silencio volvió a apoderarse de la tienda.

Entonces, entre la nube de polvo que había levantado el disparo, apareció Freiton.

—¡Doctor! ¡¿Qué haces aquí?!

—¿Y tú, maldito traidor?

—Te he estado buscando estos días.

—Ahora al que hay que buscar es al jilguero, ¡luego tendrás tiempo de suplicar por mi perdón!

—Pero la recompensa ¿sigue siendo a medias, no?

—Sí, sí, ahora a lo que estamos.

Empezaron a buscar entre todas las cajas que había allí, hasta que...

—¡iiiNo!!!!

Donato nunca había oído gritar tanto a Freiton

—¿Qué pasa Doctor?!

—¡¡Maldito alcornoque!!

—¿Qué pasa?!

Freiton estaba fuera de sí

—iiiHas matado al jilguero!!!

—No puede ser.

—iiCon tu arma!!, ¡todavía está caliente!

—iiiOh, dios mío!!!, ¡¡¡inos vamos a quedar sin recompensa!!!!

Capítulo VIII

—¡¿Y qué diablos importa la recompensa ahora?!

—iiLo es todo!!

Ese maldito idiota solo pensaba en el dinero. Iba al bosque, y en vez de apreciar la belleza de los árboles, veía leña para hacer fuego.

—¿Pero cómo te atreves a decir eso?!, ¡hemos matado al jilguero!, ¡ahora Rochester-Sorensen hijo nos matará!

—Tranquilo, es un mindundi.

—Si no lo hace él, ¡lo hará su padre!

—Ese no es un mindundi.

—¡Por supuesto que no! ¡El único mindundi aquí eres tú!

Freiton estaba furioso. Muy furioso. Siempre intentaba mantener su imagen de persona equilibrada, pero cuando perdía el control, no sabía derrapar.

Donato, en cambio, estaba extrañamente tranquilo.

—Tranquilo Doctor. Ya me encargaré yo del Conde Rochester-Sorensen.

—¿Y qué piensas hacer?!

—Pues bueno, podría matarlo.

—Ufff... siempre que planeas algo, alguien debe morir. Eres más simple de lo que recordaba.

—Cuando hay convicción, hay simpleza.

—¡Pero tú no eres más que un ignorante convencido!

—Eh, eh... relájate eh, ni que te hubiera hecho algo...

—¡¡¡Has matado al jilguero!!!

Por suerte, aquella tienda estaba insonorizada. Si no, ahora mismo

alguien estaría cavando sus tumbas.

Aquel hombre, Donato, era capaz de desesperar a un muerto. La gente que lo conocía desde hace tiempo, precisamente se sentía así a su alrededor. Cada vez que parecía estar reformándose, salía a celebrarlo y dejaba un par de víctimas. Había cierta gente que se preguntaba por qué no estaba en la cárcel. Pero la respuesta era muy sencilla.

Donato ya había pasado por la cárcel. El problema es que, aquel planteamiento de cárcel, que al fin y al cabo se trataba de un castigo y no un sitio para reformarse, no funcionó con él. Bueno, en realidad con nadie. Pero con él fue especialmente inefectivo.

Durante su estancia, disfrutó. Y es que comía mejor que en su casa, tenía más espacio que en su casa, y vivía más tranquilo que en su casa. Su vida se había simplificado, y en lugar de salir perdiendo, le vino bien.

Además, le caían bien los carceleros con los que trataba, todo lo contrario que él a ellos.

Donato era el no tan típico preso que intentaba ser simpático, civilizado, de centro-derecha... pero no le salía creíble. Intentaba caer bien, pero no lo conseguía. Aunque él creyese que sí. La verdad es que Donato era bastante desagradable cuando intentaba fingir ser simpático, más aún que cuando era auténtico.

Está claro que él sólo se comportó así para poder repetir el estofado de pepino.

En realidad, todo lo que había hecho era en vano, ya que siempre sobraba comida en la cárcel. Todos la aborrecían.

El hecho es que Donato, en este preciso instante, se sentía muy tranquilo. Era un hombre que había pasado por tantas aventuras, y sobre todo, desventuras, que pocas cosas le hacían ponerse nervioso. Desde luego, que su vida estuviese en peligro no le hacía temblar. Había vivido así desde que no tenía uso de razón.

Tras unos minutos, Freiton se relajó.

—Bueno Donato, lo hecho, hecho está.

—Bien dicho, Doctor —Freiton suspiró—.

—Ahora toca pensar qué haremos.

—Tengo un plan...

—No, Donato, no. No más planes tuyos.

—Vale, tú piensa, y yo actúo.

—Bueno, hay que asumirlo, Akiliano ha muerto.

—Yo ya lo había asumido hace rato, como Rodrigo —simplemente un mal chiste de Donato, sin más—.

—Hmmm... ¿y si no lo asumimos?

—Pues desasumámoslo.

—Bien, hecho. Ahora sí, tengo una gran idea. ¿Qué te parece si no le decimos a Rochester-Sorensen hijo que Akiliano ha muerto?

—¿Y cómo disimulamos?

—Podemos comprar otro pájaro.

—Yo tengo un vecino que tiene una cacatúa.

Una maldita cacatúa que canta todo el día y no me deja dormir.
Podríamos matar dos pájaros de un tiro...

—Ya vale con un pájaro muerto. —carraspeó para darle mayor solemnidad a su discurso— Mañana mismo llamaré a Rochester-Sorensen hijo, y tú irás a comprar otro jilguero. Hazlo pronto, y todo irá bien.

—Muy bien, para las doce y media estaré allí.

—Es una tarea para la que eres apto, así que no me falles.

—Tranquilo Doctor, no te fallaré, como Silly Bang.

Los dos socios se despidieron, con la ilusión y la amistad recuperada, gracias a aquel invento que tantas amistades ha ayudado a preservar: el dinero.

Llegó el día clave. Freiton se lo tomó con calma. Donato había ido a comprar otro jilguero, y confió en él. Acababan de reconciliarse, y no le fallaría ahora. Además, Donato deseaba la recompensa mucho más que él. Se jugaba mucho.

Desayunó dos croissants, y decidió llamar a Rochester-Sorensen hijo:

—Buenos días.

—Hola, soy el Doctor Freiton, llamo por lo del jilguero.

—Muy bien, ahora le paso con el señorito.

—Rápido, es urgente.

Al cabo de unos minutos, Rochester-Sorensen hijo contestó.

—Buenos días, Freiton, me alegro de tener noticias tuyas, llevabais ya meses sin contactar conmigo.

—Doctor Freiton. Y sí, el asunto ha sido resuelto. Hoy mismo te entregaremos al pájaro.

—¡¡Bien!!, ¡bien!, ¡¡¡buen trabajo!!!, sabía que podía confiar en vosotros —saltaba de alegría—.

—Por supuesto.

—¿Entonces me traeréis hoy a Akiliano?

—Sí, por supuesto. Donato lo traerá. Tranquilo, le he dado instrucciones sencillas.

—Muy bien, me alegro mucho. Si te parece vente a tomar un café, y

puedes esperarle aquí.

Rochester-Sorensen hijo estaba tan eufórico que invitó a ese completo desconocido a su casa. Aunque la verdad es que Rochester-Sorensen hijo, para desgracia de su padre, era excesivamente eufórico y muy irreflexivo.

Se fiaba siempre de las primeras impresiones, y siempre le parecían positivas. No era muy consciente de lo que podía suponerle ese defecto, ya que siendo hijo de un hombre apestado de dinero, todo el mundo quería aprovecharse de él.

—Muy bien, pero las pastas sin sal, por favor. Y el agua con gas.

—De acuerdo, se lo comentaré a mi sirviente.

Sí, era una época de señoritos y sirvientes. Está claro que los señoritos habían perdido ciertos privilegios del pasado como no pagar tributos, pero al fin y al cabo, no estaba tan claro. Todas las grandes fortunas tributaban en paraísos fiscales, y el dinero podía comprar la justicia y los contactos. Realmente, no había cambiado nada en el fondo.

Además, la gente pasaba por alto que para que existiesen señoritos tenían que existir sirvientes.

Mientras Freiton se dirigía hacia ese paraíso terrenal que era la libertad comprada con dinero, porque a decir verdad, la libertad era también un objeto de consumo, Donato llegaba al mercado. Tenía que comprar un jilguero.

Algo le extrañó al llegar. Había poca gente allí. Preguntó un par de veces, y resultó que no era día de mercado. No pasaba nada, pero necesitaba el jilguero, y lo necesitaba ya.

Preguntó por un vendedor de mascotas, y llegó a su tienda: Mascotas Demallas. Parece ser que la dueña era griega, Adelfa.

Donato, al ver a una mujer tan guapa como ella, se sintió abrumado, y su cerebro se aceleró. Teniendo en cuenta que ya de por sí era un cerebro acelerado, la conclusión sencilla es que empezó a ser patético, como una pelea de jirafas.

Era una mujer baja, morena, redonda, y cada vez que decía la “erre” parecía que iba a provocar un terremoto. Además, tenía dos enormes berrugas, una a cada lado de los labios. Unas preciosas berrugas, según Donato.

Era preciosa para él. Lo que viene a equivaler a que era preciosa objetivamente, pues el mundo que crea cada uno establece su absoluto.

Mientras Donato le miraba atontado, ella se acercó a donde él, ya que había terminado con el cliente anterior, pero ante la falta de respuesta de Donato, tomó la iniciativa:

—¿Le pasa algo, señorr?

—Ehm, jilguero.

—¿Quieres o tienes?

—Quiero, para tener.

—Voy al almacén a mirrarr.

Cuando le dio la espalda, Donato recobró la compostura. Se concentró, y se acordó de que se estaba jugando mucho dinero. Como todos sabemos, el dinero provoca más emociones que cualquier otra cosa. Es sin duda lo que mueve el mundo. Lo que mueve a las personas. Nada de el amor, el placer o el dolor.

Se oyó una especie de aullido infernal.

Para ser sinceros, no era ese un local muy limpio. Había plumas por los suelos, y olía a perro mojado con sucedáneo de mostaza. Algo así como el olor que siempre desprendía Donato.

Realmente, solo la gente repugnante aguantaba ahí más de cinco minutos.

Los dueños que llevaban a sus perros ahí, creían que los perros tenían miedo a los aparatos médicos que hay en todas las clínicas veterinarias, pero en realidad, los perros odiaban el olor que allí campaba. Bastante tenían con aguantar el de sus mal llamados dueños.

Para cuando el último cliente estaba a punto de pedir una máscara de gas, Adelfa salió del almacén con las manos vacías.

—Jilguerro no haberr.

—¿¿¿Qué??!

—Jilguerro no haberr.

—¡No puede ser!

—En serio, jilguerro no haberr.

—Bueno, pues dame algo parecido.

—¿Qué quieres?

—No es para mí, para un amigo es.

—Voy a mirrarr qué tengo.

Esta vez, Donato no pudo mantener la compostura. Esa mujer le ponía, muy nervioso. Para cuando Adelfa volvió a salir del almacén, a Donato se le había olvidado qué tenía que comprar.

—No tenerr pájarros. Solo perros.

—Dame el más caro —Donato intentaba seducirla aún a costa de perder dinero. Esto solo demuestra lo mucho que le gustaba aquella chica a la que ni siquiera conocía, pero con la que sentía una conexión tan fuerte como Iñaki Perurena—.

—El más carro... esperra... Doberman, mil euros —Donato casi se atragantó con un átomo de helio que pasaba por ahí—.

—¿Algo más baratito?

—¿Cuánto dinerro?

—Quince.

—Por quince, solo Bulldog.

—Pues dame uno de esos.

—Es buen perro.

—¿Perro qué?

—No, es bueno.

—Pues bien. Toma, quince.

—Grracias.

—Encantado —era la primera vez que decía una palabra amable en dos meses, y se enrojeció—.

—Adiós.

Donato se puso su metafórico traje de Don Juan, e intentó cazar a su presa. Así era en aquellos tiempos.

—Oye... una cosa, tengo que decirte que cada vez que te veo mi corazón palpita como una patata frita.

—Ah...

—Cuando te veo me pongo más nervioso que los que se encargaron de limpiar Chernóbil.

—...

—Por tí sería capaz de dejar de comer bocadillos de aceitunas.

—¿Grracias?

—Ehm... ¿me das el número de tu móvil?

—Todavía no se han inventado los móviles.

—Entonces, adiós, querida mía.

Tristemente, aquí terminó la historia de amor entre estos dos pequeños tortolos.

Donato tuvo que ir hacia el Bar Niz andando, ya que se había gastado todo el dinero que tenía en ese perro.

Para cuando llegó, el Bulldog caminaba más erecto que él.

—Hola Donato.

—Aniceto, ¿dónde está Freiton?

—No está aquí. Ha pasado antes, diciendo que iba a donde Rochester-Sorensen hijo.

—Gracias, iré hacia allí, pero primero ponme un bocadillo de aceitunas. Necesito energía.

—Que sean dos —Constantius apareció entre las sombras—.

—Estos autoproclamados intelectuales, siempre estáis gorroneando de la gente decente...

—Ay Donato... espero que te refieras a Aniceto por gente decente...

—Me refiero a mí. Mírame, trabajando todo el día.

—¿Comprando mascotas? Debe de ser muy duro.

—¿Y tú qué haces, eh?

—Agitar conciencias. O al menos, intentarlo. Y aparte doy clases de contrabajo.

—Música y pensamiento. Ahí no hay producto, no hay industria, nadie gana nada.

—Por eso mismo me dedico a ello.

—¿Y de qué vivirás cuando te jubiles?

—Desde luego, de mi pensión no.

—¿Del estado entonces?

—No, señor. Olvídate de vivir del estado, pues cada vez será menos poderoso. Los mercados, es decir, las grandes acumulaciones de capital dominarán el mundo, incluso más que ahora.

—Entonces habrá que trabajar para esos emprendedores.

—Para esos emprendedores que heredaron mil veces nuestra herencia. Y no lo olvides, la suerte juega un papel enorme en elegirte padre. Esos “emprendedores” no se han ganado nacer ricos, y sobre todo, nosotros no merecemos nacer pobres.

—Si has nacido pobre, es porque dios así lo ha dispuesto.

—Y si eres hijo de cura, ¿también lo ha dispuesto dios?

—Siempre tergiversando. Te dejo aquí con tus cavilaciones inútiles, yo me marcho a levantar el país.

—Bien, yo prefiero no mantener un estado con el que estoy en completo desacuerdo.

—Pues que tengas suerte, pero de la mala. Adiós.

Donato, con las pilas recargadas, marchó rápidamente hacia la mansión donde se encontraba Freiton.

Avanzó cien metros, y empezó a marchar lentamente. Lo justificaría diciendo que era culpa del perro.

Ese pobre perro, que vivía en un mundo en el que no era más que mercancía. Era un ser vivo, y sin embargo, lo trataban como si fuera un capricho. Era realmente espantoso ver como había gente que se compraba un ser vivo cuando le apetecía, porque le apetecía, y sin ni siquiera el visto bueno del ser vivo.

¿Dónde estaban los derechos de los animales en aquella sociedad?

La respuesta es sencilla: donde los de los seres humanos.

Por fin, Donato llegó a su destino.

Hay que hacer un inciso: hemos pasado de capítulo para darle tiempo de respirar a Donato. El pobre hombre estaba hecho trizas.

Sus pulsaciones volvieron. La mar volvía a estar en calma, toda la calma que puede esperarse de la mar, claro.

Donato entró al palacio de Rochester-Sorensen hijo. Era de color amarillo, casi áureo. Recordaba al esplendor que había tenido y aún mantenía esa familia, pero también hacía arquear la ceja el pensar toda la gente que tuvo que sufrir para levantar semejante palacio. Exactamente lo que pasa al entrar a una iglesia.

Cuando vieron llegar a Donato con una gran caja en sus manos, Freiton empezó a recriminarle, para quedar como el bueno de la pareja. Si uno de

los dos quedaba por debajo, automáticamente el otro quedaría por encima, precioso razonamiento.

—Llegas tarde.

—Ya sabes Doctor, las cosas de palacio van despacio —frase que traía preparada, masticada, y ensayada—.

—Oye, Doctor Freiton, no me habías dicho que tu ayudante fuese tan ingenioso.

—Porque no lo es.

—El ingenio es cosa del Doctor Freiton.

—Pues tú tampoco andas escaso, Donato.

—Oye, no seas tan adulator y vamos a lo que hemos venido —Freiton no permitiría halagos a su ayudante, y menos por su inteligencia—.

—Vale, vale.

Silencio de transición de conversación.

—Bueno, entonces, ¿ya me traes a Akiliano?

—Bueno, puedes llamarlo como quieras.

En ese preciso instante, el Bulldog salió de la caja, y la mandíbula de Freiton se desencajó tanto, que chocó contra el suelo. No se lo podía creer, Donato seguía siendo tan Donato como siempre.

Rochester-Sorensen hijo se creyó que le estaban bromeando.

—Venga hombre, que tengo ganas de ver a mi pajarillo, no me toméis el

pelo...

La mirada entre Freiton y el Bulldog le hizo darse cuenta que de broma había poco.

—Por favor, decidme que es una broma —empezó a ponerse rojo de impotencia, empezaba a faltar el aire en la sala—.

—Ehm... —Freiton no sabía como salir de esa— lo siento, pero Akiliano...

—Lo maté yo —concluyó Donato— ...pero bueno... murió haciendo lo que más le gustaba... vivir.

Rochester-Sorensen hijo empezó a tambalearse. No era posible. Esa verdad tenía que ser mentira.

—Bueno, pero fue sin querer... —prosiguió Donato— de un escopetazo que fue a parar a su cabeza. Su cerebro aún sigue desparramado por ahí...

Freiton lanzó una mirada inquisitoria a Donato, pero este estaba demasiado dentro de su argumentación como para darse cuenta.

—Además, en realidad, un perro es mejor. Mira, este por ejemplo, solo vale quince euros. Si le pasa algo, me llamas y te compro otro.

—Marchaos. ¡¡Ya!!

—Hombre, nos marcharemos. Pero nos debes el dinero —Donato no iba a permitir que le estafasen—.

—¡¡¿Pero cómo te atreves a reclamarme el dinero?!!!

¡¡¿De dónde has sacado a esta escoria??!!

—Un respeto eh, que yo no te he insultado

—¡¡Vete ya!!, ¡¡gentuza!!

—Mira, me estás calentando ya... ¡¡¡o me pagas, o no me voy!!!

Freiton era testigo de una escena tan enternecedora como la que os narro, tan solo equiparable a ver en Intraeconomía hablar de María Conde.

—Oye, por favor... no me hagas llamar a seguridad...

—¡Ya vale!, ¡aquí el que amenaza soy yo!! —Donato sacó su revólver sin previo aviso y apuntó hacia Rochester-Sorensen hijo— ¡¡Doctor, amordázalo!!

—¡Eh, eh, tranquilo!, aquí las órdenes las doy yo. ¡Donato, apúntale con tu arma!, yo lo amordazaré.

—¡Buena idea!

—¡¡Lo pagaréis muy caro!!, ¡¡mi padre se encargará de vosotros!!, ¡¡estáis muertos!!, ¡¡muertos!!!

Capítulo IX

Ahí teníamos a nuestros tres compañeros, charlando amablemente, mientras uno de ellos amordazaba a otro.

Ahora solo necesitaban pensar qué hacer. Refiriéndonos a Donato y Freiton, por supuesto. Porque Rochester-Sorensen hijo no tenía mucho que hacer, como los políticos en el mundo actual.

Sin duda alguna, el calcetín sudoroso que le habían metido en la boca representaba la dictadura del capital.

Freiton y Donato empezaron a plantear qué iban a hacer con ese hombre. Lo único que querían era conseguir su recompensa, ya que se habían esforzado mucho por ella, y no estaban dispuestos a perderla. No sabían aceptar una derrota, como debe ser. Como haría un buen emprendedor del siglo XXI.

—¿Alguna ocurrencia, Donato? —Freiton solo lo preguntaba para demostrar que su idea era mejor—.

—Bueno... podríamos cortarle un brazo y enviárselo a su padre...

Rochester-Sorensen hijo empezó a gritar como pudo, teniendo en cuenta que tenía el calcetín antes mencionado en la boca. Debe de ser que apreciaba mucho sus brazos. Un poco exagerado, porque tenía dos, y con uno ya le bastaba.

Realmente, pretender tener dos brazos implicaba que quería vivir por

encima de sus posibilidades.

—No hace falta, simplemente le enviaremos una nota. Coge papel y bolígrafo Donato, y apunta lo siguiente.

—Un segundo. —Donato se dirigió a Rochester-Sorensen hijo— Oye, ¿tú sabes dónde hay un bolígrafo?

—Donato, no puede hablar. Sácale el calcetín.

—Ah, sí. —obedeció a Freiton y volvió a preguntar— ¿bolígrafo?

—¡Pagaréis por esto!

—No, cobraremos por esto. ¿No ves que lo hacemos por la recompensa?

—¿La recompensa por hacer mal vuestro trabajo?

—El dinero es dinero, venga de donde venga.

—¡Dinero manchado de sangre!, ¡dinero sucio!

—El dinero sucio se puede limpiar con más dinero sucio, así que ningún problema.

—Supongo que oír eso me duele tanto porque sospecho que es verdad.

—Por supuesto. Ahora venga, dime, ¿dónde está el boli?

—En esa mesa tienes uno.

Donato cogió el bolígrafo, y derribó un jarrón de la dinastía Ming, cuidado durante años por grandes personas cuyos nombres nunca aparecerán en la historia. Protegido durante milenios por esos héroes silenciosos. Tantos años, y tanto mimo, para ser hecho pedazos en un segundo.

—Vamos allá, apunta esto: “Buenos días caballero. Le informamos de que hemos secuestrado a su hijo. ¿Cuánto está dispuesto a pagar por él? Solo aceptaremos por encima de los veinte mil euros. Responda y hablaremos

de la forma de pago”

Donato tuvo una gran idea, impulsada por su aún mayor avaricia.

—Deberíamos pedirle cien mil.

—De acuerdo.

—¿Un millón?

—Demasiado. Nos harían falta muchas maletas para transportarlo, y no tenemos coche.

—Es verdad, entonces pide un helicóptero.

—No sabemos conducirlo.

—Y un piloto.

—Podría intentar jugárnosla. Ya sabes que los pilotos no son de fiar.

—Entonces pide un coche, eso sí sabemos conducirlo.

—Pero nos cogería fácilmente. Estaríamos en desventaja. Él tiene muchos coches.

—¡Ya lo sé!

—¿Qué?

—Un submarino.

—Donato, es igual que el helicóptero, no sabemos pilotarlo.

—Bueno, pero el submarino, como su propio nombre indica, va por debajo del agua, no hace falta saber pilotarlo.

—¿Pero no te das cuenta de que la costa está a dos kilómetros? Tendríamos que llegar hasta allí. Y una vez en el submarino, ¿a dónde iríamos?

—Una vez en el submarino, podríamos improvisar.

—Ya, claro.

—Sí, seríamos impredecibles.

—Sobre todo para nosotros mismos. Y además, ¿no te das cuenta de que tendríamos que ir a una isla donde nadie se preguntase de dónde ha salido el submarino?

—Podríamos darle una capa de pintura de camuflaje para disimular.

—Donato, no se puede esconder un submarino como si fuera una pelota de tenis.

—Pues ya te lo he dicho, para algo está el camuflaje, ¿no?

—¿Alguna vez has visto un submarino con camuflaje para que fuese invisible en puerto?

—No. Pero por eso mismo, hay que atreverse a innovar.

—Nunca conseguiríamos esconder un submarino, Donato, nunca. No podríamos llegar a un puerto y que nadie se diese cuenta.

—Entonces tendríamos que vivir debajo del agua por siempre.

—Ya...

—Así que tendríamos que pedirle provisiones de por vida.

—No, nos la jugaría con algo de la lista de la compra —Freiton decidió cortar con la diarrea verbal de Donato—.

—Sí, para ser rico debe de ser inteligente.

—O hijo de rico.

—De tal palo tal astilla.

—Si, pero el que ríe último, ríe mejor.

—Muy cierto, sí. Qué sabio, Doctor.

Freiton, una vez más, noqueaba a Donato en una de sus conversaciones.

—Bueno, y ahora, ¿cómo le entregaremos la carta?

—Se la llevaré yo a su casa.

—¿Tú no piensas antes de hablar verdad?

—Después de hacerlo tampoco.

De vez en cuando, Freiton se daba cuenta de que no era suficientemente consciente de la estupidez de su ayudante.

Al final, decidieron entregarle la carta a través de Borislav. Era un hombre sin miedo ni vergüenza, así que aceptó sin hacer preguntas.

Cuando el Conde Rochester-Sorensen hubo leído la carta, fue directo:

—Bah, calderilla. Ahora bien, no pienso quedarme de brazos cruzados.

—¿Y qué piensas hacer? —respondió su mano derecha, Narsés—.

—Infórmate sobre los secuestradores. Quiero saber sus nombres, edad, profesión, árbol genealógico, talla de zapatos, hacia dónde cargan el

paquete, plato favorito, y si prefieren la cerveza rubia o tostada.

No sé si lo sabes, pero los ricos se mantienen ricos por algo, a parte de por haber nacido ricos.

Por ser avaros con el dinero, y por todos esos dioses que nos venden y no existen.

Vivimos en una burda farsa a la que los medios llaman democracia, pero solo se parece a esta a la hora de votar a los políticos en los que no confiamos. Una vez contados los votos, seguiremos en la dictadura del capital.

La verdad es que cada vez que alguien gasta dinero en algo, está dando un voto por el tipo de mundo en el que quiere vivir.

Esa es la verdadera falsa democracia.

Porque por supuesto sigue siendo falsa, pues no todo el mundo dispone del mismo dinero como para poder elegir.

Si es que es tan sencillo que no necesita explicación, pero aún así, ahí va:

¿EN QUÉ CABEZA ENTRA QUE EN EL CAPITALISMO NO ES EL CAPITAL EL

QUE MANDA?!

Volviendo al tema que no nos incumbe en absoluto, porque a decir verdad, ¿en qué se diferencia este libro de un programa de cotilleo?, ¿te crees superior a los demás por leer?, ¿consideras que estás informado por ver "la Secta Noche"?

Bueno, pues como bien es sabido, el Conde Rochester-Sorensen era asquerosamente rico. De esos que no podrían ser pobres ni queriendo.

Cuando pasó de ser heredero a titular de los bienes de su padre, la diferencia en el trato fue tan diferente que un gran escepticismo le consumió su antiguo carácter jovial.

Siempre se había sentido diferente a su padre, el General Rochester-Sorensen en este sentido.

Mientras él era alegre y cariñoso, su padre era serio y áspero.

Hablar con su padre era como comerse una piña sin quitarle la piel.

Pero con el tiempo se dio cuenta de por qué su padre era así.

Como dice el dicho, "para cuando te das cuenta de que tu padre tenía

razón, tienes un hijo que se cree que estás equivocado”.

La verdad es que tener un padre militar nunca se le hizo fácil, sobre todo porque su padre, además, estaba orgulloso de serlo.

Siempre estaba escuchando música militar, que es a la música lo que la justicia militar a la justicia.

Y por si esto fuera poco, siempre hablaba de sus hazañas como matar a pobres inocentes porque se lo había ordenado su superior.

Y volviendo al día de los acontecimientos, el Conde Rochester-Sorensen decidió que iba a pagar, y para ello debía responder, para lo que tenía que llamar a Borislav.

Le llamó, y le ofreció todo el Centrilion que quisiese si entregaba la siguiente nota:

“Acepto el trato, tendréis los cien mil, pero necesito saber que mi hijo está vivo”

Para cuando Borislav volvió a donde Freiton y Donato, ya había pasado un mes desde que el Conde Rochester-Sorensen le había entregado la respuesta.

El problema es que le había entregado también cantidades ingentes de Centrillion; y como bien es sabido, a una persona a la que le duele su pasado, desprecia su presente, y no espera nada mejor de su futuro el alcohol le gusta tanto como el abuso de autoridad a alguien con autoridad, o el abuso de autoridad a alguien sin autoridad.

Claro, esto no hizo más que reforzar la posición de nuestros queridos secuestradores, pues el tiempo jugaba a su favor, al menos psicológicamente.

Así que cuando llegó, se lo agradecieron cariñosamente:

—Maldito comunista, ¿qué pasa, hace falta burocracia para entregar una carta de secuestro?

—No, pero hace falta tiempo para apreciar el delicioso sabor del Vodka Centrillion.

—El tiempo no ayuda a apreciar nada, simplemente lo degenera todo.

El pobre Freiton no sabía que precisamente por eso el tiempo ayuda a apreciarlo todo, todo.

—¿Y qué importa eso? Vosotros tenéis la respuesta, y yo mi Vodka. Todo va como la seda.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No se ha preocupado demasiado. Parece no querer mucho a su hijo.

—¿Pero está dispuesto a pagar? —Donato empezaba a acelerarse—.

—Sí, tranquilo, tendrás tu dinero.

—¿Y qué te ha dicho que nos digas?

—Ah, sí, la respuesta.

El cerebro de Borislav había absorbido tanto alcohol, que ahora, cada vez que pensaba sentía como sus neuronas se tambaleaban en un mar de Vodka. Esto le hacía perder la noción de la realidad. Una auténtica gozada, pensarás.

—Va a pagar los cien mil. Lo único, quiere pruebas de que su hijo está vivo. Si no, no hay trato.

—Bien, ¿qué le entregamos, un ojo? —Donato decidió moderarse para conseguir la aprobación de Freiton—.

Rochester-Sorensen hijo, que estaba escuchando todo, empezó a gritar como un loco. Aunque a decir verdad, no todos los locos gritan, sólo los que creen que pueden cambiar algo en este mundo tan cruel. Malditos bastardos, cuando crezcan comprenderán que es mucho mejor vivir sin ilusiones inalcanzables, sin utopías.

—No, Donato. Cabeza, cabeza...

—¿Le cortamos la cabeza? —Rochester-Sorensen hijo a punto de desmayarse—.

—¡No!, le entregaremos un mensaje sobre algo que solo su hijo podría saber.

—¡Buena idea, Doctor!

—Pues adelante, ya sabes lo que tienes que hacer.

Donato se sintió orgulloso de que Freiton le delegase una tarea tan importante, sobre todo después de que le hubiera traicionado. Pero también confuso, porque no había entendido muy bien cuál era su cometido.

Por supuesto, decidió no preguntar, para no quedar como un tonto.

Así que ahora estaba solo con un hombre amordazado, al que tenía que hacer no sé qué.

—Bueno, bueno, bueno... pues aquí estamos...

—¡Mmmmh!, immmmmmmh!

—Ah, claro —le quitó el calcetín de la boca— haz lo que tengas que hacer, y no te haré lo que te quiero hacer.

—Sí, lo sé. Dile a mi padre que me regaló el jilguero cuando le despidieron de su antiguo empleo.

—¿Y eso para qué?

—Es en lo que has quedado con Freiton, que me sacarás algo que solo yo podría saber.

—Ah, gracias —volvió a meterle el calcetín en señal de agradecimiento—.

Con la misión cumplida y el ego, que no el orgullo, recuperado, Donato

fue a donde Freiton.

Se sentía tan eficiente como la religión católica adoctrinando a occidente.

A él, en cambio, poco le duró ese sentimiento.

—Doctor, ya he cumplido con mi misión.

—Vale, entonces vayamos con la siguiente parte del plan.

El pobre Donato se sintió dolido, ya que no se reconocieron sus esfuerzos. Su sensación de bienestar se evaporó. Se había aferrado a ella, y ahora se sentía desnudo. Si Buddha levantara la cabeza, lo aceptaría.

Todo siguió su transcurso, el plan siguió hacia adelante, y fue un día asquerosamente normal.

Cuando el Conde Rochester-Sorensen leyó la respuesta de los secuestradores, se dio cuenta de que se trataba de gente más capaz de lo que habría imaginado jamás. Siempre aleccionaba a sus inferiores con su famosa frase "la manera más fácil de ser engañado es creerse superior que los demás".

Pero a decir verdad, y como bien es sabido, los que dan consejos son los que más los necesitan. Y como suele suceder, Rochester-Sorensen padre no seguía los consejos que tanto pregonaba.

Ahora, estaba en una situación muy delicada. Tenía la suerte de que Donato y Freiton no sabían que el jilguero significaba mucho más de lo que creían. Pero él, creía que lo sabían. Creía que unos genios habían

descubierto su secreto más oscuro.

“Esto está empezando a embarrarse” pensó.

El Conde Rochester-Sorensen necesitaba su fama, y el barro le daba miedo.

Su identidad de cara al público formaba su identidad hacia su interior. Había forjado todo su mundo de fuera hacia adentro. Muy típico en una época tan gris como aquella.

En cambio, Freiton y Donato no tenían mucho que perder en cuanto a fama.

Habían vivido toda su vida en el barro, así que no tenían miedo de ensuciarse. No se puede temer a la luz cuando no se tienen ojos.

Su carencia de ventajas era su mayor oportunidad.

Los que saben que no tienen nada, son los más peligrosos; algo que bien debería saber la clase dominante. El problema es que la clase oprimida se engaña al creer que sí tiene mucho que defender. Mientras siga autodestruyéndose defendiendo sus migajas, nunca podrá luchar por su parte del pastel.

En este caso, Freiton y Donato sabían que tenían mucho que ganar.

Y el Conde Rochester-Sorensen, ese hombre que estaba en la cumbre de la pirámide, tenía mucho que perder. Había consagrado toda su vida a acumular dinero, dinero y dinero. Era el claro ganador del sistema capitalista. Aún así, nunca se había sentido feliz. Su vida había estado dominada por el estrés, y es que su dinero le poseía a él: "dirua morroi ona, baina jabe txarra".

Si un sistema que destroza el mundo sobre el que se sostiene, explota a la gran mayoría de la población, y para más inri, no proporciona éxito, es decir, felicidad, a los que mejor viven dentro de él, ¿a quién le conviene?

Pero bueno, como sabrás, ni unos ni otros se cuestionaban estas cuestiones, que como cuestiones que eran, deberían ser cuestionadas.

Lo que sí se cuestionó el Conde Rochester-Sorensen era su calma, y sin saberlo, decidió enfurecerse, así que decidió ordenar a su gente que investigase aún con más ahínco sobre los secuestradores de su hijo.

—¿Narsés?

—Sí.

—Apunta. Encended el ordenador, esperad a que se ilumine la pantalla, una vez lo hace abrid el programa necesario, y buscad lo siguiente...

—Sí, jefe, ya sabemos cómo funciona el proceso.

—Apunta. Necesitamos más datos para cerrar el cerco.

—¿Más?!

—Si, Narsés, sí. Quiero lo siguiente: color de ojos, última relación, tamaño del aparato reproductor, preferencias en cuanto a cepillos de dientes, última vez que han miccionado, mano preferida para sacudirse la sardina,

velocidad media al caminar a la pata coja, y palabra favorita.

—Sí, señor, ¿algo más? —Narsés representaba a la perfección la apatía cada vez que recibía órdenes, pero realmente era un profesional muy profesional—.

—Sí. Quiero una lista de todos los jilgueros de Calunia. Quiero que descubráis dónde ha estado cada uno de ellos en los últimos tres meses.

Ponedles un localizador, haced una tabla, y eliminad todos los que no hayan estado por Little Forker Stone el último mes. No solo los eliminéis de la tabla, también de la vida.

Utilizad sus cuerpos inertes para hacer una salsa con ajo y perejil que posteriormente deberéis dar a los perros no metafóricos, es decir, los perros que andan a cuatro patas.

Trituráis higados y cerebro de los jilgueros muertos, cortáis el ajo en tacos, y machacáis el perejil. Después, cocéis la carne junto con el resto, y utilizáis ese caldo para bañar el pienso de los perros y que adquiera sabor a jilguero.

Siguiente paso, soltad a los perros por la ciudad, cada uno con una cámara incorporada. Matad a los que no se acercan al barrio que bien sabéis, pues seguramente los secuestradores estarán por ahí. Grabad la muerte de cada uno de los perros que no hayan ido allí.

Después, editad las grabaciones, haced un recopilatorio con todas las muertes, y de fondo poned el Lacrimosa de Mozart.

Para terminar, enseñad el vídeo de la muerte de los perros a cada uno de los perros metafóricos, es decir, a los sicarios, y decidles que recibirán el mismo trato si no encuentran a los secuestradores.

—Muy bien señor, eso está hecho.

Mientras el Conde Rochester-Sorensen movilizaba a toda su gente para parar los pies a unos supuestos genios del secuestro, estos jugaban al escondite con su secuestrado.

La verdad es que el síndrome de Estocolmo estaba cercano, pues ahora que estaba preso se sentía más libre que nunca.

No tenía nada que demostrar a sus secuestradores. Los despreciaba, y por lo tanto podía mostrarse tal y como era.

En cambio, cuando se juntaba con su familia, tenía que mantener la fachada de persona decente, pues veía que precisamente estaba entre gente decente. Obviamente, toda esa gente decente era también gentuza que se rascaba el culo cuando le picaba.

Pero no se daban cuenta de que para aparentar su superioridad, asesinaban su parte animal. Y así, negaban una parte esencial de todo ser humano.

Nunca podrían aceptarse a sí mismos si se centraban en inflar el ego, y no en trabajar la autoestima.

Es por todos conocido que la mejor forma de tener una buena autoestima, es hacer cosas que te parezcan estimables. Y toda esta gente hacía cosas que creían los demás considerarían estimables; es decir, no lo hacían por ellos.

Si tanto se repite que la felicidad empieza por uno mismo, es por cosas así. No es una de esas mentiras repetidas mil veces, como podría serlo que "los extremos nunca son buenos", una de las frases más repugnantes de la historia.

Porque... ¿quién dice qué es el extremo? ¿No dependen los extremos del punto de vista?, ¿no se está entonces diciendo "mi punto de vista es el

que se sitúa en el centro y a partir de eso juzgo al tuyo como extremo"?
¿no es eso Fascismo?

Pero bueno, todo eso no existía, sobre todo con Donato.

Era un hombre que siempre había sentido que la libertad de expresión significaba, entre otras cosas, poder echarse pedos sin ningún tipo de disimulo, o insultar a quien quisiera cuando quisiera.

Así que Rochester-Sorensen hijo empezó a cuestionarse ciertas cuestiones, y empezó a sentir aprecio por aquellos animales.

Donato había llevado muchas latas de anchoas en escabeche, por lo que estaban pasando bastante hambre, sobre todo los que gozaban de sentido del gusto.

Él, claro, estaba poniéndose las botas.

Sí, porque decidió ir a dar una vuelta y estaba lloviendo.

Freiton le había dado permiso, porque cada vez se estaba volviendo más

peligroso.

Una vez más, la suerte les favoreció, porque Donato decidió ir a dar una vuelta a un barrio muy concreto. Un barrio que significaba mucho para el Conde Rochester-Sorensen y que estaba relacionado con su secreto, y como este había enviado gente para que vigilara a los secuestradores, llegó a la conclusión de que Donato sabía demasiado.

No atacó, porque no quería levantar sospechas, pero se sintió desnudo, vulnerable.

Puede que tú no lo comprendas, debido a que usas tanto tu cerebro como el apéndice, pero esto causó un grave impacto en él. Para alguien que siempre se ha sentido tan invulnerable, sentirse desnudo es muy doloroso, casi revelador.

Algo que la gente no solía comprender en aquella época tan oscura era que, las personas que más necesitan mostrarse invulnerables, son ciertamente las más vulnerables. La necesidad de protección surge del sentimiento de indefensión.

Pero tratar de explicar algo así se convirtió en una quimera, ya que los temas habituales más complejos en aquella época eran el fútbol y aquella política institucionalizada. Tanto que la democracia estaba condenada al oligopolio. Como todos los mercados.

Por suerte, aún quedan perroflautas que cada día hacen ruido contra todo lo establecido por el pensamiento único. Ellos son los héroes de este siglo.

Por muy equivocados o no que estén, hacen una labor necesaria. O lo intentan. Lo cuestionan todo. Por esto los medios tratan constantemente de encasillarlos como ilusos, necios, paletos o envidiosos.

Mientras siga siendo más fácil engañar a la población que hacerle ver que ha sido engañada, el ser humano estará condenado a su autodestrucción.

Volviendo a nuestro hombre:

Se sintió vulnerable, sí, pero descubrió dónde estaba su hijo.

¡Lo habían secuestrado en su propia casa!

Dedujo que lo habían hecho para no levantar sospechas.

Entonces, desde su absoluta y errónea creencia de que los secuestradores de su hijo eran muy profesionales, decidió su plan de actuación.

Les pagaría, pero dejaría un contingente veinticuatro horas al día a la salida de la casa, para atacarles cuando saliesen.

—¡Narsés!

—¿Sí, señor?

—El plan ha sido decidido, hemos de acabar con ese maldito Donato.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Prestar atención. Escúchame, necesito a nuestros mejores hombres. Quiero a gente inteligente, sagaz, capaz, perspicaz, espabilada, viva, astuta, lúcida e ingeniosa.

—Sí.

—También deben ser fuertes. Con que midan más de uno ochenta y pesen más de ochenta y cinco kilos suficiente. Eso sí, establece un sistema de puntos, en el que cada centímetro por encima del mínimo suponga dos puntos, y cada kilogramo medio punto.

Además, valora su peligrosidad en base a sus antecedentes penales. El asesinato vale cuatro puntos, cinco si es de un familiar, el secuestro vale tres, y el robo a mano armada medio punto.

—De acuerdo. Gente fuerte, malvada, alta e inteligente.

—Sí. Encárgate de medirlos uno a uno. Colocas al hombre a medir contra una pared, y muy importante, sin zapatos, coges un metro, lo colocas en el suelo y mides hasta la altura de la cabeza. ¿Todo claro?

—Sí, clarísimo.

—Bien, pues adelante, ya sabes dónde está la puerta.

Aún así, a pesar de lo detallista que era, el Conde Rochester-Sorensen ignoraba algo: Narsés sabía más de la cuenta y decidió actuar por su cuenta.

Mientras el Conde Rochester-Sorensen movilizaba a decenas de personas, estrujaba su cerebro y perdía meses de vida para mantener una fortuna que luego gastaría en vano para intentar recuperar la salud perdida,

Donato discutía jovialmente con su secuestrado.

—¿Pero cómo va a estar Roma más al norte que Nueva York?! —un Donato que asesinaba al silencio con su habitual sigilo—.

—Que sí, en serio.

—No puede ser, no te creo.

—Pues míralo en Internet.

—Eso todavía no se ha inventado.

—Es cierto, eso será en el siglo veinte.

—Aunque su utilización normalizada llegará en el veintiuno.

—Como toda industria avanzada, primero ejército, luego población.

—Como debe ser.

—¿Pero qué dices? ¿No ves lo que eso implica?

—Que nuestros soldados ganarán la guerra.

—¿Y quién saldrá ganando?

—Todos.

—¿Todos? No tienes ni idea. La gente morirá, pasará hambre, se bajarán los salarios por puro patriotismo, y si se gana la guerra, solo los que no se mancharon gozarán de sus frutos. Los mismos de siempre, los grandes

capitales y sus amigotes.

—¿En serio?

—¡Claro!

—¡No!, ¿en serio eres uno de esos abominables pacifistas?

—¡Pues claro! ¡Ojo por ojo, y el mundo acabará ciego!

—Entonces, ¿si te pegan en una mejilla, pones la otra?

—¡No, no y no! ¡Pero si seguimos luchando por pura avaricia, para beneficio de los que menos lo necesitan, llegará el momento en el que no tendremos nada por lo que luchar!

—El orgullo siempre será motivo de lucha.

—No existe orgullo para quien ha muerto de hambre.

—Y entonces qué propones, ¿no defendernos ante los ataques de países extranjeros?

—Propongo luchar contra los que fomentan las guerras, contra quienes siempre ganan en ellas.

—¡Pues yo propongo la guillotina para los pacifistas como tú!

—Con el nivel de armamento actual con capacidad de destrucción masiva, si hiciésemos caso a gente como tú, ninguno de nosotros quedaría vivo para poder deciros que os equivocabais.

—Si tan nocivos creéis que somos para este planeta, os alegrarías por ello.

—Nos alegraría más que aprendiésemos de nuestros errores pasados. Mientras no nos demos cuenta de que a pesar de tanto saqueo, avaricia y arrogancia, y a pesar de gozar de mayor nivel de vida material que nunca, seguimos siendo tan infelices como hace mil años, estaremos cavando nuestra propia tumba.

Eso sí, estará llena de objetos inútiles por los que dimos nuestras vidas.

No hay más que leer los testimonios de gente en su lecho de muerte. De lo que realmente se arrepienten es de no haber amado más, de no haber dado más las gracias, de no haber vivido más su propia vida. De haber vivido una carrera a sprint, de haber esperado a que se pasase la canción de su vida deseando que sonase otra, hasta que se daban cuenta de que esa sería la primera y última, y que más les valdría haber bailado.

—Chorradas. Todos decís lo mismo. Todo lo que proponéis vosotros, los perroflautas, podría predicarlo la propia iglesia. Buen rollo, mundo rosa, y vida en comunidad.

Eso es maravilloso, pero hay que ser realista. Yo también querría vivir en comunismo, cobrando lo mismo que todos aún trabajando menos que los demás.

Pero el único sistema económico que ha logrado funcionar ha sido el capitalismo.

—El único que ha logrado funcionar a pesar de que ha tenido que rediseñarse cada veinte años, a pesar de que incluso sobre el papel es imposible un crecimiento exponencial en un mundo limitado, y a pesar de que sólo favorece a un porcentaje mínimo de la población.

El capitalismo es como un viaje en el Titanic con iceberg asegurado. Incluso los de clase más alta están condenados a morir congelados. Qué decir de los que viajan en las cloacas, que además son la gran mayoría.

—Bueno, bueno, que compares el capitalismo con un viaje en barco habla más de tu pedantería que del capitalismo.

—Pero eso pasa cada vez que alguien abre la boca. Todo lo que dices habla más de tí que de eso a lo que te refieres.

—Sandeces. Eso a lo que te refieres es único, así que lo que dices no tiene sentido.

—¿Y qué te hace pensar que cuando yo veo algo de color verde me refiero a lo mismo a lo que te refieres tú cuando ves algo de color verde? No tienen por qué ser el mismo color.

—El verde es verde. Al pan, pan, y al vino, vino.

—Mi experiencia del pan no tiene por qué ser la misma que la tuya. A eso me refiero precisamente.

—Pero qué estupideces más grandes dices —Donato se había hartado de oír tanta palabrería, porque lo único que hacía era esperar a que su interlocutor terminase de hablar para hacerlo él. Si escuchase, sentiría una experiencia única—.

Entre tanta alusión a la muerte, el fin, la guillotina, y un viaje tan fantástico como real, Rochester-Sorensen hijo se acordó de un poema que había leído hacía tiempo:

“Eres peor que una guillotina.

Desde que te conozco, he perdido la cabeza.

La poca cordura que me quedaba se ha esfumado.

Ahora el que manda es mi corazón.

Mi vida es un constante grito: silencioso a veces, eufórico otras, pero siempre insoportable.

La guillotina, al menos, habría sido el fin.

Tú eres el principio.

Ambos me matáis, pero sin tí no podría vivir.

Por eso te amo con locura.”

Esto hizo que se le ablandase el corazón. Él, que siempre había sido alegre, dulce, y sonriente, se sintió pesado y profundo.

Y le entró la eterna duda que le asolaba desde que tenía uso de razón.

Una vez más, no supo dar respuesta a su pregunta:

“¿Es la alegría superficial y la tristeza profunda?, ¿y si lo son, por qué?”

Rochester-Sorensen hijo decidió hacer caso omiso a su eterna duda. Decidió que a lo mejor sería efectivamente una duda eterna, y se volvió a acordar de ese hombre que le robó de todo, excepto sus posesiones materiales.

Cuando lo conoció, se sintió afortunado.

Afortunado por poder ver que esa preciosidad se sintiese afortunada a su lado.

Sus sonrisas les resultaban contagiosas. No podían evitar flotar cuando estaban juntos.

Perdía la noción del tiempo y la de sí mismo, y su cerebro volaba libre. Se sentía cálido a su lado, se sentía libre y en casa. Era su hogar. Sabía que podría desarrollar su potencial junto a aquella persona.

Al principio, tuvo dudas. Precisamente porque no las tenía. Era tal su convencimiento, que le hacía cuestionarse si realmente estaba perdiendo la cabeza.

Lo único que le ocurría era que nunca se había dejado llevar tanto, y sentía miedo. Sentía esa adrenalina en su interior. Se volvió tan idiota como sabio.

Comprendió que a veces, lo mejor para mantener el control es dejarlo ir.

Y lo reflejó en los versos que escribió en su diario:

“¿Cómo rechazar la vida, aunque lleve implícita la muerte?

Los que sienten pasión, caminan con total convencimiento, y sin embargo, con más dudas que nunca, debido a esta pregunta. El amor que sienten, es tan grande que les hace desaparecer como individuos, les hace dejar a un lado todo lo que creían querer, odiar, amar, necesitar, e incluso temer.

Pierden su identidad.

Esta gente se vacía. Pero se vacía para crecer aún más. No es que desaparezcan, si no que trascienden a su ser.

Y sí, siempre habrá gente que les mire mal; de hecho, yo fui uno de ellos. Es cierto, el amor es como una droga: te hace cambiar, te hace sentir como nunca antes, te vuelve estúpido, apasionado, dubitativo.

Es cierto, sin duda. Nunca lo negué, y nunca lo negaré. Pero ahora lo comprendo:

Si rechazásemos el amor por este motivo, ¿no estaríamos rechazando la vida misma?

¿No se basa la vida en sentir, dudar, amar, fallar y crecer?

Hay gente que piensa que es más sabio no dejarse llevar. Vivir con cuidado, con medida. Ponerse una máscara, o quizás una armadura. Piensan que esta les protegerá, y están en lo cierto.

La pregunta es, ¿de qué les protegerá?

Les protegerá de la vida.

Y por mucho que te protejas de la vida, nunca podrás evitar la muerte.”

Un nuevo efluente surgía dentro de este río tan caudaloso. Un nuevo efluente llamado Narsés. Este había oído hablar de Donato.

Ese hombre y ese nombre le sonaban, por lo que decidió acudir a donde su informador. Un hombre extraño. Un hombre que siempre sabía algo. Un bigote con hombre. Un hombre con bigote. Un hombre llamado Rutherford.

—Buenos días Narsés, hacía mucho tiempo que no venías.

—Sí, Rutherford, sí. Ya sabes como es mi jefe. No me deja nada de tiempo libre. Y para cuando lo hace, estoy reventado de tanto trabajar.

—¿Cómo llamar tiempo libre al descanso forzoso?

—Con irreverencia, y sin respeto. Pero no quiero hablar de eso, y bien lo sabes.

—¿Cómo sabes que sé lo que quieres, si ni siquiera tú lo sabes?

—Sí, Rutherford, sí. Tienes toda la razón. Pero necesito saber algo de Donato, ha secuestrado al hijo de mi jefe.

—¿Y realmente le importa su hijo?

—Me da igual, a mí solo me importa cobrar.

—Por eso nunca lo harás lo suficiente.

—Bien, muy bien. Ahora dime, ¿qué sabes de Donato?

—Bien, Narsés, esta vez te lo pondré fácil: le gustan las anchoas, y no me refiero a las que vienen dentro de latas.

—Supongo que no me darás nada más, ¿verdad?

—Ya te he dado algo más, los buenos días.

—Igualmente. Adiós y gracias.

Y así, Narsés volvió a su trabajo como mano derecha del Conde Rochester-Sorensen, sin informarle sobre sus avances en solitario, precisamente porque no lograba avanzar.

Tardaría mucho tiempo en descifrar a Rutherford.

Los días avanzaban, y los secuestradores y secuestrado, que ya eran uno, como la santísima trinidad, no se decidían.

Mientras Donato se pasaba el día refunfuñando, síntoma de buena salud en él, Rochester-Sorensen hijo iba acercándose a su potencial en aquella cárcel tan liberadora, y Freiton trataba de aparentar saber lo que estaba haciendo.

Su fachada era tan falsa como la objetividad como concepto.

Bien es cierto que daba vueltas a las cosas. Siempre se había sentido un genio.

Claro, para reafirmar su identidad se había rodeado de un séquito de ignorantes aduladores.

Su ego era cada vez más caprichoso, y su autoimagen cada vez más frágil.

Realmente, como todo mal en el mundo, tenía su explicación.

Hay quien afirma lo siguiente:

Todo mal en el mundo ha sido desarrollado en vida. Es decir, nadie nace malvado. En realidad, todos nacemos como pizarras en blanco.

Con una educación y experiencia vital positiva, la gran mayoría desarrolla una personalidad y base moral que más o menos favorece a su comunidad.

En cambio, los que se encargan de hacer el mal, han llegado a ese punto debido a una vida dura, experiencias perturbadoras, o percepciones nocivas.

Es decir, todo el mundo es responsable de sus actos, sí, pero ha de entenderse lo que ha llevado a una persona a hacer daño a su entorno, para poder solucionarlo en el futuro.

Mediante este planteamiento, se fomenta el cariño y la comprensión en

vez de el odio y las diferentes fobias.

Ni siquiera se trata de que sea cierto o no, siempre que tenga un impacto positivo en la vida de personas concretas y el mundo en general.

Por lo tanto, ante un comportamiento sancionable, debería considerarse lo que ha tenido que vivir esa persona para llegar a hacer daño a un semejante, teniendo en cuenta que nació como una pizarra en blanco, sin ninguna maldad.

Este planteamiento destruye por completo la raíz de los prejuicios, y por lo tanto sus corrientes máximas como son el racismo, el machismo y la homofobia por ejemplo.

Por lo tanto, sería interesante analizar y explicar la historia de Freiton, para explicar qué le hizo llegar a ser lo que era.

Freiton era hijo único. Su padre, padre único. Y su madre también.

Su padre era una de esas personas que se empeñaban en hacer ver que todo iba bien. Era uno de los mejores bailando sobre mierda.

Sabía de la importancia de las apariencias, y por eso se juntaba con gente a la que el dinero le sobraba. Para mantener su círculo social, llegó a

perderlo todo, incluso su identidad.

Todo esto, claro, lo hacía por el bien de su hijo.

Pero no se dio cuenta de que le estaba enviando un mensaje equivocado. Su hijo no solo heredaría sus posesiones, si no que también su modo de vida.

Esto hizo que el pequeño Freiton fuese un megalómano empedernido, y sobre todo, un sociópata. No le importaba la gente, solo veía meros instrumentos para lograr sus objetivos.

¿Era culpable de ese crimen? Sí, pero no. Sin duda tenía su parte de responsabilidad, pero mientras su cerebro era como una esponja, lo único que percibió como ejemplo a seguir era eso.

La gente que se cree que está por encima de sus circunstancias es, como poco, ingenua.

Pero dejando al margen la ausencia o presencia de culpa en la formación de su persona, seguiremos explicándola.

Debido a que su padre había cuidado tanto las apariencias, él creció sintiendo que era más importante aparentar que ser.

De ahí su esnobismo. Le encantaba sentirse superior, como yo cuando he escrito la palabra esnobismo, que lo creas o no, se escribe así en castellano.

Freiton se hacía llamar Doctor Freiton, como habrás comprobado. Solo lo compraban Donato y su vecino el cura, pero se hacía llamar así.

Esto encajaba mucho con su necesidad de sentirse superior a los demás.

Todo para él era apariencia, fachada, provecho, beneficio... todo para él era postureo.

Y por eso odiaba el sistema, porque veía su rostro reflejado en él.

Porque, para ser sincero, aquel sistema de por sí ya era bastante repugnante, como decía el famoso Florentino Ridapiel en una de sus más faraónicas reflexiones:

“Dicen que vivimos en democracia. Genial, maravilloso.

Las constituciones de esos países autoproclamados democracia son preciosas.

Como siempre, huele a gato encerrado.

Sí, la gente vota, sí. ¿Para qué? Buena pregunta.

Se mantiene un statu quo desde que empezaron las elecciones. Un statu quo al que llaman estabilidad, y al que tanto vanaglorian los medios de comunicación.

“La estabilidad es necesaria para la democracia” dicen. Por supuesto.

¿Cuál fue la última vez que hubo una mejora sustancial en los derechos de la clase asalariada?

Sí, ahora lo recuerdo. No hubo votaciones. Fue en Chicago. Fue “el día del trabajador”, ahora llamado “el día del trabajo” en los Estados Unidos.

Sutil.

Cinco personas fueron condenadas a muerte y posteriormente ejecutadas en la horca por participar en unas manifestaciones multitudinarias a favor de la jornada laboral de ocho horas.

No creían en las urnas, y querían un cambio real.

Recibieron una buena dosis de democracia.

Y se encargaron de que no volviera a suceder. Los grandes medios de comunicación empezaron a dar un valor tan trascendental a ir a votar, que hacen sospechar que sea intrascendental.

Quieren hacer sentir a la gente que está cambiando el mundo cada vez que deposita un voto.

A esa gente que no cree que vaya a cambiar nada, pero aún así se siente aliviada y poderosa al depositar su voto.

Les prometen derechos y libertades, libertades y derechos. Qué generosos.

¿De qué le sirve a un ciego el derecho a la vista?

¿De qué le sirve a un manco el derecho a tener dos brazos?

Absolutamente absurdo, ¿verdad?.

A nadie se le ocurre no adaptar el mundo para los ciegos cuando hay tantos, y además, no eligieron serlo.

Son personas, como todos, y merecen vivir en condiciones dignas. Un discurso absolutamente democrático que no se aplica a los que no nacen ricos, es decir, al noventa y nueve por ciento de la población mundial.

También son muchos.

Tampoco lo han elegido.

No tienen culpa de haber nacido pobres.

Y además, hay que tener en cuenta, como se ha comentado anteriormente, que al nacer somos poco más que pizarras en blanco. Estos niños y niñas recibirán educación para pobres, impartida por pobres.

La probabilidad de que se mantengan toda su vida pobres es tan alta y tan obvia, que los medios intentan hacernos creer lo contrario. "No, la gente rica no nace, la gente rica se hace".

Si vivimos en un mundo en el que la política está al servicio de la economía como lo demuestra el caso Syriza, ¿para qué votamos?, ¿por qué nos hacen creer que tenemos la posibilidad de elegir?

Educan a sus esclavos.

Esos esclavos modernos que tienen que pagar por sus celdas, que tienen que venderse cada día en el mercado laboral. Esos esclavos, que a diferencia de los antiguos, y gracias al paro o "ejército industrial de reserva", no tienen la supervivencia asegurada como individuos.

Esos esclavos que gracias a la corrupción y a la excesiva institucionalización de la política no quieren saber nada de ella, ya que no se sienten partícipes. Se convierten así en "apolíticos"; exactamente igual que los que al ser preguntados si son protaurinos o antitaurinos responden que ni lo uno ni lo otro, y mientras ellos viven en su limbo, los protaurinos siguen matando toros.

Y volviendo a la pregunta que ha abierto esta reflexión,

¿De qué le sirve a un ciego el derecho a ver, si no puede ejercerlo por falta de visión?

¿De qué le sirve a alguien que ha nacido pobre el derecho a la vivienda, a la sanidad y a la educación si no puede ejercerlo por falta de dinero?

Gracias por nada. Perdonadme por cuestionar vuestra estabilidad tan inestable."

[FIN DE LA CITA]

—Mariano Rajoy

Capítulo X

“Ante la parálisis, acción” debió de pensar el Conde Rochester-Sorensen.

No tenía noticias de su hijo ni del jilguero desde hacía una semana.

Si no le decían nada hoy, ordenaría a sus hombres atacar.

Había dispuesto un contingente de veinte personas alrededor de la casa de su hijo.

La verdad es que le preocupaba más su secreto que la vida de su hijo, pero de esta forma mataría dos pájaros de un tiro, porque quedaría como víctima, salvaría su imagen de hombre de bien, y se mostraría como salvador de su hijo.

Normal que la gente diga que los malos suelen ganar.

Otros dicen que “venceréis, pero no convenceréis”.

Algunos ilusos son más de "ni venceréis ni convenceréis. No hemos venido a resistir, hemos venido a ganar".

Pero el Conde Rochester-Sorensen, por propia experiencia, era más de "la banca siempre gana".

Realmente, sería justo decir que todo el mundo estaba montado alrededor de dicho concepto.

Por eso se necesitaba crecimiento constante.

Si la economía capitalista se basa en el flujo de dinero que provocan los más adinerados, estamos ante una partida de Póker, en la que por supuesto, no todos empiezan con las mismas fichas.

Los ricos empiezan con la gran mayoría, pero para que quieran jugar, debe haber suficientes fichas que puedan ganar. Si se hacen con todas las fichas, el juego se acaba.

Por eso hace falta crear nuevas fichas, para que puedan seguir robando fichas en ese juego trucado.

Es decir, hace falta crecer para que no se acabe el juego.

Porque si el juego se acaba, además, los pobres se darán cuenta de quién ha ganado, y sobre todo, se darán cuenta que lo han perdido todo.

Es por esto por lo que cada vez se normalizan más recortes de nuestros antiguos derechos.

Por ejemplo, trabajar cerca de donde vives ya no es un derecho. Tener un trabajo estable ya no es un derecho, como bien lo explica el presidente de la CEOE.

Eso sí, todas estas nuevas normalidades, siempre contra la clase asalariada.

Y es que, para robar las máximas fichas que proceden del beneficio generado por el esfuerzo de la clase trabajadora, hay que exprimirla al máximo. Hay que recortar para competir.

Es por esto que se dice que los pobres han vivido por encima de sus posibilidades.

Y hasta que la gente de una población no se dé cuenta de que para competir en un mercado liberalizado y globalizado ha de subyugarse, seguirá siendo carne de cañón del capital.

Pero claro, todo esto solo estaba en la mente del autor. No en la del Conde Rochester-Sorensen, quien, espoleado por su orgullo de vencedor invencible, tomó una decisión, ya que el tiempo pasaba implacable y no

recibía ninguna respuesta: la hora había llegado.

Decidió actuar.

Llamó a su gente, y dio la orden:

—Narsés, llama a mis perros.

—De acuerdo, señor.

—Ya estamos aquí, señor. ¿Qué es lo que quiere que hagamos?

—Bien sabéis, perros, que solo servís para dos cosas: comer y morder.

Hasta ahora os he dado de comer. Ahora sabéis lo que toca.

—¡Señor, si señor!

—Muy bien, perro alfa, no me falles y te recompensaré.

—¡Ya habéis oído perros!, ¡No hay tiempo que perder!

Freiton y Donato no eran conscientes de que sus vidas estarían en peligro en breves momentos.

Tuvieron suerte. Un imprevisto les ofreció un tiempo valiosísimo: este capítulo terminó aquí, y mientras tú pasas de página ellos tendrían tiempo

para reaccionar.

Pero no lo aprovecharon.

Siento haberte creado unas expectativas tan altas, pero a estas alturas de la historia deberías haber aprendido una lección sobre el manejo de expectativas. Al final, como has podido comprobar, este libro también sirve para educar a la gente.

Tranquilo, no me des las gracias, ya has pagado por él.

Si no es así, arderás en el infierno.

Así que tendrás el placer de conocerme.

Si es que para entonces el infierno no se ha derretido debido al calentamiento global, claro.

Volviendo a la apasionante trama que estamos tratando en este seminario online gratuito sobre "desaceleración acelerada", es necesario darse

cuenta de que Donato y Freiton estaban a punto de ser acribillados.

Era cuestión de tiempo.

Los perros del Conde Rochester-Sorensen estaban de camino.

Sigilosamente, se acercaba el fin de esta historia.

Unos veinte hombres trajeados y con gafas de sol, cómo no, se acercaban a la mansión donde tenían recluido a Rochester-Sorensen hijo.

Cada uno portaba un arma pequeña; había desde cuchillos hasta pistolas.

Caminaban seriamente, y con absoluta convicción. Iban tan seguros de sí mismos que la muchedumbre se apartaba ante ellos.

Se sentían implacables, y querían demostrárselo al mundo.

Mientras tanto, en la mansión, Freiton y Rochester-Sorensen hijo esperaban, hambrientos, a que volviese Donato, que había ido a por chorizo.

Una vez más, y a pesar de estar a punto de fomentar el maltrato animal,

la suerte estaba de su lado.

Aunque Donato era muy bueno dejando pasar trenes.

Se encontró con el antiguo número dos de Gerónimo el Charcutero, que precisamente también era charcutero.

—¡Hombre!, ¡¡Donato!!

—¡Te juro que ha sido sin querer!

—¿¿Qué??

—Ehm... nada. Nada que tenga que ver con robar chorizo.

—¿Qué?

—Nada, que el chorizo que tengo debajo del chaleco voy a pagarlo en caja.

—Ah... bien, como debe ser...

El pobre charcutero no lograba entender nada.

—¿No sabes quién soy? —estaba entusiasmado de volver a encontrarse con Donato, ex líder de su partido—.

—Sí, claro... pero no me acuerdo de tu nombre.

—¿En serio?

—Ni de tu cara. Ni de tu voz. ¿Seguro que sabes quién eres?

—Sí, ya sabes, ¡soy de Democracia Absolutista!

—Oh, que bien —fingió tan bien como actúa un actor porno, pero al charcutero le pareció suficiente aún siendo consciente de su baja calidad, como hacen los que lo consumen—.

—¡¡Sí!!

—Una pena, ese partido necesitaba un líder como yo, por eso se disolvió.

—¡Pero si seguimos en pie!

—¿Ah, sí?

—¡Claro!

—Pues vale.

El charcutero se avergonzó.

—Bueno, pero la verdad es que dejaste huella.

Fuiste el líder más reaccionario que nunca tuvimos, y ya sabes nuestro lema, "cada acción provoca su reacción".

—Sí, claro, ya me acuerdo.

—Fueron días gloriosos, la verdad.

Ahora estamos intentando volver a recuperar esa radicalidad, pero no tenemos ninguna meta por la que luchar. Tu sombra es muy larga.

—Lo sé, me lo han dicho a menudo.

Ese hombre admiraba a Donato. Dime a quien admiras y te diré quien eres.

—Pero bueno, la verdad es que todavía me debéis una. Huisteis como ratas en el momento más crítico.

—Sí, es cierto. Pero hemos hecho muchas cribas. Hemos tomado la frase que dijiste como línea a seguir: "las diferencias internas se resuelven a

cañonazos”.

—Bien, estáis progresando. Si seguís así, os daré más claves.

—Muchas gracias Donato, te estaremos agradecidos eternamente. Aún lo recuerdo como si fuera ayer, cómo gritábamos “¡Donato para el califato!”.

—Si me estás tan agradecido supongo que me regalarás el chorizo...

—Ehm... —miró hacia ambos lados— vale, toma lo que necesites.

Donato, por supuesto, cogió tres chorizos enteros y cuatro jamones Veinte Jotas, y cuando empezó a caminar hacia la salida, se oyeron dos disparos.

—iiiSí!!!, iiiescaramuza!!! —Donato se sintió excitado por el olor a pólvora—.

Claro, este hombre amaba más la violencia que el gorroneo, así que soltó todo lo que llevaba encima, y se acercó corriendo al lugar del que provenía el sonido.

Por supuesto, antes de ir marcó territorio:

—¡¡Como a alguien se le ocurra tocar los chorizos o los jamones, se oirán más disparos aquí dentro!!

Tuvo la suerte de que el charcutero corrió tras él, en busca de aventuras, a perseguir molinos, como diría el no manco.

—¡Espera, Donato!, ¡yo también voy!

Entonces descubrieron el pastel. Y es que pasaron por una panadería en la que hacían confitería de la buena, y estaban preparando un pastel de chocolate delicioso.

Por supuesto no era eso lo que buscaban, así que siguieron hacia adelante, hacia donde olía a gato encerrado, y una vez en el refugio de animales, tomaron el camino que les dirigía hacia donde parecía haberse cometido un crimen.

Por fin, llegaron a la entrada de la mansión.

El charcutero, llamémoslo Ataúlfo, dado que yo tampoco me acuerdo de su nombre, llamó a los hidalgos de Democracia Absolutista:

—¡Hidalgos!

—Dispara.

—Precisamente eso.

—¿¿Qué??

—¡Disparos!!

—¡¡¡Sí!!! —grito al unísono en el cuartel de Democracia Absolutista—.

—¡Sabía que os encantaría!

—Pero, ¿dónde?

—Cerca de mi charcutería.

—¿Llevamos armas?

—¿No, verdad? —la ironía hizo que se measen de risa. ¿Los hidalgos sin armas? ¡Venga ya!—.

—Vale, entonces no llevamos el arcabuz un poco disimulado en la gabardina y un cuchillo en el bolsillo lateral, ¿verdad?

—Y tampoco munición como para acabar con toda la humanidad.

—¿Munición que no está en el garaje, verdad?

—No. La munición donde no está es en el baúl amarillo.

—Vale, perfecto. Pues hasta ahora.

Era obvio que al enterarse de que estaba con Donato en una misión posiblemente sangrienta, decidirían acudir cuanto antes.

La batalla estaba a punto de comenzar.

Nos encontramos aquí, en directo desde la mansión de Rochester-Sorensen hijo, y estamos listos para presenciar un apasionante duelo entre estos dos combinados.

De negro, vestidos con traje y gafas de sol, los esbirros del Conde Rochester-Sorensen.

De todos los demás colores, vestidos con harapos y sin ellos, la banda de Donato y Freiton.

Estamos a punto de observar los minutos que hagan falta de este duelo que marcará un antes y un después en la historia.

Una lucha de estilos que resume la vida misma, y que levanta tantas pasiones que a pesar de que se disfruta con los cinco sentidos, se vive con el corazón.

Un duelo apoteósico que va a comenzar dentro de poco, ¡y en el que solo puede quedar uno!

Mucha suerte para ambos bandos, y ¡esperemos nos ofrezcan una buena tarde de violencia!

Así es como narraría Momolo Lomo este pasaje.

Algo más apasionado si "el bocho" estuviese presente, a decir verdad.

Entendiendo pasión como vergüenza ajena, claro.

Pero bueno, gracias a Yaveh, existen las discrepancias. Y yo lo haré a mi estilo.

No es que sea mucho mejor, ¿verdad?.

Ahora, contestando a esta pregunta es cuando espero que me eches flores. Nada de claveles eh, échame rosas y no me seas gorrón, maldito pobre.

Pero nuestros protagonistas no estaban para flores.

La muerte estaba próxima. Más que nunca, y tanto como siempre.

Freiton y Rochester-Sorensen hijo estaban alucinando. Habían oído un disparo.

Cómo no, Freiton dedujo que se trataría de Donato, y salió al balcón de la mansión a mirar para echarle la bronca.

Cuando miró hacia fuera, su corazón se heló.

Había descubierto a los hombres del Conde Rochester-Sorensen, y ya habían cruzado la puerta exterior del jardín.

El tiempo se estaba agotando, y no sabía nada de Donato.

Para más inri, no llevaba ningún arma encima.

Cuando volvió adentro, Rochester-Sorensen hijo estaba tan asustado como él:

—¿Qué pasa, Fre..., digo, Doctor Freiton?

—Esté será mi último día, vienen a por mí.

—¿Quiénes?!

—La gente de tu padre. Y yo no tengo con qué defenderme.

—¿Y tu dialéctica?

—Es de las mejores, pero no se puede derribar un muro con palabras.

—Pero se puede convencer a alguien para que lo haga.

—Eso es solo una variante. No se puede derribar un muro con palabras, y punto.

—Para tí la perra gorda.

—Muy bien. Aún así, estoy acabado.

—Tranquilo, les diré que me trataste bien.

—No, eso nunca funcionaría. Pensarían que yo te he dicho que lo digas.

—Hmm... ¿Entonces?

—Ya te lo he dicho, es el fin. Mi fin.

Los perros estaban a punto de entrar al interior de la mansión, ya estaban en el jardín.

El tiempo parecía haberse detenido dentro.

Freiton, esperaba muy poco estoicamente su muerte, justo al contrario que Sócrates.

El futbolista no, el otro.

Sus potenciales sicarios estaban tranquilos, sabían que solo tenían que encargarse de dos personas, y la superioridad numérica les hacía sentirse poderosos.

Como pasa con cualquier tribu urbana, lamentablemente.

La llave que les había dado el Conde Rochester-Sorensen no funcionaba.

Tendrían que derribar la puerta.

Como ves, todo este libro es una preciosa guía sobre arietes.

Como no tenían ningún arma suficientemente voluminosa como para ser usada para tirar la puerta, aquello se convirtió en una competición de a ver quien era más macho, o dicho de otra forma, quién era más arrogante, es decir, estúpido.

Cuando por fin consiguieron derribarla, volvieron a recuperar su rostro

serio e inexpresivo.

La casa estaba en silencio.

Como bien sabrás, el silencio es probablemente el sonido más desgarrador, y cometieron el ultraje de romperlo por no poder soportarlo.

—¡Hoy cobraremos doble señores!

Su grupo se rió a carcajadas.

No porque les pareciera gracioso, si no porque era el jefe, y creían que riéndole las gracias conseguirían un ascenso.

Puede que incluso estuvieran en lo cierto.

—¡Sí señor!, imañana podremos cenar un buen puré de espinacas!

—Sabes apreciar lo que es bueno.

—Por supuesto, como por ejemplo la belleza de tu hija.

—¿Qué insinúas?!

—Es una chica muy bonita: buena persona, simpática y graciosa.

—Ah, sí, gracias.

Mientras esta nueva atmósfera de compañerismo rancio se desarrollaba, había unas sombras que estaban a punto de cernirse sobre ellos, unos gatillos que estaban a punto de ser accionados, e infinita rabia que estaba a punto de ser desatada.

Una vez más, el silencio fue rotó por una oda a la estupidez humana:

—¡¡¡Donato para el califato!!!

Las trompetas de Jericó empezaron a sonar.

El día del juicio final había llegado.

Por desgracia, el dios que hacía de juez en este momento tan crítico, era el más delincuente de todos los que iban a ser juzgados.

Hubo una gran nube de humo, provocada por los disparos de los arcabuces de la gente de Democracia Absolutista.

—¡¡Muerte a los perros!! —gritó Donato—.

—¡¡Sí!!, ¡¡esta noche cenarán en el infierno!!

—¡¡Coliflor!! —Donato no estaba dispuesto a mostrar ni un ápice de piedad—.

Los hombres de negro, cuando vieron su vida peligrar, dejaron a un lado

su implacabilidad, y empezaron a correr como pollos sin cabeza.

—¿Qué pasa, Donato?

—¡Da igual!, itú sigue cargando y cuando puedas vuelve a disparar!

La gente de Democracia Absolutista empezó a recargar sus armas.

Media hora más tarde, cuando habían terminado de hacerlo, se dieron cuenta de que se habían quedado solos; tanto que Donato había desaparecido, y también se dieron cuenta de que acababan de obtener su primera victoria.

Más tarde se darían cuenta de que también sería la última, pues la vida no es más que una guerra eterna que nunca se puede ganar, ni perder.

—iiiHurra!!!, iihemos vencido!!

—iiiSí!!!, iisomos los mejores!!

—iiiDONATO PARA EL CALIFATO!!!

Pero el nuevo carnicero puso orden.

—Muy bien hidalgos, ahora hay que comprobar que el amigo de Donato está bien.

—¿Y cómo sabemos quién es? No lo conocemos.

—Tranquilo, si hay más de uno, haremos cara o cruz, y mataremos a los que haga falta hasta que quede uno.

—Me parece correcto. Que decida la fortuna.

—Sí, la naturaleza es sabia. Ahora, ¡adelante!!

Los hidalgos corrieron hacia dentro, derribaron la puerta, y subieron arriba.

Se encontraron con Rochester-Sorensen hijo amordazado.

No había nadie más en la sala.

Capítulo XI

Nadie sabía nada. Pero esta vez, todos lo asumían. Estaban avanzando.

Rochester-Sorensen hijo, amordazado, se encontraba con gente a la que no había visto en la vida; le miraban igual que él a ellos.

Ninguna de las dos partes sabía que debía hacer.

Tras unos momentos entrecruzando miradas, silbar para asesinar el silencio y no caer ahogados en la angustia del conocimiento del propio desconocimiento, decidieron quitarle el calcetín de la boca.

Dedujeron que era Freiton, ya que Donato no les había hablado de nadie más dentro de la mansión.

—¿Eres el Doctor Freiton?

—Sí.

Las dudas se zanjaron. Estaban ante su hombre. Habían salvado al mejor amigo de Donato.

El pobre Rochester-Sorensen hijo les había engañado, y no sabía ni por qué. En realidad, se dejó llevar por su intuición, y esta le salvó la vida.

Los hidalgos de Democracia Absolutista creían que estaban ante su segunda victoria.

Así es la vida, cuando todo parece ir bien, puede que esté yendo peor que nunca. Y cuando todo parece ir mal, más vale perder el miedo a

mancharse de mierda.

Si huele a gato encerrado puede que no haya gato, pero seguro que no habrá rosas.

Bien sabía esto Schrödinger, que decidió llamar "Tic" a su gato. De este modo, cada vez que conducía en coche y accionaba el intermitente, se acordaba de él, que igual que la luz del indicador, desaparecía y aparecía a partes iguales. Puede que incluso a la vez.

Mientras la gentuza de Democracia Absolutista charlaba con Freiton, este, a suficientes kilómetros de ahí, hablaba con Donato.

Parecía el propio Jimmy Jazz, o "Tic".

—¡Bien jugado, Doctor!

—Gracias Donato, he estado muy vivo, sí.

—Desde luego.

Freiton había tenido un repentino ataque de cobardía que acabó siendo una gran idea, visto con perspectiva.

Cuando oyó los disparos en la entrada de la mansión, decidió huir, y cuando Donato corrió tras él para disparar y se dió cuenta de que era su amigo, decidió escapar con él.

Ahora estaban comiendo un bocadillo de chistorra. Tirando la casa por la ventana.

Freiton estaba generoso, y decidió invitar a su amigo.

Como bien dice el refrán, a las personas se les conquista por la tripa, y Donato, aunque nunca fuese a admitirlo, estaba harto de los bocadillos de aceitunas.

—iiiDelicioso!!!

Una vez más, hacía temblar todas las copas de cristal que había en ese bar, debido a su exagerado volumen.

Freiton no se lo echaba en cara porque sabía que estaba orgulloso de ello.

Era un auténtico voceras.

El camarero entró en escena.

—Por favor, ¿podría usted bajar el tono?

—¿PODRÍA LLOVER SI NO HUBIESE AGUA?!, ¡¡¡la misma respuesta se aplica a tu pregunta!!!

—Podría llover ácido sulfúrico. De hecho es el futuro del progreso humano.

—¡No!, porque las nubes se desintegrarían, y el cielo ardería. ¿No ves que el ácido sulfúrico es corrosivo?

—¿Pero qué dices? Maldito ignorante...

—Qué sabrás tú, que has acabado como camarero, trabajo de paletos...

La pareja que tenían al lado empezó a recoger sus bártulos, ante lo que el camarero decidió actuar y no quedarse quieto.

—¡No!, ¡ustedes se quedan!

—Pero... ya hemos terminado.

—Me da igual. ¡Invita la casa a una chupito!

No estaba dispuesto a perder más clientela por culpa de chusma como Donato, bastante había perdido al eliminar las aceitunas gratis.

—Pero... nos tenemos que ir... —no era una persona muy asertiva—.

—¿A qué viene tanta prisa de repente?! —Donato entró en la conversación—.

—Vale, vale... nos quedamos...

—No, yo no, si te quedas aquí, ¡lo nuestro se ha acabado! —su pareja era

algo menos pasiva—.

—Bueno, pues nos vamos, cariño...

El ambiente era eléctrico, saltaban chispas, como en una copa Komani.

—Como des un paso más, ¡ino vuelves a entrar aquí!!

—¡¡¡Bien dicho!!! —Donato disfrutaba del espectáculo que él mismo había provocado—.

—Entonces... venga cari, que nos invitan a una copa —Su tono de súplica daba vergüenza ajena—.

Su pareja no daba crédito, le ofendía darse cuenta de que se había casado con una persona tan imbécil. Si ya de por sí casarse no fuera suficiente contra sus principios, ¡lo hizo con una persona imbécil!

—De copa nada, era un chupito —el camarero no se iba a dejar mangonear tan fácilmente—.

—Bueno, pues mira, un chupito gratis.

—¡Adios!, ¡ino te aguanto más!

Cuando su pareja se hubo ido, esta persona se quedó sola. Pero esto todavía no había terminado.

—Bueno, al menos me he ganado un chupito.

—¿De qué lo quieres?

—De Vodka.

—¿Vodka con sabor a qué?

—Sabor a patata, el normal.

—No me seas indecente, y tómate un buen Vodka con sabor a chorizo, el buen Centrilion.

—No, me gusta más el típico, el de sabor a patata.

—¿Qué sabrás tú?, ¡¿a mí me vas a decir?!

—Vale, vale. Sácame un chupito de Centrilion.

El camarero le sacó el dichoso chupito con gran ceremonia. Se sabía protagonista.

Le sirvió de una botella preciosa y muy antigua, con una majestuosa cara de elefante dibujada en su etiqueta. Era una botella de Centrilion, por supuesto. Solo la botella.

—¡¡Pero si esto es agua!!

—Solo hemos especificado de qué lo querías, no de qué sería el chupito.

Donato empezó a partirse el culo, a unos 140 decibelios, como el leñador que se sienta en su hacha, o más o menos lo que vendría a ser el afilador cantando en una banda de heavy metal.

—Bueno, al menos ha sido gratis. Ahora sí, me voy.

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—El chupito ha sido gratis, muy cierto. Pero el servicio de terraza tienes que pagarlo.

—Venga, vale, tienes cierta razón. ¿Cuánto es?

Mientras ocurría este desfalco ante la ciudadanía pasiva, como suele ocurrir otras tantas veces, Donato y Freiton volvieron a su conversación.

—Maldito idiota, si tuviera armas sería más respetado.

—Sí, Donato, pero el miedo no es la mejor fuente de respeto.

—¿Hay alguna otra fuente de respeto o qué?

—Sí, por supuesto. La admiración por ejemplo. Y muchas más.

—¿Cuántas más?

—Muchísimas. Por ejemplo, el respeto por simplemente ser un ser vivo. Y muchas otras. Pero no hay tiempo —lo que no había era sabiduría para seguir hablando de algo que ignoraba— así que vamos a pensar en nuestro caso.

—Bien dicho Doctor. Ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Es una buena pregunta Donato, sin duda. Pero la respuesta no es

sencilla. Por eso mismo es una buena pregunta. No sé...

—Seguimos sin el dinero...

—Cierto. Tenemos que volver a por la recompensa.

—¡Sí!

—Pero claro... no parecían muy dispuestos a pagar...

—Pensaban pagarnos con plomo.

—Y el plomo cotiza a la baja, como bien desconoces.

—Efectivamente.

—Desde que dejó de utilizarse como maquillaje.

—¿Eso fue hace mucho?

—Cuando empezó a respetarse a la gente.

—Ni idea de cuando pasó eso...

—Eso no lo sabes y da igual, pero lo que sí deberías saber es que tenemos que volver a la mansión de Rochester-Sorensen hijo.

Una vez más, Donato se sentía con esa asfixiante sensación de caminar sin saber en qué dirección lo hacía. No sabía en qué consistía el plan, pero sabía que él estaba incluido en él.

Cada vez que llegaban a un cruce, él tomaba una dirección, y Freiton le corregía. Este creía que su amigo, al final, se había vuelto tonto del todo.

Pero no, simplemente es que se creía que era mejor fingir saber aún siendo ignorante, que atreverse a preguntar. Lástima que nadie le hubiese enseñado aquella famosa frase que decía "si preguntas una vez, serás ignorante una vez, si no preguntas nunca, serás ignorante por siempre".

Lo más curioso de todo, es que Freiton tampoco sabía en qué consistía el plan. Decidió avanzar, ir primero, para erigirse como líder. Lo cierto es que Donato lo admiraba lo suficiente como para no considerarlo inferior, pero en cambio se despreciaba a sí mismo lo suficiente como para considerarlo superior.

Decidió volver a la mansión; era el único lugar en el que tenían algo que ganar. Como suele pasar habitualmente, también era, por lo tanto, el lugar en el que tenían más que perder.

Cuando llegaron a los alrededores de la mansión de Rochester-Sorensen hijo, descubrieron a otra horda de hombres vestidos de traje y con gafas de sol dirigiéndose hacia la mansión. Por lo visto habían enviado refuerzos.

—¡¡Doctor!!, ¡mira a tu izquierda!!

—Sí, ya los había visto —por supuesto, era mentira—.

—¿Qué vamos a hacer?

—Llegaremos antes que ellos.

Caminaron rápidamente, y les sacaron una ventaja significativa. Se dieron cuenta de que aquella gente decidió parar a descansar, ya que con aquellos trajes negros estaban sudando como personas sudorosas.

Esto les hizo cambiar de estrategia al llegar a la entrada de la mansión.

—Donato, yo me quedaré aquí... vigilando, ya sabes... —ni él mismo se creía su propia excusa, pero Donato sí—.

—Muy bien Doctor.

—Tú ve dentro, sabes lo que tienes que hacer.

—Sin duda —sin duda, no—.

—Te avisaré si se acercan.

—Gracias, Doctor.

—De nada. Ahora ve ahí. El mundo recordará tu nombre por esta hazaña que estás a punto de hacer.

Donato fue hacia dentro. No sabía cual era su misión pero desde luego su obsesión le obsesionaba, y decidió dejarla fluir.

—¡¡Donato!! —cuando le vieron, los hidalgos de Democracia Absolutista se exaltaron como el buen ateo al morir y descubrir que no hay cielo ni infierno—.

—Hola, tengo que pedirlos una cosa.

—Tus deseos son órdenes.

—Necesito dinero.

—¿Cuánto?

—Necesito veinte mil euros.

—Pero... ¿para qué?

—Ehm... es por el partido... sí, ¡por el partido!

—¡Entonces está hecho!

—¿Sí?

—Sí. Tenemos una caja fuerte en el garaje del cuartel del partido. ¡Ahí tienes lo que necesitas y más!

—¿¿Mucho más??

—Bueno... más de veinte mil ya hay. Poco a poco, ya sabes.

—Sí, sí. Ya se que os fiáis de mí.

—Sin duda, ¡eres nuestro líder espiritual!

—Muy bien, iré allí.

—¡Ey!, pero tenemos a tu amigo aquí, el Doctor Freiton.

Donato miró al pobre Rochester-Sorensen hijo, que de pobre lo tenía todo, excepto el dinero.

Pero en ese momento, con la vista nublada por el sonido del dinero, le importaba más bien poquito.

—Sí, luego volveré a por él. Gracias.

En este preciso instante, deberían haberse preocupado. Cuando una persona con ningún modal decide decir gracias, es que está tramando algo muy gordo.

No lo conocían lo suficiente. Simplemente, se habían enamorado de su reflejo, igual que pasa cuando te enamoras de tu vecina, la hija de Miguel el panadero.

—¡Adiós Donato! —lo despidieron todos juntos, con sinceridad—.

Se quedaron atontados ante la grandeza de aquel hombre. Y cuando al salir, cerró la puerta, se dieron cuenta de su tontería, y empezaron a hablar del tiempo.

Donato salió de la mansión feliz como una perdiz.

Una pregunta que le surge al autor, si las perdices se casan y viven perdices... ¿comen felices?

—Rápido Donato, ¡ya se acercan los hombres trajeados! —Freiton le metió prisa para evitar la muerte inminente—.

—Vámonos pues, ¡vamos a recuperar nuestra recompensa!!

—¿Cómo?!

—Tú me lo has enseñado, siempre hay que tener un as bajo la manga.

—Sí, ya sabes, sé simpático y amable con todo el mundo, pero si algo va mal, ten un plan para matarlos a todos.

—Sin duda cierto.

Los dos hombres marcharon caminando hacia el cuartel de Democracia Absolutista.

A Donato le habían dado las llaves, porque confiaban en él, así que volverían a cobrar la recompensa original más lo que hubiese en la caja de más.

—Por eso Donato, tienes que aprender a escuchar cuando te hablo. No es que yo no quiera escucharte a tí, es que tienes mucho que aprender de mí. Y poco a poco vas comprobando que estoy en lo cierto.

—Por supuesto Doctor, es algo que aprendí pronto.

—La verdad Donato, es que si fueras un poco más listo, no serías tonto.

—Gracias Doctor, te agradezco de corazón que me digas esas cosas.

Por supuesto, todo este mundo rosa que pintaban se debía a que estaban de subidón. Iban a recuperar el dinero habiendo incumplido la misión.

Empezaban a apreciarse mutuamente.

Cuando estuvieron a punto de expresárselo el uno al otro, llegaron al cuartel de Democracia Absolutista. Puede que nunca más fueran a tenerlo tan fácil. Bien deberían saber que las oportunidades perfectas no existen, y que "hay que beber de la fuente cuando hay agua, no cuando tengas sed".

Pero bueno, todas estas palabras son como lágrimas en el mar.

Llegaron al cuartel. Estaba absolutamente vacío. Esto jugaba a su favor, obviamente.

Entraron al garaje, que estaba lleno de armas antiguas. Arcabuces, mosquetones, y bayonetas.

Todo estaba lleno de polvo. Podría decirse que alguien se puso las botas ahí, pero dejando esos rumores a un lado, podría describirse afirmando que era un lugar oscuro, lúgubre.

Casi no había luz, solo la poca que se filtraba por las ventanas, que provocaba unas sombras inverosímiles. Realmente parecía un lugar perfecto para cometer un crimen.

Y bueno, a decir verdad, eso era precisamente a lo que nuestros protagonistas habían venido.

A saquear, como hacía Atila según los occidentales, o Cayo Julio César según los Galos.

Encontraron la caja. Era gris y áspera, como todo lo que se empeña en acumular dinero por acumularlo.

La abrieron, y los ojos les empezaron a brillar. Donato sintió presión en su pantalón de la ilusión que le hizo semejante descubrimiento.

—iiiYuju!!!

Sacaron todo lo que había, que les habían dicho que superaba los veinte mil, pero resultó estar mucho más cercano a los veinte mil de lo que se esperaban.

Habían recuperado la recompensa, pero querían un extra que se quedó en calderilla.

—iiiOh dios!!!, iinos han engañado!! —Donato se sintió estafado—.

—No culpes a dios, él no tiene la culpa —alguien contestó a su espalda—.

Los dos hombres se giraron, y ahí lo descubrieron.

Borislav les había estado observando. Ahora, les miraba con una sonrisa en su boca, y dos sacos en sus manos.

Capítulo XII

El silencio se apoderó de la sala.

Freiton y Donato no sabían qué hacer. Borislav tampoco, por eso sonreía.

—Buenos días camaradas. Como dice el refrán de mi tierra, todo aquel que se enriquece en un año debería haber sido ahorcado doce meses antes.

Los dos hombres estaban allí, arrodillados, con las manos en la masa y mirándole de reojo, como una ardilla comiendo una bellota.

—Estaba así cuando llegamos —Donato improvisó, y dio una respuesta a

la altura del barro—.

Borislav no pudo evitar reírse. Y como suele ocurrir, la risa alivió la tensión allí presente.

—Sé que te preguntarás lo mismo, pero... ¿qué haces tú aquí?

—Casualidades de la vida, yo también he venido a robar.

—¿Y por qué has dejado dinero? —Donato no podía comprenderlo—.

—No me cabía más en el saco.

Borislav no ansiaba tanto el dinero, solo quería suficiente como para poder suministrarse hielos para acompañar al Centrilion. Era adicto a esa deliciosa y refrescante bebida.

—¿Entonces no tienes ningún problema con que nos llevemos esto?

—Por supuesto que no. Nací en un país culturalmente comunista, así que no tengo los mismos valores que vosotros.

—Entonces más para nosotros.

—A eso me refiero. Malditos occidentales...

Donato estaba demasiado absorto cargando el dinero en su saco que ni se dio cuenta del comentario de Borislav.

Cuando hubieron cargado todo el dinero que quedaba en la caja, Freiton decidió ponerse serio, y actuó con prudencia y serenidad.

—Una cosa Borislav... ¿puedes prometernos que no dirás al Conde Rochester-Sorensen que nosotros secuestramos a su hijo?

—Yo no prometo nada. Pero tampoco tengo nada que ganar diciéndole la verdad. Ya veré lo que hago si me lo pregunta.

Lo tomaron como un sí.

Se sintieron victoriosos, el caso había acabado en éxito absoluto.

La verdad es que Freiton y Donato estaban de suerte, porque había un jugador que desconocían que jugaría a su favor: Narsés.

Efectivamente, el hombre en el que más confiaba el Conde Rochester-Sorensen.

Un día, mientras su superior le regalaba las sobras de su merienda con la generosidad digna de un banquero, la inspiración se apoderó de él.

Por supuesto. Por fin lo comprendió.

Una insignificante aceituna que le sobró al Conde Rochester-Sorensen le allanó el camino.

Y entonces lo supo. Como le había dicho Rutherford, "le gustan las anchoas, y no me refiero a las que vienen dentro de latas", a Donato le gustaban las anchoas, las que venían dentro de las aceitunas.

Y ¿dónde había aceitunas? Por supuesto, en el Bar Niz.

Acudió allí, y se puso a hablar con los dueños, Aniceto y Bárbara. Narsés los conocía, ya que cuando estuvo en el paro acudía allí a pasar el día.

—Buenos días Narsés —Aniceto fue pillado de improviso mientras limpiaba el vaso—.

—Buenos días Aniceto. He venido a hacerte unas preguntas, necesito las respuestas.

—Adelante pues, yo te iré preparando un bocadillo de aceitunas, por los viejos tiempos.

—Gracias, Aniceto, la verdad es que tú eres uno de los pocos verdaderos amigos que tengo.

—De nada, hombre, de nada.

—Bueno, necesito que me digas qué sabes de un tal Donato.

—Ufff... podrías preguntarme qué no sé.

—Eso me da igual. ¿Qué me puedes decir de él?

—Es tan astuto como un iceberg, y tan frío como un zorro.

—¿Entonces no es peligroso?

—Bueno, los icebergs hundieron el Titanic.

—Es decir, ¿debería tener cuidado?

—Depende de si le haces perder dinero, su única motivación.

—De acuerdo. Así que nunca se arriesgaría si no tuviese dinero que ganar.

—Efectivamente.

—¡Hola Narsés!, ¿cómo tú por aquí? —Bárbara se alegró de ver a un antiguo cliente que hacía tanto que no pasaba por ahí—.

—Hola Bárbara, pues aquí estoy, por asuntos de trabajo, preguntando por Donato.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, secuestrar al hijo de mi jefe.

—Siempre igual, algún día madurará, o morirá.

—No le vendría mal ninguno de los dos...

—Bueno, pero no le hagas nada al hombre, que no es malo, solo un borono. La maldad exige premeditación.

—Si todo va bien le dejaré en paz, sin duda.

—Sí, es lo mejor, nos compra muchas municiones. Es de los que mantiene nuestro verdadero negocio en pie gracias a tumbar a gente con disparos. Paradójico. Tanto el bar como la venta de munición se financian en base a tiros.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

—Venga, ahora ve a trabajar, aquí tienes el bocadillo, envuelto en papel de cebolla para darle más sabor.

—Gracias chicas.

—De nada, Narsés.

—De nada, buen hombre. Pero recuerda, no mates a Donato y te lo agradeceremos.

Y así es como Freiton y Donato adquirieron una ventaja más. Sin hacer nada. La fortuna estaba de su parte una vez más.

Pese a estar casi acabado, el caso seguía dando sus últimos coletazos.

Los hombres de negro se habían encargado de la gente de Democracia Absolutista, y habían soltado al hijo de su jefe. Rochester-Sorensen hijo

volvía a estar en libertad.

Este, debido al aprecio que había desarrollado por sus verdaderos secuestradores, les hizo creer que realmente los de Democracia Absolutista lo habían secuestrado.

Pero había algo que no cuadraba al Conde Rochester-Sorensen.

Un perro le había dicho que solo había dos secuestradores, y al llegar a la mansión se habían encontrado con un buen puñado de ellos.

Puede que simplemente fueran refuerzos para repeler el ataque, pero aquella duda era como una avispa atrapada en su tímpano. No podía hacer callar a su malestar interior.

Decidió acudir a donde Borislav en persona. Un lujo que muy pocas personas en la tierra podían permitirse. Nadie hacía andar al Conde Rochester-Sorensen, ya que consideraba que andar era de pobres.

Pero esta vez, dijo a su chófer que se quedase tranquilo.

Le gustó el experimento. Se dio cuenta de que gracias a que le había costado más llegar a su destino, apreciaba más la meta.

Pero ahora tocaba ponerse serio.

Borislav lo esperaba sobrio, contra todo pronóstico. La resaca que sentía jugó a favor de Donato y Freiton.

El éxito de nuestros queridos detectives pendía de un fino hilo. A nadie le gusta aceptarlo, pero a pesar de tener una gran capacidad de influencia en nuestras propias vidas, no todo depende de nosotros.

Bien lo sabía el estoico Epicteto en su Enquiridión, que aconsejaba algo así como que "hay cosas que puedes controlar y cosas que no puedes controlar. Centra tus esfuerzos en las primeras, y no malgastes tu energía en las segundas".

Ellos nunca serían capaces de aceptarlo, pero por muy grandes que se sintiesen, el aleteo de una mariposa podía destruir todo lo que habían creado a lo largo de sus vidas.

¿Era Borislav una mariposa?

No seas gandul. Sigue leyendo y lo comprobarás.

—Buenos días, Borislav.

—Hola. ¿Hoy no vienes en coche?

—No, hoy no. Aquí tienes lo tuyo de hoy —dejó el cargamento en el suelo—.

—Gracias, sabes hacer feliz a un ex Bolchevique.

—Bueno, a lo que he venido...

—Sí, pregunta.

—Te pagué para que matases al jilguero, ¿sí o no? —solo alguien tan arrogante, engreído, y temerario como el Conde Rochester-Sorensen se atrevería a dirigirse así a Borislav—.

—Sí. Y bien muerto que está —obviamente era mentira, porque él no sabía que fuese cierto. Había soltado a Akiliano porque Rochester-Sorensen hijo era la única persona que le hacía creer en un mundo mejor. Aunque solo fuese por su inocencia—.

—¡Mientes!

—Mira, te voy a decir una cosa. Llevo toda mi vida matando, toda mi reputación como profesional está basada en eso. Llevo toda mi vida sin sentir nada cuando mato. ¿Por qué no iba a matar a un maldito pájaro?

—Sé que escondes algo. Todos los drogadictos se drogan para esconder algo...

algo a lo que no quieren enfrentarse... y tú eres un adicto al alcohol, que al fin y al cabo es una droga, por muy aceptada que esté.

—Yo no bebo para olvidar. Yo bebo para recordar. Sabes lo que se dice de mí. Por muy vivo que parezca estar, yo morí hace tiempo, y ya no siento

nada.

—¡No te creo!

—Tienes dos opciones, o creerme o no creerme, pero mi discurso no va a cambiar. Así que esta conversación no tiene sentido a partir de aquí. Si quieres sigue hablando, pero yo empezaré a beber. Dejaré de escucharte, dejaré de escucharme.

El Conde Rochester-Sorensen se quedó pensativo.

En realidad, ese borrachuzo tenía razón. No tenía nada más que hacer.

No sabía nada del jilguero y el asunto de los secuestradores parecía estar arreglado.

Decidió hablar con una última persona.

—¡Narsés!

—¿Qué? Quiero decir... ¿qué quiere, señor?

—Tenemos que hablar.

—¿Qué quieres saber?

—Es todo muy raro. Me dijiste que había solo dos secuestradores, y

hemos encontrado a unos cuantos. Tengo una nueva misión para tí...

—No, señor. Necesito que confíes en mí por una vez. Si surge una nueva novedad, me despedirás sin finiquito.

—Narsés, bien sabes que te despida como te despida no habrá finiquito.

—Bueno, pues eso. Que confíes en mí. Nunca te he fallado hasta ahora.

—¿Y si es esta la primera vez?

—He preparado un plan para tí por si eso ocurre: me acusarás de secuestrar a tu hijo, me despedirás sin finiquito, comprarás al juez, pagarás a falsos testigos para que te den la razón y me meterán en la peor prisión con la peor condena, donde prohibirás que se sirvan aceitunas.

—Me gusta tu espíritu, Narsés, por fin empiezas a mostrar algo de iniciativa.

—¿Lo ves? Solo tenías que confiar en mí.

—Muy bien, lo haré por esta vez, y espero no equivocarme. Si me fallas, me encargaré de reformular tu plan para hacerlo más desagradable.

—De acuerdo, señor. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Así que el Conde Rochester-Sorensen se marchó a casa y se fue a dormir.

Y de este modo es como se terminó su contribución a esta historia. Decepcionante para los ilusos, ilusionante para los decepcionados.

Pero desde luego, no puede decirse que se hubiera escondido.

A partir de ahora, no volvería a tener dolores de cabeza que no fueran por su trabajo.

Todo volvía a estar bajo control.

Para celebrarlo, como buen purista, se encendió un puro.

Todo había vuelto a la normalidad en el seno de los Rochester-Sorensen.

El sol volvía a salir por el este, y el único tema de conversación volvía a ser el dinero.

Pero aquella paz tan apacible suponía un infierno para Rochester-Sorensen hijo.

Había vivido un periodo de bella revolución repleta de colorido. Había vivido su mayo del 68, y ahora añoraba aquella preciosa utopía.

Ahora había vuelto a un mundo gris, serio, y realista. Demasiado opresor para él. Demasiado opresor para cualquiera.

Había quien se acostumbraba a una vida gris, pero una vez vivida la

primavera, el frío del invierno empezaba a ser notorio irremediablemente.

Ahora se sentía deprimido. Su vida había vuelto a la rutina. A esa rutina tan monótona y triste que le consumía por dentro.

Echaba de menos a sus amigos, pero no podía hacer nada por ellos.

Le gustaría volver a donde ellos, ya que nunca se había sentido tan libre como cuando estaba secuestrado.

Siempre se lo había negado a sí mismo, y ahora se daba cuenta.

Había estado ocultándose de sí mismo, y ahora descubrió que nunca más podría hacerlo.

Su potencial había recibido un ligero empujón, y ahora empezaba a avanzar, implacablemente.

Cogió papel y lápiz, y puso voz a lo que le decía su yo interior:

“No lo escuchas, aunque lo oyes. No lo miras, aunque lo ves.

Le hablas para que se calle, pero tu voz es más débil que su susurro.

Intentas ignorarlo, y actúas como si no existiera; como si fueras capaz de creerte tus propias mentiras.

Sin embargo, cada vez es más grande.

Por mucho que lo rechaces, no te queda otra salida que aceptarlo, y aún así, seguirá quemando.

Lo siento. Las cenizas queman incluso después de que el fuego haya sido apagado, pero en este caso, estás siendo quemado por las ascuas que preceden al incendio.

Y como todo incendio venidero, la gente ya vislumbra el humo, mientras que tú, que estás dentro, todavía no sabes nada.

Pero él sabe que te atrapará.

Tranquilo, la única víctima que se cobrará serás tú.

Por mucho que corras, será inútil, no eres más rápido que él.

Por mucho que grites, nadie te ayudará, estás solo en esto.

No es que no quieran ayudarte.

No pueden hacerlo.

Nadie puede salvarte de tu fuego interior.”

Nuestros queridos detectives, Donato y Freiton, Freiton y Donato, volvían a estar en el sitio en el que había empezado su investigación: el Bar Niz.

Bárbara se alegraba de volver a verles juntos.

Aniceto se alegraba de volver a ver a Bárbara feliz.

Y Donato se alegraba de tener los bolsillos llenos de dinero, y el bocadillo

lleno de aceitunas.

—Bueno, Aniceto, el sol vuelve a brillar en nuestros dominios.

—Sí, a ver si Donato aprovecha para pagarme lo que me debe.

—Déjale al hombre, que está disfrutando como un cerdo en el barro.

—Sí, la verdad es que da gusto verle comer. Me hace buen marketing.

—¿Lástima que no te pague las aceitunas eh?

—Tranquilo, hay muchas formas de pagar por algo.

—Claro, a mí me lo vas a decir, sé muy bien que no es lo mismo el valor de algo que su precio.

—Pues eso. No gano dinero, pero gano otras cosas con él.

—Sí, sí. No hay que morder la mano del que te da de comer. Bueno, voy a acompañar a mi ayudante, no vaya a ser que se atragante.

—Bien, que aproveche, os lo habéis ganado.

—Sí, hemos traído bienestar a todas las personas con las que hemos interactuado, y la única víctima ha sido un pajarillo que además, ha muerto por culpa de Donato, no mía.

Puede decirse que todo ha salido según mi plan.

Freiton se dirigió a donde Donato, que devoraba con ansia su bocadillo.

Había un nuevo cliente a su lado, lleno de alegría por la vida.

Narsés había ido a ver las vidas que había salvado, y se alegraba de ver a Donato tan feliz con su bocadillo.

En cuanto a este y Freiton, los dos amigos volvían a sentirse como tales.

Todo había vuelto a la normalidad. A esa normalidad tan anormal, para ser más precisos.

—Bueno Donato, hoy nos toca disfrutar. El estrés se ha acabado. Hemos cumplido con nuestra misión gracias a mi liderazgo y a tu obediencia ciega —eligió un tono cargado de heroísmo y épica para su discurso—.

Todo ha salido como lo planeamos —prosiguió—.

Una vez más, querido amigo, hemos conseguido una hazaña que irremediamente grabará nuestros nombres en la historia.

Seremos eternos Donato, como el tiempo mismo, o como la brutalidad mientras el ser humano viva.

¡Eternos! —Freiton no obtuvo respuesta, así que volvió a insistir—

¡¡Eternos!!

—¡¡¡GRUNFSKROFT!!!

Rutherford estaba ordenando su cabeza.

Un capítulo más de su vida había llegado a su fin.

La normalidad volvía a asomarse para hacerle caer en la monotonía.

Pero Rutherford era un hombre muy sabio.

Nunca le había gustado la estandarización, la mediocridad, lo neutral, lo cómodo.

Amaba lo asimétrico, lo inconexo, lo extraño, lo diferente, lo nuevo.

Por eso él era tan raro. Porque aceptaba su originalidad.

No temía atreverse a ser él mismo.

Como decía Frida Kahlo, "tan absurdo y fugaz es nuestro paso por el mundo, que solo me deja tranquila el hecho de saber que he sido auténtica, que he logrado ser lo más parecida a mi misma que he podido."

Y esa era precisamente la historia de Rutherford.

Fue tan temerario que se arriesgó a conocerse.

Y poco a poco, se fue descubriendo.

Y poco a poco, se fue aceptando.

Y poco a poco, se fue soltando.

Y poco a poco, se fue alegrando.

Y empezó a reconocerse en su espejo.

Y la gente de su alrededor empezó a mirarle raro.

Y los amigos empezaron a quererle.

Y su sonrisa empezó a brotar en abundancia.

Y el mundo le cedió paso.

Y la sociedad quedó embelesada ante él.

Y descubrió el secreto de los locos:

no hay nada más subversivo que ser uno mismo.